
ROMANCE NAVIDEÑO
MI NAVIDAD FUISTE tú
LAUREEN ALTMAN

# Table of Contents


**Anteportada**

**Síguenos...**

**Información legal**

**Advertencia de contenido sensible**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Epílogo**

**Síguenos...**

**Créditos**

LAUREEN ALTMAN

# Mi Navidad fuiste tú

*Corregido y editado por Paloma Vega Centeno*

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@laureen.altman_libros
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Primera edición: noviembre 2024

## Advertencia de contenido sensible

La comunidad lectora encontrará en el presente libro ciertas escenas en las que los protagonistas se comportan de una forma tóxica o reprochable, algo que en ningún momento debe entenderse como un apoyo a dichas actitudes. Asimismo, en ocasiones se hace una crítica a una realidad que afecta a muchas ciudades modernas, pero que, en todo caso, forma parte de la trama y no representan la opinión de la editorial, sino de los personajes ficticios. Desde Cherry Publishing rogamos que se tenga conciencia plena de ello antes de comenzar la lectura.

1

# Cassie

—¡Verás como Williamsburg te encanta y pasas unos días fantásticos! —me digo en voz alta, con retintín y una vocecita estúpida, tratando de imitar la de mi mejor amiga, Daisy.

Por desgracia, me sale más alto de lo que pretendía y, de repente, veo que un par de ojos me miran extrañados. La verdad es que eso de que te toque el asiento del medio es una mierda, aunque el vuelo sea corto.

—¿Te pasa algo, querida? ¿Te mareas en los aviones? —se interesa por mí la señora que ocupa el asiento del pasillo.

—Nada, pensaba en voz alta… —respondo un poco avergonzada.

—¿Vas a reunirte con alguien especial? —La mujer parece dispuesta a pegar la hebra a toda costa.

*¿Por qué no le voy a contar mi vida? Total, no la voy a volver a ver. Le cuento mis penas y así me desahogo. ¡A lo mejor hasta me resulta terapéutico!*

Miro al caballero del asiento de la ventanilla. Ronca como una morsa. Por un instante, me parece que está haciendo pedorretas, pero no, son ronquidos.

—No te preocupes por él, no nos molestará —me asegura la buena mujer—. Cuando estábamos embarcando, me dijo que esperaba que se dieran prisa, porque ya se había tomado la pastilla y era capaz de quedarse dormido de pie. Bueno, entonces vas a Williamsburg a pasar la Navidad, ¿no? —me pregunta, cambiando rápidamente de tema.

—Más o menos —respondo—. Me han liado para ir unos días antes.

—¿Por qué dices que te han liado? ¿Es que no te gusta la Navidad?

Vaya, está claro que, para cuando aterricemos, esta señora ya le habrá hecho la ficha a medio avión. ¡Y eso que es un vuelo corto de menos de dos horas! Pero mira, aprovecho y, con un poco de suerte, luego me sentiré mejor.

*Espero que el señor se despierte a tiempo…*

—No es que no me guste la Navidad —empiezo—. ¡Es que precisamente este año no tengo tiempo para cogerme vacaciones! Tengo un proyecto muy importante entre manos que debería estar acabando en estos momentos y, por culpa de mis padres y mi mejor amiga, ¡aquí estoy, en un avión rumbo a Richmond!

—Pero seguro que a tu familia le hará mucha ilusión verte. ¡Tu presencia y tu cariño serán el mejor regalo de Navidad! —aduce mi compañera de fila.

—Pues la verdad es que ni eso. En realidad, mis padres y mi amiga no llegarán hasta el día 23 por la tarde, así que estaré sola hasta entonces en un lugar totalmente desconocido para mí.

—¿Tienes problemas con tus padres? ¿No te llevas bien con ellos? —me pregunta con voz preocupada.

—Todo lo contrario. Tengo una relación fantástica con mis padres. Los quiero mucho y todo eso, pero en estos momentos, están en un pueblecito de Francia con el tarambana de mi hermano, que se casó con una francesita monísima y acaban de tener gemelas.

—¡Gemelas! —exclama mi nueva amiga—. ¡Qué ricura! —De repente, se vuelve hacia mí con mirada inquisitiva—. ¿Y no te han invitado a ir con ellos?

Detecto un tono de compasión en su voz y me dispongo a eliminar las dudas a toda velocidad.

—¡Pues claro que me han invitado! Pero mi trabajo es demasiado importante y exigente. Además, mi empresa es muy competitiva y, si me pido un solo día más de vacaciones, seguro que le dan mis cuentas a otro publicista. Por eso me enfada tanto que mi amiga Daisy me haya obligado a tomarme estos días de vacaciones dos semanas antes de Navidad. En realidad —le explico a mi atenta compañera de vuelo—, este viaje es una encerrona de Daisy y de mis padres, porque creen que necesito descansar, pero yo me he traído el trabajo —sonrío— y pienso aprovechar todo el tiempo que pueda hasta el 23.

—¡Ah, por supuesto! El trabajo… —Ahora está claro que me compadece.

—Es que tengo un trabajo estupendo que me encanta, ¿sabe?

—Pero no me trates de usted, niña, que me haces más vieja de lo que soy. ¡Vaya, si es que no me he presentado! ¡Qué cabeza la mía! Me llamo Marcia Richards, pero me puedes llamar Marcy, como todas mis amigas —me dice sonriendo, a la vez que me tiende la mano.

—Encantada, Marcy. Yo soy Cassandra Evans, pero me puedes llamar Cassie —respondo con una amplia sonrisa.

—Bueno, pues ya nos hemos presentado. Me estabas diciendo que tienes un trabajo fantástico…

—Sí, es el trabajo de mis sueños, lo que siempre he deseado. Pero es muy exigente y no he podido ir a Francia a conocer a mis sobrinitas nuevas.

—Una pena… —me interrumpe Marcy—. En estas fechas que se aproximan, la familia lo es todo.

—La verdad es que a mí la Navidad tampoco me gusta demasiado…

—¿Y vas a Williamsburg? ¿Sabes que es uno de los pueblos con más ambiente navideño de la costa este? —Me mira con una cara de extrañeza de tal calibre que no puedo por menos que sonreír.

—No fue idea mía. Como te he dicho, es una trampa que me han tendido mis padres con ayuda de mi amiga Daisy para que me aparte del trabajo por unos días. Creen que la tensión y el estrés están haciendo mella en mi salud.

—Pues Williamsburg te va a encantar. ¡Lo tiene todo! El centro colonial de la ciudad con sus recreaciones históricas, los fuegos artificiales, los parques naturales, el mercadillo navideño… ¡Y se respira una paz…!

—Ya. El caso es que a mí me gusta la vida de ciudad. Soy de Chicago, ¿sabes? Mi sueño habría sido pasar estos días en Nueva York y brindar por la llegada del Año Nuevo gritando junto a otras cincuenta mil personas en Times Square. Aunque para eso último, aún estoy a tiempo, porque me volveré antes de las fechas.

—Vaya, ¿así que prefieres las grandes ciudades? —inquiere Marcy.

—Pues sí, soy más de ciudad que Frank Sinatra cantando *New York, New York*. Esto de ir a Williamsburg me parece una pésima idea.

—¿No habrás dejado a alguien especial en Chicago y por eso no te apetecen estas vacaciones? —me pregunta a bocajarro—. Una chica tan guapa como tú seguro que tiene un novio increíble…

—¡Uf! Ahora no tengo tiempo para todo eso. El trabajo absorbe todas mis energías.

—Creo que estamos llegando —me interrumpe Marcy—. Mira, se ha encendido la luz de los cinturones.

—¡Por fin! Hay que adelantar el reloj una hora, ¿verdad?

—Sí, tienes que pasar del horario estándar central al horario de la costa este. Así que aquí son las… —Marcy mueve las agujas de su reloj analógico— ¡las cuatro y diez! —exclama triunfal. Mi *smartwatch* ha cambiado automáticamente de hora, ya que lo tengo programado para que me diga la hora según la ubicación, pero sonrío amablemente a Marcy—. Yo me quedo en Richmond. ¿Sabes cómo llegar a Williamsburg? —me pregunta solícita.

—Mi amiga Daisy me lo ha preparado todo —le aseguro—. Pero gracias, Marcy.

—¿Quién es esa Daisy que es tan importante en tu vida? —La curiosidad de Marcy no tiene fin.

Me la imagino sentada en una mecedora, en el porche de su casita con la valla pintada de blanco, haciendo calceta con sus nudosas manos oscuras mientras anota mentalmente a dónde va y de dónde viene cada uno de sus vecinos. No puedo por menos que sonreír con la imagen que se forma en mi cabeza. La verdad es que Marcy parece haber vivido y trabajado mucho y sus ojos desprenden el cariño y la sabiduría que solo dan los años.

—Daisy, o mejor dicho la traidora de Daisy, es mi mejor amiga —sonrío—. Está compinchada con mis padres y es la que ha preparado estas vacaciones. Ella está en un viaje de trabajo hasta poco antes de las fiestas y llegará aquí el 23 junto con mis padres. No sé cómo me he dejado convencer de venir dos semanas antes…

—Daisy debe ser una buena amiga —sentencia Marcy—. Apuesto a que Chicago es un lugar terrible para pasar la Navidad sola. Sin embargo, ya verás como el espíritu navideño te envuelve en Williamsburg. ¡Es algo indescriptible!

—Pero a mí no me gustan esas cosas. No tanto, vaya —protesto—. Otros años, paso las vacaciones con mis padres y mi hermano, a los que adoro, y disfruto porque estoy con ellos, no porque sea Navidad. Además, ¡me van a dejar dos semanas sola en Williamsburg!

Veo que Marcy me sonríe educadamente con incredulidad y decido dejar el tema. Justo en ese momento, noto cómo despliegan el tren de aterrizaje. El hombre del asiento de la ventanilla deja de roncar y abre los ojos.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta adormilado.

—Casi, estamos aterrizando —responde gentil mi nueva amiga Marcy.

Veo que el pobre hombre se agarra con todas sus fuerzas a los reposabrazos y cierra los ojos. Pocos minutos después, los vuelve a abrir al sentir que el avión ya se ha detenido por completo sobre la pista de aterrizaje.

—Bueno, Cassie, ha sido un placer charlar contigo. Espero de verdad que disfrutes de estos días tan especiales en Williamsburg, el mejor lugar del mundo para pasar la Navidad, exceptuando el Polo Norte, claro está —me dice, guiñándome un ojo—. ¡Ojalá volvamos a encontrarnos y me cuentes lo mucho que has disfrutado durante tus vacaciones!

—Para mí también ha sido un placer conocerte, Marcy. Disfruta mucho con tu familia durante estos días. ¡Tienen mucha suerte de tenerte!

Caminamos juntas hacia la cinta de recogida de equipajes. La verdad es que Marcy me ha parecido una persona encantadora.

—Seguro que mi hijo ya me está esperando —me asegura mientras la ayudo a recoger su maletita azul marino de la cinta—. Mira, ¡ahí está! —me señala a un joven afroamericano acompañado de dos niños, uno de la mano y el más pequeño subido a hombros, que hacen señas a Marcy desde el otro lado del cristal.

La cara de mi nueva amiga se ilumina de felicidad. De pronto, aparece en la cinta mi

Samsonite Upscape amarilla de 80 cm de alto. La saco de la cinta y, al ponerla al lado de la maleta de Marcy, mi Samsonite parece un gigante con chaleco reflectante. Todo tiene una explicación: fue un regalo de Daisy, porque, según ella, necesitaba «darle un poco de color a mi vida».

*No todo iba a ser oscuro y sombrío…*

—Vaya, vienes muy bien preparada —me dice—. ¡Seguro que van a ser unas vacaciones fantásticas, ya verás! —Marcy se despide de mí con un fuerte abrazo.

*¡Ya la echo de menos!*

Nada más llegar a la estación, veo que el tren a Williamsburg ya está en el andén. Estoy deseando llegar al hotel de una vez. El viaje no ha sido muy largo, pero aún me quedan unas dos horas hasta Williamsburg y me gustaría dar unos retoques a la propuesta para la cuenta Libber en la que estoy trabajando. Todavía no es Navidad y yo estoy aquí, perdiendo el tiempo solo porque a Daisy le pareció que me hacían falta unas vacaciones.

—¡Mierda! —grito mientras intento subir la Samsonite amarilla al tren. Pesa una tonelada porque, además de ropa para cualquier tipo de clima u ocasión, me he traído el ordenador con todos los archivos de la cuenta Libber, a ver si acabo de pulir la campaña publicitaria definitiva que me haga merecedora de ese ascenso que tanto deseo—. ¡Cómo pesa la condenada!

—Permítame que la ayude, señorita.

—Gracias. Tenga cuidado, porque llevo cosas muy importantes dentro.

—No se preocupe, yo se la subo.

Estoy haciendo tapón en el vagón y agradezco cualquier ayuda. Poco después, me cuesta un pelín colocar la Samsonite en el espacio del equipaje, pero consigo apañármelas y por fin me siento, dispuesta a pasar las últimas dos horas del viaje repasando unos datos. El tren es un Amtrak nuevecito, aunque no es que sea demasiado rápido. Tarda casi dos horas en hacer el trayecto que me queda hasta la ciudad navideña por excelencia.

—¡Mierda! —Parece que es mi palabra favorita del día, y eso que yo no soy nada mal hablada. Mi compañero de fila en el tren me mira extrañado—. Es que me he olvidado una documentación muy importante en Chicago —le explico. *¿Por qué le cuento algo así? A veces ni yo misma me entiendo. Bueno, no pasa nada. Mi ordenador está autorizado para acceder a las copias en la nube, así que podré trabajar sin problema*—. Disculpe un segundo —digo, dispuesta a bajar la Samsonite para hacerme con mi preciado portátil antes de que arranque el tren.

Un joven musculitos decide echarme una mano, sonriente.

*¡Menos mal que siempre hay uno cerca cuando lo necesito! Les encanta hacer gala de su fuerza ante una dama en apuros, ¡je, je!*

—Aquí tienes.

—Muchas gracias por la ayuda. ¿Te importaría ayudarme a subirla en cuanto coja lo que necesito? ¡Gracias!

Saco el portátil rápidamente, ya que siempre lo meto arriba del todo en la maleta y, con la ayuda del chico, la subo de nuevo a la balda de equipajes. El musculitos no deja de mirar cierta parte de mi anatomía, pero por lo menos me ha echado una mano.

Me siento y lo enciendo. Voy a bajarme todos los archivos de la nube para poder trabajar sin red. Entre tanto alboroto, parece que por fin arranca el tren y salimos de Richmond.

—¡Ay! Pero ¿qué? —Tras un frenazo, siento algo caliente que me cae por la espalda—. ¡Aaah! —vuelvo a gritar.

—¡Perdone, perdone! ¿La he manchado? —pregunta un señor de mediana edad mientras mira la mancha marrón que se dibuja claramente en mi blusa blanca de Loewe. A lo mejor no es la ropa más adecuada para viajar, pero es que hoy ha sido mi último día de trabajo en la agencia antes de las vacaciones—. No es nada, ¿verdad? Me alegro. ¡Qué frenazo más tonto! —me dice con todo el descaro del mundo.

Veo que el pasajero se aleja y me deja con la mancha en la blusa. Entre reniegos, me dispongo a encender el portátil y sumergirme en el trabajo durante dos horas para dejar de pensar en el estropicio que me acaban de hacer. Entonces veo las gotas de cacao sobre el teclado y me temo lo peor. Intento encenderlo y lo confirmo. ¡Me he quedado sin portátil!

*¿Qué voy a hacer? ¡Dos semanas fuera de casa sin acceso a mis archivos!*

En estos momentos, odio a mis padres y a Daisy con toda mi alma. Me esperan dos horas de tremendo aburrimiento y una gran preocupación. *¿Y si no recupero mis archivos? Bueno, están seguros en la nube, o eso creo. ¿Cómo voy a comprobarlo? Puedo intentarlo con el teléfono, pero me parece recordar que la cuenta solo me permite acceder con este portátil.* De repente, me entran sudores fríos. Si no acabo a tiempo la propuesta publicitaria, ¡voy a perder la cuenta Libber!

—Tenga esta botella de agua, señorita. Relájese —me recomienda un pasajero de dos filas más atrás.

Miro a mi alrededor y, de repente, veo que medio vagón me está mirando fijamente. ¿Habré dicho todo eso en voz alta?

—Siéntese en la ventanilla —me ofrece un señor mayor—. Está anocheciendo, pero se distraerá con el paisaje. ¡Mire, está nevando!

—Gracias, muchas gracias —acepto su invitación con un murmullo avergonzado y me siento en la ventanilla.

Casi se me saltan las lágrimas al pensar que se me ha estropeado el portátil. Desde luego, debo haber dicho todo eso en voz alta, es la única explicación que se me ocurre. Miro por la ventanilla. Está todo blanco y ya casi es noche cerrada. Las pocas luces que iluminan la vía se reflejan en el manto blanco que lo cubre todo.

Cierro los ojos. Los abro y los vuelvo a cerrar y así sucesivamente, hasta que entro en el limbo.

***

—Despierte, ya estamos llegando a Williamsburg —me dice el caballero del periódico sacudiéndome ligeramente el hombro. Probablemente esté deseoso de recuperar su asiento de ventanilla—. Señorita, despierte.

Abro los ojos y miro por la ventana. Están anunciando mi parada por el sistema de megafonía del tren. Intento despejarme mirando hacia el exterior. A lo lejos, veo cómo se van acercando las luces de la estación a medida que el tren aminora la marcha. Me froto los ojos y recuerdo lo sucedido. ¡Me he quedado sin portátil! Voy a pasar todas las vacaciones sin poder acceder a mi trabajo. Bueno, puedo intentar comprar otro ordenador y pedir a mi agencia de publicidad que lo autorice para la cuenta Libber. O también puedo no trabajar.

—¡Eso es imposible! —digo sin querer en voz alta, casi gritando. Mi compañero de fila me mira con algo parecido a la compasión. Creo que ha llegado a la conclusión de que estoy loca—. Perdone, estaba pensando en voz alta.

Siento que soy el centro de atención del vagón y noto cómo se me sube la sangre a las mejillas. Tengo la piel blanquísima, así que es imposible ocultar que me estoy ruborizando y eso normalmente significa que… ¡me pongo todavía más colorada! Me echo el pelo rubio hacia adelante para intentar disimular, pero ¡qué va! Es imposible y lo sé.

El tren ya está frenando y veo el andén histórico de la estación de Williamsburg cada vez más cerca, así que me pongo de pie.

—Disculpe —murmuro. El amable caballero me deja pasar inmediatamente. Seguro que está deseando librarse de mí.

Bajar mi Samsonite del tren me resulta más fácil de lo que pensaba gracias a la ayuda de un educadísimo empleado de la estación.

—Gracias —le digo.

—Es mi trabajo, señorita —me responde, y luego, se va.

*¡Pues sí que son amables en este sitio! ¡Y qué frío hace! Yo pensaba que no había nada peor que Chicago en invierno, pero Williamsburg no se queda atrás.…*

—Oiga, por favor… —me quedo con la palabra en la boca.

El tren se ha puesto en marcha de nuevo y ya no queda nadie en la estación. Empieza a nevar, así que decido entrar en el edificio. *¡Qué mono es!* La fachada es de ladrillo rojo con el marco de las puertas y las ventanas en blanco; todo muy colonial. Entro y me acerco a preguntar en la ventanilla. Una señora relativamente mayor está amontonando unos papeles.

—Disculpe, ¿podría ayudarme, por favor?

—Son las seis y cuarto, ya hemos cerrado.

—Solo quería saber dónde puedo coger un taxi —insisto.

—La parada de taxis está saliendo por esa puerta a la derecha —me indica—, pero son las seis y cuarto, y ya se han ido todos a casa.

—¿Cómo que se han ido? Y ahora, ¿cómo llego yo a mi hotel? Esto no es serio.

—¿Perdone? Son más de las seis y aquí todos tenemos familias con las que nos gustaría cenar. ¿Usted no? —Me quedo muda de asombro—. Mi hijo Óscar viene a cenar con nosotros todos los días desde Richmond. Ha montado una *start-up* de esas y gana muchísimo dinero, pero no se olvida de la familia. ¡Faltaría más! —La mujer, que dispara las palabras a la velocidad de una metralleta, decide callarse medio segundo. *¡A lo mejor es solo para recuperar el aliento!*—. Se me está haciendo tardísimo y debo acabar de recoger aquí. ¡Le he preparado una tarta de manzana riquísima! —Se detiene un momento y recuerda la hospitalidad legendaria de Williamsburg—. De todas formas, ¿a dónde se dirige? Tal vez pueda ayudarla —se ofrece.

Creo que le he dado un poco de pena.

—Me alojo en Richmond’s Inn —le explico—. ¿Está muy lejos?

—No, son solo diez minutos escasos caminando —Me sonríe desde el otro lado de la ventanilla—. Cuando salga, gire a la izquierda y luego la primera a la derecha. Siga todo recto hasta llegar a Richmond Road. No tiene pérdida, verá rápidamente el cartel de su hotel. No se preocupe, como le digo, son menos de diez minutos y no creo que vaya a nevar mucho más.

—Gracias —respondo, y justo después, salgo de la estación.

Nada más salir, me parece que la nieve arrecia, pero luego se calma. De todos modos, ya hay un palmo de nieve en la calle. Miro las ruedas de doble suspensión de mi Samsonite y comprendo que me van a servir de muy poco. Me concentro en no perderme, así que decido sentarme un minuto a cubierto bajo la marquesina de la estación y poner la ruta en el teléfono. La señora de la ventanilla tenía razón: Google Maps me dice que son diez minutos escasos.

—¡Y si me pierdo, siempre puedo usar mi Samsonite amarilla como baliza de emergencia! —digo en voz alta, riéndome como una tonta.

Cuando me pongo en marcha, veo que no hay ni un alma por la calle. La voz de la encargada de la ventanilla se repite una y otra vez en mi cabeza: «Son las seis y cuarto y aquí a todos nos gusta cenar con la familia». Parece un pueblo fantasma. Precioso, eso se lo concedo, pero vacío. Los jardines y las casas de estilo colonial están ya adornadas con luces navideñas que titilan bajo la nieve recién caída. Es precioso y, por un momento, me quedo absorta contemplando la calle que se abre ante mí y escuchando el silencio de la noche por primera vez en mucho tiempo. No se oye ni un coche.

*Mírala, a la que no le entusiasmaba la Navidad…*

En fin, se está haciendo tarde y tengo que llegar al hotel cuanto antes. Arrastro la maleta como puedo. Ahora me arrepiento de haber traído la Samsonite grande, pero ya no tiene remedio.

—¡¡Ay!! —grito al tropezarme con un adoquín escondido por la nieve inmaculada.

Mi primer reflejo es mirar a mi alrededor para comprobar que no me ha visto nadie. Respiro aliviada porque la calle sigue desierta. Al levantar la vista, admiro de nuevo las preciosas casitas con sus luces de colores brillando entre los levísimos copos de nieve, y me viene a la cabeza el recuerdo de unas Navidades en casa de mis abuelos, con el olor a galletas de jengibre inundando toda la casa y el jardín iluminado con multitud de lucecitas.

Me sacudo la nieve y la añoranza de un solo manotazo y me pongo en pie. La maleta pesa como un muerto, pero es verdad que aguanta lo que le echen, así que me pongo en marcha arrastrándola con todas mis fuerzas. Tras un par de minutos de contemplar casitas blancas y verdes con fachadas de ladrillo y ventanas blancas, vallas de madera pintadas de blanco y jardines primorosos llenos de lucecitas de cuento, me parece volver a oler las galletas de jengibre de mi abuela. Me detengo un momento, olfateo el aire y…

—Pues no son imaginaciones mías, ¡huele a galletas de jengibre! —exclamo justo cuando me cruzo con el único transeúnte que he visto en Williamsburg. Me pongo como un tomate bajo la bufanda blanca y rezo para no volvérmelo a encontrar.

*Debe ser el único que no tiene familia con la que cenar en toda esta ciudad* —pienso y dibujo una sonrisilla en la cara.

Cuando el desconocido se aleja, levanto la vista y veo a lo lejos el cartel iluminado de mi hotel.

—¡Richmond’s Inn! —digo en voz alta—. ¡Allá vamos!

Arrastro la Samsonite como si no hubiera un mañana, con lo que dejo un rastro doble claramente visible en la nieve y, por fin, llego a la puerta de mi hotel. Es un edificio rehabilitado, exactamente como aparece descrito en el folleto que me ha dado Daisy. La entrada es un gran portón de madera. Tiro de ella, pero a poco me quedo de comerme el suelo.

—Ah, no, ¡eso sí que no! —Suelto la maleta y tiro de la enorme puerta de madera maciza con todas mis fuerzas hasta que los goznes chirrían y se abre pesadamente.

# 2

# Cassie

Por dentro el hotel está mejor, tengo que reconocerlo. El ambiente es acogedor, elegante y cálido, por supuesto, pero nada de recargados sillones de la época de mi abuela ni mantelitos de croché por todas partes. Es todo lo contrario: se nota el buen gusto en la sencillez que hace destacar cada mueble y cada cuadro de las paredes sin abrumar, y unos cómodos sofás de una sencilla tela lisa invitan a esperar en la recepción. Estoy francamente cansada, así que toco la campanilla a ver si aparece alguien por aquí.

*Tal vez los gerentes estén también cenando con la familia…*

—¿Sí? —responde alguien desde un cuartito que da a la recepción.

—¿Hola? —digo, con la esperanza de que salgan y me atiendan.

—¡Ah, hola! ¿Qué tal? —me saluda el recepcionista, un joven de unos 30 años.

—Buenas noches. Tengo una reserva a nombre de Cassandra Evans —le indico.

—Déjame ver… Sí, aquí está. Encantado de conocerte, Cassie. Porque te puedo llamar Cassie, ¿verdad? Es que Cassandra parece tan serio…

*¡Este chico no tiene filtro!*

—Bueno, esto…

Me tiende la mano con toda la naturalidad y se la estrecho por puro instinto. Es la primera vez que le doy la mano al recepcionista de un hotel. Ha debido de notar mi sorpresa, porque rápidamente se explica con una sonrisa.

—Perdona, que no me he presentado. Me llamo Sam y soy tu recepcionista. También soy tu camarero y te puedo subir la maleta a la habitación, si quieres. Este es un hotel muy pequeño y familiar, y nos gusta que nuestros huéspedes se sientan como en casa. En la sala contigua servimos un riquísimo bufé de desayuno todos los días, desde las siete de la mañana hasta las nueve. La sala se comunica con una cafetería-restaurante donde puedes pedir lo que quieras. Ahora no, claro, porque es muy tarde y…

—… todos están cenando con sus familias —termino la frase por él.

—¡Eso mismo! —Sam el recepcionista me mira sonriendo—. Pero si quieres picar algo, siempre hay un poco de fruta, café, fiambre y bizcocho casero en la sala de desayunos. Come lo que más te apetezca. ¡Como si estuvieras en tu casa! ¡Ah! Casi se me olvida. Aquella —añade, indicándome una puerta doble corredera que está abierta—, aquella es la salita de estar, a disposición de nuestros huéspedes. Allí puedes descansar, charlar o leer, lo que más te apetezca. También tenemos juegos de mesa y los fines de semana, después de cenar, organizamos una noche de Trivial acompañada de cacao caliente.

La sola mención de la bebida responsable de arruinar dos de mis más preciadas posesiones me amarga el poco buen humor que me quedaba. El recepcionista parece notar que algo de lo que ha dicho me ha sentado mal y trata de reconducir la situación.

—Todos los muebles y los objetos de decoración de nuestro hotel son obra de artesanos locales. En Williamsburg creemos en las cosas bien hechas —sentencia con una sonrisa—. Asómate si quieres.

Me acerco a la sala y, todo sea dicho, es una estancia muy agradable. Las paredes están

pintadas de un color azul cielo sobre el que destacan las puertas y ventanas blancas. De nuevo, he de reconocer el buen gusto de la decoración, con muebles de época de gran calidad y sofás en un tono azul más oscuro que las paredes que se complementan con jarrones con flores frescas como punto focal de la decoración. No hay ninguna de esas imitaciones recargadas que fingen ser de estilo colonial y que tanto me horrorizan.

—¿Cómo es que te has adelantado al resto de tu grupo? —Doy un respingo. Estaba tan absorta admirando la salita que no he oído llegar a Sam, el recepcionista-camarero-botones.

—Tenían cosas que hacer —respondo secamente.

No entiendo por qué le tengo que dar explicaciones al recepcionista, ni a cuento de qué tiene tanto interés en mi vida. Además, siento que el cansancio me invade por momentos y, como tarde mucho más en llegar a mi habitación, me echaré a dormir en ese sofacito azul, que tiene pinta de ser comodísimo.

—Entonces, ¿vas a celebrar la Navidad aquí con tu pareja? ¿Y quién más va a venir con tu grupo? Veo que el día 23 se te unirán tres personas…

—Son mis padres y una amiga que… —Me callo la boca de golpe.

*¿Por qué me hace tantas preguntas? ¿Y por qué le doy yo explicaciones? ¡Si es que parezco tonta!*

—Bueno, no te molesto más, que seguro que estás muy cansada del viaje —dice el tal Sam, que por fin parece haberse dado cuenta de que no me siento muy cómoda con la impertinencia de sus preguntas. Tiene que saber que se ha pasado de la raya, metiéndose en donde nadie le llama —. Tu habitación está en la buhardilla. Es preciosa y disfrutarás de unas vistas fantásticas, pero lamentablemente no disponemos de ascensor —añade, señalando hacia mi queridísima Samsonite amarilla de 80 cm de alto—. Si quieres, yo te subo la maleta.

—¡Ni hablar! —le contesto indignada. Soy usuaria de maleta grande, ¡y a mucha honra! Nunca permitiré que me discriminen por eso. Me gusta viajar preparada para todas las eventualidades y para cualquier ocasión. Para mí el «por si acaso» es más una religión que una recomendación. Además, no dejo que nadie toque mi maleta si lo puedo evitar, así que le repito —: Ni hablar. La he traído hasta aquí yo solita y la subiré a mi habitación yo solita. ¡Faltaría más!

El recepcionista me mira con cara de incredulidad, pero no dice nada. Se da la vuelta y coge unas llaves del casillero que tiene a su espalda.

—Aquí tienes. Como te he dicho, tu habitación está en la buhardilla. No tiene pérdida, porque es la única puerta que encontrarás. Mi turno acaba ahora, pero si tienes cualquier duda o necesitas algo, se lo puedes pedir a mi compañera, que te atenderá encantada. Después de instalarte, si quieres puedes bajar y picar algo de la sala de desayunos porque, como ya te habrás dado cuenta, no es probable que encuentres nada abierto a estas horas.

—Ya, es algo que me han dejado claro todos los habitantes de esta ciudad —le replico.

Sam me mira un poco extrañado por el retintín.

—Sí, es que aquí la gente le gusta estar en familia y los restaurantes y los bares solo abren por la noche los fines de semana y las fiestas, cuando vienen los turistas. ¡Y en temporada alta, por supuesto! Bueno, que descanses. ¡Disfruta de tu estancia! —se despide sonriéndome.

Empiezo a arrastrar la maleta por las escaleras de madera. De nuevo, las ruedas de doble suspensión no me sirven de nada, todo lo contrario, y tras mucho esfuerzo, llegó al primer rellano. Veo cómo me mira Sam desde la recepción y noto que me empiezo a poner colorada. Me sonríe otra vez y se da media vuelta para entrar en la oficina de la recepción. *¡Menos mal!*

*Parece que ha decidido evitarme la humillación.* Sigo subiendo con mi maletón amarillo a rastras y, por fin, tras muchos esfuerzos y una sudada como si hubiera corrido la maratón de Boston, llego a la buhardilla chorreando por todos los poros. Ya no sé qué esperar de este hotel. Lo único que quiero es cambiarme de ropa y relajarme. Abro la puerta de mi habitación y enciendo la luz.

El ambiente de la habitación me sorprende de una forma muy agradable. Una cama *king-size* con dosel, pero sin los molestos cortinones, me saluda como invitándome a descansar sobre ella mientras me dejo abrazar por su mullido edredón. A la derecha de la buhardilla, se abre una ventana que va desde el suelo hasta el techo, lo que permite contemplar un paisaje propio de un cuento o de la más típica de las típicas felicitaciones navideñas. Las luces de Navidad se combinan con la luz de la luna y se reflejan sobre el manto blanco de una ciudad de postal con el bosque como telón de fondo. No hay nada de tráfico y la nieve forma una alfombra inmaculada sobre la calle. Por un momento, me olvido del cansancio y me quedo extasiada mirando el paisaje, dejando que me inunde la paz que transmite la panorámica que se abre ante mí.

*¡Qué ganas de ir al baño!*

Salgo de mi ensimismamiento y me dirijo a la única puerta que hay en la habitación. Tiene que ser el baño. Enciendo la luz y me quedo maravillada: un enorme espejo me dan la bienvenida sobre un tocador con un lavabo de grandes dimensiones. Al fondo del cuarto de baño, veo una reluciente y gigantesca bañera de hidromasaje, que en estos momentos, me parece la cosa más bonita del mundo. Hago un pis y rápidamente decido que, en cuanto haya comido algo y compruebe si funciona mi portátil, me daré el baño más épico y maravilloso de la historia de los baños.

*¡Mi portátil!*

Con tanto subir escaleras con la maleta y discutir con el recepcionista, casi me olvido por completo de que no se enciende gracias a la torpeza del viajero que también se ha cargado mi blusa de Loewe. Ahora que lo pienso, ni siquiera se ofreció a pagarme la tintorería. Se largó a toda velocidad, el muy caradura.

De repente, la bañera de hidromasaje ya no me parece tan tentadora. Noto cómo la ansiedad me empieza a apretar en la boca del estómago y me pongo realmente nerviosa. Regreso rápidamente a la habitación y pongo la Samsonite encima del baúl que hay a los pies de la cama. Abro la maleta a toda velocidad. Con manos temblorosas, saco el portátil e intento encenderlo. *Nada.* Intento tranquilizarme porque sé perfectamente que la histeria no lleva a ninguna parte. Tengo que acabar el trabajo de la cuenta Libber si no quiero que se la adjudiquen a otro.

*¿Dónde habré puesto el cargador? ¡A lo mejor me he quedado sin batería!*

—¡Joder, Daisy! ¿No podías haber elegido otro momento para obligarme a tomarme unas vacaciones? —digo en voz alta. Miro hacia la puerta, temiendo que me haya oído alguien, pero entonces recuerdo que la mía es la única habitación de esta planta. Sonrío para mí y decido que hablar en voz alta me ayuda a liberar la tensión, así que sigo—. Y vosotros, papá y mamá, ¡sabéis cómo soy, que necesito que todo esté perfecto y lo nerviosa que me pongo en situaciones que no controlo! ¿Por qué me habéis hecho esto? ¿No podíamos habernos saltado estas Navidades? ¡Sabéis de sobra cuánto os quiero, no hace falta regocijarse tampoco!

Enchufo el portátil con la esperanza de que se trate de la batería. No enciende. En el fondo, ya sabía que se había estropeado, pero tenía que probar. No sé si en esta ciudad me venderán otro, pero tengo que intentarlo.

—¡Antes de las seis de la tarde, por supuesto, que aquí tienen familia! —digo en voz alta y

me echo a reír.

Es una risa nerviosa que deja traslucir la inquietud que siento por no poder acabar el trabajo. Tal vez le pueda pedir a Daisy que me traiga uno el 23. Si trabajo durante toda la Navidad, seguro que me da tiempo a acabar mi propuesta…

—Pero papá y mamá me matarán —me respondo a mí misma—. O me encerrarán en un manicomio.

De hecho, seguro que se les pasó por la cabeza la primavera pasada, cuando tuve el ataque de ansiedad. Ese es uno de los motivos por los que esta vez he cedido casi sin oponer resistencia a estas vacaciones. En el fondo, sé que probablemente tengan razón. Necesito estas vacaciones.

Estoy demasiado cansada para pensar. Tal vez mañana lo vea con otros ojos. Decido cambiarme de ropa y bajar a comer algo para después prepararme un baño épico en esa maravilla del mundo de la relajación y el hidromasaje, y a continuación, meterme en la cama a dormir a pierna suelta. La verdad es que estoy agotada. Me quito rápidamente la blusa manchada y me pongo lo primero que aparece en mi maleta. Con las llaves de la habitación en la mano, me dispongo a bajar a comer algo. Ahora que lo pienso, estoy muerta de hambre. Con tanto trajín y la mañana tan intensa en el trabajo, no me ha dado tiempo a comer.

*¡No sé ni cómo he llegado hasta aquí sin desmayarme!*

Bajo las escaleras tarareando, sin saber muy bien por qué. Cuando llego a la recepción, Sam ya no está. En su lugar, hay una mujer de unos treinta y cinco años que levanta la cabeza del móvil para sonreírme ligeramente y saludarme con un gesto.

—Buenas noches —me saluda amablemente.

—Buenas noches… Giselle —Leo en voz alta su nombre, que aparece en la plaquita que lleva en el pecho—. Solo voy a picar algo a la sala de desayunos —respondo.

—Por supuesto, lo que desee. Si necesita algo, no tiene más que pedirlo.

*¡Qué profesionalidad, comparada con Sam!* ¡Me alegro de que no todo el mundo sea igual en este sitio, porque no tengo fuerzas para estrecharle la mano a más recepcionistas. ¡A lo mejor es francesa y me da dos besos, como la mujer de mi hermano!

Tomo un plato y me paseo por el bufé, que ya está dispuesto para el desayuno. Hay una neverita con la puerta de cristal que contiene fruta fresca, yogures y zumos, y me decido por unas uvas y un zumo de naranja. Avanzo un poco más y me corto un pedazo de un bizcocho con cobertura de chocolate que tiene una pinta estupenda, y una rebanada de pan que parece casero para acompañarlo con un poco de fiambre. Cuando ya me voy a sentar, decido que también me apetece un yogur.

*Al final me voy a dar un banquete y todo…*

Me siento en una mesa redonda al lado de la ventana, y me dispongo a dar cuenta de mi cena improvisada, que me está sabiendo como el más exquisito de los manjares. En la calle sigue nevando, aunque no demasiado, pero la temperatura en la sala es ideal. La verdad es que se está a gusto aquí. Hay una especie de calma que no sé explicar. Veo un periódico en la mesa de al lado y me levanto a por él. Es un periódico local, de esos que apenas tienen noticias de política o de guerras. Para este periódico, lo más importante es el recorrido del coro de villancicos del ayuntamiento, los fuegos artificiales y su horario, los nuevos puestos del mercadillo de Navidad, el concurso de decoración de guirnaldas en las puertas de las casas… ¡Es un periódico de otro planeta! La comida me está sabiendo buenísima y sonrío mientras leo el periódico. Se me está empezando a pasar el estrés del viaje y del último día en la agencia de publicidad, que ha sido francamente horroroso. ¡Incluso me apetece perder el tiempo con el sudoku del periódico!

*Oh, oh, Cassie… ¿te estás dejando llevar por el espíritu navideño de este pueblo? Será un lapsus.*

Acabo de cenar tranquilamente y me levanto para subir a la habitación, no sin antes dejar los platos y cubiertos en el mostrador. Ya no estoy tan enfadada con mis padres y con mi amiga Daisy.

*¡Casi me alegro de que el portátil esté estropeado!*

—Buenas noches —vuelvo a saludar a la recepcionista de camino hacia las escaleras. Esta vez no sé si me ha oído, porque no ha reaccionado.

Al subir, esta vez ya sin la maleta, me fijo en lo bonita que es la barandilla de madera maciza con balaustres tallados. La verdad es que todos los detalles de este hotelito están tratados con muchísimo mimo y está todo impecablemente limpio. En mi opinión, eso dice mucho de los dueños.

Llego a mi habitación y lo primero que hago es abrir los grifos de la bañera. Me miro en el espejo del tocador y veo unas ojeras que hace unos meses no estaban allí. No sé si son a consecuencia del viaje o si las traía ya de Chicago. Lo que sé es que tengo unas ganas locas de abandonarme a las burbujas de hidromasaje y quitarme de encima toda la suciedad y el cansancio del viaje. Saco el pijama de la maleta, un conjunto de algodón de pantalón corto y camiseta con encaje en el escote, y lo dejo preparado sobre la cama. Siempre duermo con pantalón corto, ya sea invierno o verano, porque me gusta sentir el tacto de las sábanas en la piel. Abro una rendija de la ventana de la habitación y un aire frío muy puro se cuela en la habitación. El ruido del agua de la bañera tiene un efecto relajante sobre mi espíritu. Saco la bolsa de aseo y echo unas poquitas sales en el agua de la bañera. El olor relajante de la lavanda empieza a inundarlo todo y me dejo llevar.

Por un momento, tengo la tentación de llevarme el móvil a la bañera, pero la rechazo rápidamente y decido que ha llegado el momento de relajarse de verdad, sin ningún tipo de pantalla. Acabo de desnudarme en el dormitorio y dejo que el aire frío de este lugar estremezca mi piel. La sensación es maravillosa. Me meto en el agua lentamente. La temperatura es perfecta. Cierro los ojos y dejo que el rumor de los chorros de agua me envuelva y me relaje.

# 3

# Luke

Es la octava vez que miro la hora, como si eso fuera a cambiar algo. Sam es un dejado y nunca cambiará, da igual lo que le digas.

*¡Cómo se nota que es de este pueblo!*

—¿Me pones otra cerveza? —le pido a Will, el propietario de Willy's Tavern.

—Conque Sam llega tarde otra vez, ¿eh? —Me mira con cara de circunstancias.

Sabe que nunca te puedes fiar de que Sam aparezca a tiempo. Alguna vez incluso me ha colado un mensaje para decirme que no venía… ¡con una hora de retraso! De normal, no me importa, pero al menos que no me haga correr.

—Pues sí. Es incorregible. Le quiero mucho y todas esas cosas, pero podría ser puntual por una vez en su vida, para variar.

—Se habrá entretenido en el hotel… —le intenta excusar Will.

—¿Sam? ¿Nuestro Sam? ¿Ese pedazo de vago que conocemos tú y yo? ¡No lo creo!

—Visto así… —responde Will con media sonrisa—. ¡Pero también tiene sus cosas buenas!

No puedo evitar echarme a reír. Cualquiera que conozca a Sam sabe que es el tío más generoso de todo el estado de Virginia, y que le haría un favor a cualquiera sin pedir nada a cambio. ¡Pero sigue siendo un malqueda!

—¡Pues claro que tiene cosas buenas! Al fin y al cabo, es mi amigo, ¿no? Pero como tarde mucho más, se me va a hacer muy de noche para pasar a ver a mi madre —Estoy un poco molesto y se me nota en la voz—. Hemos quedado para cenar algo y tomarnos un par de cervezas porque mañana es viernes y ya sabemos cómo se pone esto los fines de semana. Luego viene la Navidad y se va a llenar la ciudad de gente y…

—Ya, Luke. Todos sabemos que odias a los turistas, pero te recuerdo que la mayoría de nosotros vivimos de ellos, tú incluido. ¿Quién compra esos muebles de estilo colonial tan fantásticos que haces? ¡Los hotelitos como el de Sam! Además, a los turistas les encantan y aprecian tu oficio, así que no te quejes tanto.

—Prefiero la tranquilidad. Si fuera por mí, haría la mitad de muebles si con eso tengo la seguridad de que vienen la mitad de turistas —le replico—. Ya sé que toda la zona rehabilitada del Williamsburg colonial es fantástica y muchas de las casas tienen algún mueble mío, pero es que…

—¡Qué raro, Luke quejándose de los turistas! —Sam entra de repente y se dirige hacia nosotros—. Damas y caballeros, les presento a Luke, el ebanista cascarrabias. ¡Obsérvenle en su hábitat natural, mientras empina una cerveza con Will, el tabernero de Willy's Tavern, en Williamsburg! —remata Sam a voz en grito con una sonrisa—. ¡Ningún otro habitante de la ciudad encarna tan bien la hospitalidad del gran estado de Virginia, cuna de nuestra nación y madre de presidentes, como Luke Wright, el ebanista amigo de los turistas!

Debo reconocer que Sam sabe cómo hacer una entrada triunfal. Hay pocos parroquianos porque es jueves, pero todos se han vuelto hacia nosotros.

—¡Hola, Sam, tan puntual como siempre! —le saludo.

—¡Hola, Luke, tan impaciente como siempre! —me replica con una sonrisa, a la vez que me

da un abrazo.

No es posible enfadarse con Sam más de dos minutos seguidos. ¡Y mira que lo he intentado veces…!

En el bar estamos solo los de siempre y todos se parten de la risa al ver nuestro enfado fingido.

—Venga, Sam, dime qué noticia es esa que no puede esperar ni un solo día más —le pincho, muerto de la curiosidad—. Llevas desde las seis y media bombardeándome a mensajes para que nos viéramos hoy, un jueves, que sabes que me gusta pasar por casa de mi madre, ¡y luego vas y llegas tarde!

—Bah, ¿qué más da la hora? —se burla Sam.

*¡¿Cómo no?! A este hombre le da todo igual…*

—Hombre, igual sí importa un poco… ¡La cocina ya ha cerrado y llevo dos cervezas sin haber comido nada!

—No te preocupes, Luke —interviene Will, el tabernero—. Ahora mismo os preparo algo para que os chupéis los dedos, ya verás. Venga, sentaos en esa mesa de ahí —Nos señala la mesa de la esquina, que está cerca de la cocina—. Ahora mismo vuelvo.

Sam y yo nos sentamos, yo con mi cerveza y Sam a palo seco. ¡Se lo merece, por llegar tarde! Will ha salido escopetado y se le ha olvidado ponerle la cerveza.

—Que sepas —empieza Sam— que me he pasado por casa de tu madre. —Le miro un poco alucinado, aunque ya debería estar acostumbrado. Vale que la conoce desde niño y que vive muy cerca de su casa, pero es mi madre, no la suya. A mis 32 años, sé ocuparme perfectamente de ella. Antes de que pueda abrir la boca para protestar, Sam continúa—. Tengo un mensaje de su parte. Me ha dicho, y te lo transmito palabra por palabra, que ni se te ocurra pasarte por allí esta noche. Que si lo haces, tiene el rodillo de tu abuela preparado para darte con él en el culo hasta que te largues.

—¿Cómo que…?

*No me lo puedo creer.*

—Como lo oyes. Me ha dicho que te diviertas con tus amigotes, o sea, conmigo, pero que esta noche dan su concurso favorito por la televisión y no quiere que se lo estropees como todos los jueves —me suelta Sam—, porque hoy es la final y no se la quiere perder.

—¡Espero que tengáis mucha hambre! —nos dice Will, que aparece con una bandeja humeante que coloca en el centro de la mesa—. Esperad, os pongo unos platos y unos cubiertos, ¡que no somos animales! —añade con una sonrisa.

Lo miro y no me lo creo. Nos ha traído una fuente gigante con nachos regados de queso en un extremo, seguidos de una torre de costillas fritas, y aros de cebolla y patatas fritas en forma de Everest en el otro extremo de la fuente. ¡Banquetazo!

—¿De dónde has sacado todo esto? —le pregunto a Will.

—Lo tenía reservado para mis mejores clientes —El tabernero sonríe triunfal—. Aquí tienes tu cerveza, Sam.

—Siéntate y acompáñanos, Will. No vamos a poder con todo esto que nos has preparado. ¡Aquí hay comida para un regimiento! —le invito.

—Venga ya, no exageres… —protesta Will—. ¡Que sé perfectamente cómo tragáis los dos!

—Mira esa pila de costillas. ¡Podemos jugar una partida de Jenga con ellas! —sugiere Sam. Intenta coger una de las de abajo y la torre que había montado Will con tanto cuidado se desmorona—. Vaya, he perdido. ¡Te toca, Luke! —me dice mientras saborea la costilla.

Me echo a reír. Sam es un payaso, pero también es mi mejor amigo. Nos conocemos desde siempre, con nuestros defectos y nuestras virtudes. Sam es más vago que el sastre de Tarzán y él siempre me acusa de ser un cascarrabias insoportable. ¡Lo peor es que mi madre le da la razón! La verdad es que conoce a Sam desde que éramos niños y le adora. Para ella es como un segundo hijo. Yo creo que el sentimiento es mutuo y por eso nunca consigo estar enfadado más de dos minutos con él.

—¿Otra birra para dejar la fuente limpia? —nos ofrece Will.

—¡Venga, que no decaiga! —me anima Sam—. Desde este fin de semana hasta Año Nuevo va a ser un no parar de trabajar. ¡Hay que aprovechar ahora que podemos!

—¿Trabajar, tú? —me burlo—. Will y yo sí, nosotros trabajamos. Pero ¿tú?

Sam me mira con el ceño fruncido, pero, de repente, cambia de expresión y me suelta a bocajarro:

—Tengo un notición para ti, Luke. ¡He encontrado a la mujer de tu vida! Acaba de llegar y se ha registrado en mi hotel.

—Ya basta, Sam —le interrumpo—. Deja de buscarme novias, joder. En la fiesta de la cosecha de septiembre me encasquetaste a esa tal Tricia o Tessa, no me acuerdo ni de cómo se llamaba. ¡Era insoportable! Todo el puto día hablando de manicuras y tintes… Mira, entiendo que te guste tu profesión, pero a mí me gusta la mía y no me paso todo el día hablando de maderas, ¿a qué no? Además, ¡era pelirroja teñida! Las dos cosas que más odio en una mujer: la falsedad y el color rojo. ¡Vamos, que te luciste!

—¡Pero si era guapísima! —me contradice Will.

—Pues a mí no me gustaba —insisto—. A veces, Sam —continúo, dirigiéndome directamente a mi amigo—, se te olvida que es a ti a quien le gusta ese tipo de mujer, ¡no a mí!

—Esta es diferente —protesta Sam—. Te prometo que esta sí que te va a gustar. Es perfecta para ti.

Le miro entrecerrando los ojos, sin saber si enfadarme, desesperarme o echarme a reír.

—Siempre dices lo mismo, Sam —Decido echarme a reír—. ¡Es que no tienes remedio!

—De verdad que esta vez no, Luke —me asegura—. Sé que te va a gustar. Es más, creo que podría ser el amor de tu vida. ¡Dale una oportunidad, joder! Mira, es una huésped que ha llegado hoy mismo al hotel.

—¡Una huésped de tu hotel! Es que no tienes vergüenza… ¿No ves que es totalmente inapropiado? No la habrás acosado, ¿verdad?

—Bah, que se aloje en mi hotel es un detallito sin importancia —se defiende Sam.

—¡Un día vas a acabar en los juzgados con una denuncia por acoso a tus clientes! —le advierto.

Will nos mira entre alucinado y divertido. Le encanta oír nuestras historias. Él está felizmente casado y tiene dos niñas de cuatro y dos añitos, pero adora enterarse de los chismorreos de nuestra vida amorosa. Yo creo que por eso nos invita a tantas rondas de cerveza y nos guarda comida cuando cierra la cocina.

—¿Y cómo es esa chica tan especial? —le pregunta a Sam—. Ahora me muero de la curiosidad. ¡Cuenta, cuenta! No, mejor espera. ¡Voy a por otras tres cervezas!

Cuando vuelve con las bebidas, Sam mira a Will agradecido. Sé que está deseando hablar de ella y necesita muy poco para empezar a cantar sus alabanzas.

—Pues veréis, tiene unos 30 años o así. Es rubia… ¡natural! Eso se nota —añade mirándome y guiñándome un ojo—. Con el pelo liso corto, a ras de los hombros. No es ni demasiado alta ni

demasiado baja y tiene una figura bonita sin ser demasiado llamativa. En conjunto, es como una muñequita, como te gustan a ti. Es de Chicago y…

—¡De Chicago, nada menos! ¿Y tú crees que alguien que viene de una gran ciudad es para mí? ¿De verdad? Luke Wright, el rudo ebanista de muebles de estilo colonial con una chica… ¡de Chicago!

—Seguro que a ella le encantan tus muebles —sugiere Will, tratando de mediar.

—Ya, y también me vas a decir que le encanta la vida en una ciudad pequeña como la nuestra —replico con sarcasmo—. Una ciudad donde las cosas van a cámara lenta, donde un día de diario todo el mundo está en casa con su familia a las seis y no hay ni un alma por la calle…

—Menos nosotros —me interrumpe Sam.

—Menos nosotros —admito—. Pero, además, te he dicho mil veces que no quiero pareja. Vivo estupendamente yo solo, trabajando a las horas que me da la gana, cuidando de mi madre y tomándome tantas cervezas como me apetezcan con mis amigos. ¡Es la vida perfecta para mí!

—Supongo que algún día querrás tener una familia, hijos… ¿no? —pregunta Will vacilante.

—¿Como tú? ¿Y luego pasarme el día entero quejándome porque ya no puedo hacer nada divertido? —contraataco.

—Sabes que por mucho que me queje, no cambiaría a mis dos soles por nada del mundo y tampoco a su madre —Will se pone serio. No permite que nadie ponga en duda cuánto quiere a sus hijitas y a su mujer.

—Lo sé, Will, lo sé. Lizzy y Ginny son las niñas de tus ojos. No quería molestarte, perdona que haya sido tan insensible —me disculpo—. Tan solo digo que tal vez busquemos cosas diferentes en la vida y no pasa nada.

—Estoy seguro de que esta chica te va a gustar, Luke —insiste Sam.

Está muy pesadito. Es mi amigo, pero a veces insiste demasiado, mucho más allá de lo razonable, la verdad.

—¿Por qué estás tan seguro? —le pregunto—. Apuesto a que es una estirada de ciudad como todas las que vienen por aquí en estas fechas.

—Pero es como te gustan a ti, Luke. Ya sabes: rubita, buen tipo… Además, viste fenomenal y tiene pasta, porque se ha traído un maletón de mucho cuidado.

—¿Lo ves? —replico triunfal—. Una pija estirada de ciudad que viene a Williamsburg para lucir un modelito diferente cada día. ¿De verdad crees que se va a fijar en un carpintero de mala muerte como yo? ¡Ja! Además, si es tan guapa como dices, seguro que ya tiene novio.

—Pues no tiene pinta —me contradice Sam—, porque ha venido sola y el 23 se reúnen con ella sus padres y una amiga.

—A lo mejor es lesbiana… ¡Para ser tan jóvenes, sois muy cerrados de mente! —aventura Will.

—Eso no lo sé con total seguridad, pero o se me ha estropeado el radar o te diría que no es lesbiana con el 99,99 % de probabilidades de acierto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunto extrañado—. Es casi imposible saberlo.

—Mi hermana Eve me tiene bien enseñado. ¡Anda que no le he buscado novias! Y a cambio, ella me ha ahorrado unos cuantos momentos vergonzosos, la verdad. Además, no te cuesta nada acercarte por el hotel y echar un vistazo.

—Es que no tengo ganas, Sam, de verdad. Me gusta mi vida tal como es y no quiero que nadie me la complique. Ya estoy muy escaldado y lo sabes.

—Chicos, no es por interrumpir —interviene Will—, pero se ha hecho tardísimo y a mí me

van a matar mis niñas por no haber estado allí para leerles su cuento.

—¡Anda, si son casi las doce! —exclama Sam—. Diles que el tío Sam les promete cuento doble el lunes. ¡Y un osito de peluche!

—No hace falta, Sam, de verdad… —le dice agradecido Will.

—Si es que me encantan tus niñas. Lo dicho, el lunes me paso por tu casa, Will.

—Venga, te ayudamos a recoger y cerrar. En medio minuto estamos fuera —le aseguro.

Nos ponemos manos a la obra y entre los tres recogemos la taberna a toda velocidad para dejarla lista para el turno de mañana.

—¡Vuelve a nevar! —exclama Sam cuando por fin salimos después de cerrar la taberna—. ¿Quieres que te lleve a casa? —me ofrece.

—No, ya sabes que me gusta ir andando. Además, tengo todos los encargos acabados hasta después de Año Nuevo y mañana no tengo ninguna intención de madrugar. El mercadillo puede esperar, aún nos quedan dos semanas.

—Como quieras, Luke, pero ya son ganas con este tiempo… ¡Hasta mañana, Will! —se despide Sam.

—¡Hasta mañana, Luke y Sam! —nos dice Will, que se dirige rápidamente a su furgoneta para regresar a casa.

—Nos vemos mañana —me despido yo también.

A los pocos minutos ya ha dejado de nevar y la noche está completamente despejada. La verdad es que, aunque inicialmente pueda dar pereza, esto es lo que más me gusta de vivir en una ciudad como Williamsburg. No hay nadie por la calle y oigo el crujir de mis pies sobre la nieve recién caída. El cielo está estrellado y a esta hora ya están apagadas todas las luces de Navidad, por lo que la contaminación lumínica es mínima y será aún menor a medida que me acerque a mi casa.

Dejo el campus universitario a la derecha y, al llegar a la esquina de Francis Street, giro y me meto por Henry Street. Tengo cerca de una hora de camino por delante, pero es todo recto. Hace una noche perfecta. Apenas hay tráfico por la carretera, que tiene un pequeño arcén acondicionado para paseantes empedernidos como yo. Todo el paseo es por una zona arbolada hasta llegar a College Landing Park. Sé que, aunque no lo vea, al otro lado del bosquecillo está el campo de golf para los ricachones. No tiene nada que ver con el carácter histórico y lo que se supone que es Williamsburg, pero tengo que reconocer que atrae un tipo de turismo que deja mucho dinero. Hay casas diseminadas que aparecen aquí y allá entre las copas de los árboles. Sigo caminando hasta llegar al lago y dejarlo atrás. Si te fijas y no haces demasiado ruido, por aquí se pueden ver muchos animales silvestres como ardillas o incluso ciervos, aunque esos suelen salir más al atardecer.

Tomo una bifurcación y, después de milla y media, veo mi cabaña. La heredé hará unos años y es perfecta para mí. Está en medio del bosque, a poca distancia del lago y aislada del resto de la ciudad. Tiene un antiguo granero que he reconvertido en un pequeño taller y que me permite almacenar cierta maquinaria, además de la que tengo en mi taller, en la otra parte de la ciudad. El conjunto tiene un aire rural que no cambiaría por nada.

Por eso no entiendo qué pretende Sam. *¿Qué mujer en su sano juicio iba a querer vivir en un sitio como este?* Desde luego, mi casa no es para una chica de ciudad como las que me busca siempre. Que yo sé que lo hace con su mejor intención, eso no lo niego, pero en ocasiones, se pasa.

El problema es que yo no renunciaría a esta calma y estos paisajes jamás. No estoy dispuesto

a mudarme lejos de aquí, ni aunque me paguen un millón de dólares. Me parece un privilegio poder vivir en un sitio así. Mañana me lo tomaré con toda la calma del mundo y pasaré a ver a mi madre porque, por mucho que me diga Sam, yo sé que agradece mis visitas. Tengo los diseños más o menos listos para el mercadillo de Navidad, así que mañana me relajaré y me lo tomaré como unas pequeñas vacaciones antes del empujón final de las fiestas.

4

# Luke

*We don't need another hero!*

—Pero… ¿Qué demonios?

*We don't need to know the way home!*

Con Tina Turner a todo volumen, no me queda otra que abrir los ojos. Si no puedes con el enemigo, únete a él. ¡Y yo no me puedo resistir a la reina del *rock and roll*!

Aunque, visto así, Tina no es mi enemiga precisamente.

—*All we want is life beyond the thunderdome!* —canto como si no hubiera un mañana mientras me levanto para contestar al teléfono. Es la música que le tengo asignada a Sam, así que grito libremente nada más cogérselo—. ¡¡Tío, son las 8 de la mañana!! —chillo por el auricular.

¡Es que no me puedo creer que me lo haya vuelto a hacer! Sam es increíble. Le dije que hoy quería dormir un poco y le da igual. ¡No escucha! Al otro lado solo se oye la alegre y jovial risa de mi amigo mientras yo refunfuño.

—Buenos días, colega…

—Dime —contesto malhumorado cuando me tranquilizo—. ¿Qué quieres a estas horas?

—Te recuerdo que tienes que arreglar una de las mesas del comedor, Luke. Me lo prometiste. Es viernes y ya sabes cómo se pone esto durante el fin de semana. ¡Y encima, dentro de dos semanas es Navidad! Porque te recuerdo que…

—¡Vale, vale! Que sí, que he captado el mensaje —le interrumpo.

—Es que tengo la mesa de roble, la de ocho comensales, completamente coja. Es la más bonita, la que quieren todos —continúa Sam, que parece que le han dado cuerda esta mañana.

—¡Hay que joderse! Ahora mismo voy para allá, pesado, más que pesado, que me vas a hacer sacar la *pick-up* para esa tontería —respondo.

Sam sabe perfectamente que odio trabajar así, deprisa y corriendo, pero tengo que reconocer que le prometí dar un repaso a las mesas del comedor y lo he ido posponiendo. Son piezas únicas que hemos ido comprando poco a poco durante los veranos, recorriéndonos juntos toda Virginia, y que he ido restaurando para su hotel. Muchas tienen más de un siglo de antigüedad y hay que tratarlas con mucho mimo. Sam sabe que no dejo que nadie más que yo las toque, así que no me queda más remedio que mover el culo.

Me doy una ducha rápida. Son las ocho y diez de la mañana. *¡Hoy que pensaba dormir hasta bien pasadas las diez!* No tengo trabajo pendiente en el Williamsburg colonial hasta después de las Navidades y ya tengo preparado casi todo lo que quiero vender a los turistas en la tienda de la Plaza de los Comerciantes que está en Duke of Gloucester Street. Tengo que enseñarle el acabado de los diseños al alcalde Murphy, pero seguro que les da el visto bueno.

En fin, volviendo al tema: hay días en los que Sam me arrebata el placer de vivir en una ciudad pequeña como esta, que casi es más un pueblo grande. Cuando llegan las fechas más turísticas, empieza a ponerse nervioso y no me deja en paz. Para mí, es todo lo contrario: durante la temporada alta intento aparecer por el centro solo lo imprescindible. No me gusta verlo inundado de turistas, cámara en ristre, que se creen que todos estamos aquí para su diversión o que somos parte de la recreación histórica y nos hacen fotos, aunque llevemos vaqueros y una

camiseta de Calvin Klein. En más de una ocasión, he tenido que echar a algunos turistas del jardín de mi madre, porque se han puesto a hacerle fotos a la pobre mujer en su porche, como si fuera una actriz de las recreaciones históricas del barrio colonial.

Bueno, ya tengo todas las herramientas que necesito en la *pick-up*. A ver con qué demonios me sale Sam además de la mesa del comedor. *¡Y espero que me invite a desayunar, porque no tengo ni un triste café en el estómago!* De momento no hay mucho tráfico, pero según vaya avanzando el día, seguro que esto se pone hasta la bandera de gente. Me da rabia que Sam me haya hecho traer la *pick-up* un día como hoy, dos viernes antes de las fiestas. Tras mucho conducir, me acerco a la zona de peligro.

—Hola, Peter —saludo al dueño de mi pastelería favorita, dos calles más abajo—. Luego me paso a verte y te compro algo para mi madre.

—Buenos días, Luke, allí estaré —me responde con una sonrisa.

¡Mira qué bien! Voy a aparcar en la misma puerta de Richmond's Inn. Seguro que se acaba de marchar el de las bebidas.

—Buenos días, Mary. Gracias por guardarme mi plaza de aparcamiento favorita —saludo nada más entrar.

Mary ayuda a Sam en temporada alta y atiende la recepción muchos fines de semana. La verdad es que al Richmond's Inn le vendría muy bien tener más personal fijo. De momento, solo están ellos dos, Giselle (la chica del turno de noches) y el personal de limpieza que viene a hacer refuerzo en vacaciones, pero entiendo que Sam no se lo pueda permitir.

—¡Hola, Luke! —responde ella.

—¿Qué, han empezado a llegar los curiosos o se están reservando para el fin de semana? Si quieres, me quedo detrás de la puerta con el nivel y la escuadra y te los espanto.

—No hace falta, me las arreglo muy bien yo sola —replica Mary, echándose a reír mientras finge ser presa del pánico.

Es como un juego para nosotros. La verdad es que, con un nivel metálico en la mano y mi altura, impongo bastante. En el instituto jugaba en el equipo de baloncesto y no es por presumir, pero era bastante bueno.

Los problemas para el hotel de Sam empezaron el año pasado por estas fechas. Desde que una *influencer* etiquetó el hotelito de mi amigo en Instagram con sus preciosas vistas hacia los bosques de camino al lago Mataoaka, en temporada alta se cuelan en la cafetería docenas de curiosos para hacerse la misma foto en la cristalera de la terraza. El problema es que la mayoría entra y sale sin dejar un centavo, y además molestan a los huéspedes del hotel.

—Algunos ya se han acercado —sonríe Mary—. Pero ya sabes que a mí a mala leche no me gana nadie. En cuanto les digo que la consumición mínima obligatoria son cuatro dólares, la mayoría se larga por donde ha venido —remata orgullosa—. No, no me han dado demasiados problemas.

—Me alegro —respondo—. ¿Dónde está Sam? Me ha llamado a las ocho por lo de la mesa del comedor.

—¡Ah, sí! Espera, ahora le aviso, que estábamos con unos papeles —responde Mary, y desaparece en la oficina de la parte trasera. Al poco tiempo, reaparece con Sam.

—¡Hola, amigo mío! —me saluda saliendo de detrás de la recepción—. ¡Por fin has llegado! Bien, vamos a tomar un café y te cuento. Mary, te dejo al mando del fuerte.

—Sin problema, Sam.

Nos dirigimos a la cafetería, que está medio vacía porque todavía es muy temprano. Sam se

mete en la barra a preparar unos cafés de máquina.

—Gracias. La verdad es que, como te dije, hoy pensaba levantarme tarde. Ayer, cuando llegué a casa, me quedé hasta las tantas trabajando en una cómoda que me han encargado —le miento.

En realidad, lo que me sucedió es que me dio un poco de bajón al pensar que voy a vivir toda mi vida como un lobo solitario y he dormido fatal. Después de nuestra conversación me puse a reflexionar sobre el asunto y, aunque de cara a la galería me gusta mostrarme orgulloso de mi estilo de vida, cuando me lo recuerdan, la verdad es que me hacen pensar. En momentos así, me vuelco en mi trabajo, pero es algo que nunca le confesaré a Sam.

—Déjame adivinar —me dice Sam mientras me taladra con la mirada—: te sentiste solo y te pusiste a currar como un loco por no meterte en una cama vacía.

—No es cierto, es que tengo un encargo…

—No intentes eso conmigo, Luke —me advierte Sam mientras me mira con expresión seria —. Nos conocemos desde niños, ¿recuerdas?

Me quedo callado porque tiene razón. A él no le puedo engañar tan fácilmente.

—Mira, Luke, tengo mucho que hacer. Acábate tranquilamente el café y ahora te enseño lo que necesito que me arregles además de la mesa.

Me quedo en la barra. La verdad es que Sam prepara un café delicioso y la cafetería del Richmond's Inn es un lugar fantástico para relajarse. Apenas se oyen los murmullos de los demás clientes. A estas horas de la mañana, todavía hay muy poca gente y se respira una gran tranquilidad. Anoche nevó bastante y el paisaje que se contempla por los ventanales de la terraza tiene el poder de tranquilizar el espíritu más agitado. Aunque me cueste admitirlo, entiendo a los turistas que vienen a fotografiarlo, porque es precioso.

Ya han pasado diez minutos y Sam no ha vuelto. *¡Qué raro!* Parece que me ha dejado colgado. Leo el mensaje entrante casi a la vez que suena la campanita de notificación:

***Sam:** *¿No la ves?*
*Está ahí, en la mesa del fondo, junto a la cristalera.*

***Luke:** *¿De qué me hablas, tío?*
*¿Dónde te has metido?*

***Sam:** *¡Pero mírala, por Dios!*
*¡Es perfecta para ti!*

***Luke:** *Esto me huele a encerrona.*
*Como me la líes, te mato, Sam.*

La chica en cuestión levanta la vista hacia el ventanal y, por un instante, nuestras miradas se encuentran. *¡Qué vergüenza, por Dios! Esto no se lo perdono.* En cuanto pille a Sam por banda, pienso arrancarle la piel a tiras.

Me giro de repente. *Vaya, hay que reconocer que sí que es guapa.* Se ha ruborizado, así que me ha visto, de eso estoy seguro. Me vuelvo a girar y sonrío al ver cómo intenta disimular. Aprovecho para fijarme con más atención. Como dijo Sam, es rubia natural, de ese precioso color dorado arena que tanto me gusta. Tiene la piel blanca, como nacarada, y el rubor de sus

mejillas le sienta divinamente. Debo confesar que Sam tiene razón: físicamente, encaja la perfección con mi tipo.

*Pero ¿qué veo? ¡Se ha venido a un sitio como Williamsburg con unos tacones de vértigo! ¿De verdad piensa salir con eso a la calle? No quiero ni pensarlo: ¡hay casi un pie de nieve en la calle!*

No puedo evitar reírme por dentro al imaginármela con esos zapatitos por nuestras calles cubiertas de nieve. ¡Esta chica es más de ciudad que el metro de Nueva York!

***Sam:** *¿Ya has hablado con ella?*
*¿Qué te ha dicho?*

***Luke:** *¡Déjame en paz, pesado!*
*¿Para esto me has levantado de la cama?*

***Sam:** *Pero mírala bien…*

***Luke:** *Olvídame, tío.*

Decido largarme, ya que Sam no aparece por ningún lado y da la sensación de que las mesas ya no le corren ninguna prisa. He sacado la caja de herramientas de la *pick-up* para nada.

—¡Perdona! —Una voz femenina suena a mi espalda. Me vuelvo—. Perdona —repite la voz —, ¿te importaría ayudarme, por favor?

—Por supuesto —respondo.

Soy incapaz de negarme a nada cuando se me pide con educación. La chica tiene el café y la tostada a medias. Sam ofrece un bufé estupendo y no entiendo qué hace con un desayuno tan triste, la verdad. Un café y una tostada se parece más a lo que te prepararías en tu casa un día que vas con prisa.

—Disculpa que me presente así. Me llamo Cassandra Evans y soy de Chicago —me dice, como si no se le notara a cinco millas de distancia que es de una gran ciudad—. La verdad es que aterricé aquí anoche casi sin preparar el viaje y no sé qué hacer.

—Encantado, Cassandra. Yo me llamo Luke. Luke Wright —Le estrecho la mano—. Hay multitud de actividades en esta zona —le explico sonriendo.

Es muy guapa y, ahora que se ha levantado para hablar conmigo, veo que tiene una figura perfecta, de reloj de arena de tienda de antigüedades.

—Ah, ¿sí? Pues qué bien. Estoy lista para descubrirlas.

—¿Qué es lo que más te interesa?

—Verás, este viaje es una encerrona de mis padres y mi mejor amiga, y apenas he preparado nada. Ahora estaba intentando ver qué se puede hacer en Google Maps y los horarios de las distintas atracciones, pero no me aparecen actualizados. ¡La mayoría todavía tiene el horario de verano! Es desesperante.

No puedo evitar soltar una carcajada. Aquí nadie se molesta en actualizar las cosas en Google Maps. Ya se encarga el ayuntamiento de machacarnos y recordarnos los horarios de todo.

—Espera un momento —le digo—. Seguro que Sam tiene algún folleto en recepción. Si quieres, te traigo uno. De todas formas, y a grandes rasgos, te diré que en Williamsburg las atracciones se dividen en dos tipos muy diferentes: las históricas y las naturales. Apuesto a que

prefieres las históricas —aventuro, sonriendo al fijarme de nuevo en el taconazo que calza—. Si tengo razón, te aconsejo que pasees por el barrio colonial de Williamsburg, que visites la Casa del Gobernador y te acerques al Capitolio. En las visitas guiadas hay actores que recrean como vivían los colonos del siglo 18… Si es que te gusta ese rollo, claro. Yo no soy muy fan.

—Sí, bueno, eso está muy bien —me interrumpe Cassandra—, pero sigo sin saber los horarios.

—Están todos en los folletos. Si esperas un momento, ahora te los traigo.

—No, deja. Ese tal Sam es un poco raro, me parece a mí —me confiesa con temor. No me extraña que se haya llevado esa impresión—. Para ser un recepcionista, se mete demasiado en la vida de sus huéspedes.

—Un poco —admito—, pero lo hace con la mejor intención. En cuanto al Williamsburg natural —continúo explicándole—, si te interesa, estás en una zona de parques naturales. Aquí al lado tienes el Jardín Hundido, en el centro del campus universitario. Y si sigues por Jamestown Road, llegas al lago Matoaka, que en realidad, es un lago artificial. Hay un anfiteatro al aire libre con unas vistas preciosas…

—Debo confesar que la parte natural me interesa bastante poco —me interrumpe de nuevo.

Me lo imaginaba, la verdad, pero la ilusión es lo último que se pierde. No me ha dado la oportunidad de hablarle de College Landing Park, el bosque que hay al pie de mi casa y que limita con College Creek, atravesado de senderos con pasarelas sobre los humedales y bancos de madera que permiten disfrutar de atardeceres espectaculares que se reflejan sobre las tranquilas aguas de College Creek. La paz y la quietud que se respiran allí hacen que te sientas en comunión con la naturaleza.

—¿Hay visitas a todos los edificios coloniales? —La voz de Cassandra interrumpe mis pensamientos—. Me gustaría dejarlo todo visto antes de que venga el resto de mi familia y no creo que tenga tiempo de volver por aquí en un futuro próximo.

—Bueno, es que, como te comentaba, hay mucho que ver. Además de todo lo que ya te he contado, en el barrio colonial puedes pasear por el mercado y ver cómo se realizaban los diferentes oficios, conocer más a fondo cómo funcionaban las plantaciones y cómo era la durísima vida de los esclavos… En dos días no te va a dar tiempo a hacerlo todo —le explico.

—Hombre, es que tampoco tengo intención de hacer un máster —me suelta Cassandra. Cada vez me cae un poco peor—. Con verlo todo por encima y hacer unas cuantas fotos tengo más que suficiente.

—Entonces te recomiendo encarecidamente que le pidas un folleto a Sam, te apuntes a la visita guiada exprés y te dejes de complicaciones

No existen visitas exprés, pero es que me está poniendo de los nervios con sus aires de superioridad.

—No, no quiero volver a hablar con ese Sam. Si viera a su jefe, le diría cuatro cosas sobre cómo se comporta su personal y las libertades que se toman algunos. ¡Darme la mano a mí, una huésped! ¡El recepcionista!

Ya no hay ninguna duda: es una esnob y una clasista. ¿También será racista? No lo creo, porque ha sido ella quien se ha acercado y ha tomado la iniciativa de hablar conmigo. Y bueno, no soy del color del ébano, pero mi piel es morena como la caoba más noble y oscura, mientras que el rostro de Cassandra tiene el tono blanco rosáceo de la madera de aliso sin tratar.

—Ajá… —añado.

—Ese Sam es demasiado familiar con los clientes. ¡Que solo es el recepcionista, por Dios! —

Cassandra sigue hablando. Parece que esta chica no se va a callar nunca y ya me he hartado de que se meta con mi amigo.

—Sam es el dueño del hotel, no un simple recepcionista —le suelto a la cara— y se preocupa mucho por sus huéspedes.

—Pues cualquiera lo diría, trabajando en la recepción como si fuera el último mono —replica Cassandra un poco sorprendida. Parece que es el tipo de chica que habla antes de pensar y me está empezando a poner francamente nervioso.

—Este hotel es toda su vida y es de su propiedad, así que lo regenta como le parece bien sin pedir opinión a los huéspedes que piensan que pasar más de dos días en una ciudad como Williamsburg es perder su precioso tiempo —replico con toda la calma, vocalizando bien cada una de mis palabras.

Acto seguido, me doy media vuelta, tomo mi caja de herramientas de la barra de la cafetería y me dirijo a la salida.

—¡Espera! No quería ofenderte. ¡Oye, Luke! —La oigo decir a mi espalda, pero no me digno ni a darme la vuelta—. ¡Eh, tampoco es eso! —grita justo cuando cierro la puerta detrás de mí.

*¡Vaya día me espera…!*

Sam me va a oír cuando le encuentre.

5

# Cassie

*¡Qué mal! Vaya metedura de pata…*

¿Cómo iba a saber que Sam es el dueño del hotel? Lo disimula muy bien y es imposible adivinar que estos dos puedan ser amigos. ¡Parecen tan diferentes! Sam no deja de hablar y de meterse en la vida de los demás, mientras que Luke es casi taciturno, de lo reservado que se muestra. Aunque guapo es un rato, eso no se puede negar. Lleva el pelo ensortijado muy corto, pero no afeitado, justo como a mí me gusta. ¡Los afroamericanos tienen un pelazo! Me encanta cuando lo lucen con gusto. Además, tiene manos fuertes y poderosas. Seguro que tiene algún trabajo relacionado con ellas. Por un momento, me las imagino sobre mi cuerpo y me estremezco.

En cuanto a Sam… el hotel está impecable, de eso no tengo queja. Lo tiene decorado con mucho gusto y mimo, nada recargado. Pero vamos, que si el hotel fuera mío, ya lo habría puesto de patitas en la calle por comportarse así con una huésped. Eso lo primero. Y después, tendría siempre un plato del día preparado para la cena de los huéspedes que llegan en el último tren. ¡Se lo cobraría bien! Porque ayer me comí el bizcocho por la cara, con la excusa de que «son más de las seis y aquí tenemos familia», que debe ser el título de la canción más popular de Williamsburg.

¡Y qué decir de la publicidad…! Eso sí que es lamentable. Deberían contratar a alguien como yo. Tendría este sitio a rebosar todos los días del año, no solo en Navidad. Las posibilidades publicitarias son infinitas, porque otra cosa no, pero fotogénica esta ciudad es un rato. No me he fijado con detalle, pero me ha parecido que los folletos que me dio Daisy y los que he visto de refilón en la salita de estar parecen del milenio pasado. ¡No les vendría nada mal actualizar toda su campaña publicitaria! También organizaría paquetes completos con excursiones guiadas y degustaciones de comida típica para que los clientes tuvieran una experiencia integral. ¡Y sobre todo, contrataría a profesionales para la recepción! Parece mentira que la gente no entienda que esa es la primera imagen que te llevas de un establecimiento hotelero…

Lo que más me extraña es que, con lo famoso que es este sitio en Navidad, no haya casi nadie a la hora del desayuno. Solo había tres mesas con el desayuno, además de Luke y yo. Ahora que lo pienso, esos vaqueros que llevaba… ¡qué bien le sientan, por Dios! Se nota que están muy machacados y que los utiliza para trabajar, pero es que le quedan de maravilla.

No sé por qué sigo pensando en Luke. Total, se ha portado fatal conmigo y tampoco entiendo por qué se ha enfadado. Vamos a ver, ¿qué le he dicho de Sam que no fuera cierto? ¿Que el trabajo de recepcionista no es algo a lo que aspira la mayoría de la gente, sino más bien un trabajito con el que ganar dinero para ir a la universidad? Es que no puedo dejar de pensar en la conversación, como si fuera un guion de peli:

**Mamá de Sam:** ¿Qué quieres ser de mayor, Sammy?
**Sam:** Yo de mayor no quiero ser astronauta, ni policía, ni bombero… ¡Quiero ser recepcionista!

Sonrío sin querer al imaginarme la situación. Sí, es un trabajo digno y todo eso, pero Luke no me puede negar que la mayoría de la gente aspira a algo más. O, por lo menos, a algo más interesante o artístico, ¡qué sé yo! ¡Que es el dueño del hotel, por favor! Quizás yo soy demasiado ambiciosa y no me conformo con nada, como no dejan de repetirme mis padres, pero es que quiero llegar muy lejos en mi profesión. Me parece que es algo completamente natural. Para mí, lo extraño es que el dueño de un hotel se conforme con trabajar de recepcionista.

Ahora que lo pienso, a mis padres seguro que les gustarían Sam y Luke. El primero porque es un espíritu relajado que no creo que se altere por nada y probablemente no sepa el significado de la palabra estrés. Y Luke por lo callado y silencioso que se muestra. Mi madre está todo el día diciéndome que me relaje y que descanse, como si fuera la única persona del planeta que trabaja. Cree que en mi empresa me explotan y se va a enfadar muchísimo si se entera que me he traído el portátil con la intención de trabajar, con lo que les ha costado convencerme de que fuera a ver a la psicóloga para que me confirmara que necesito descansar. *Por poco me da la baja.*… Está claro que me vieron francamente mal. Si no, no me habrían obligado a desentenderme del trabajo de esta forma. Por suerte, mi sueldo es mucho mejor que el suyo, así que insistí en invitarlos un par de días, cuando se acercase la Navidad. Y a Daisy, también, por las molestias, aunque ella viene de una familia menos humilde que mis padres.

Sonrío al recordar las primeras vacaciones de Navidad que pasamos fuera de casa. Un año, cuando era pequeña, mi tía Agnes nos prestó su autocaravana durante las fiestas y fuimos al Bosque Nacional de Chequamegon-Nicolet, a unas 400 millas al norte de Chicago. ¡Fueron las mejores Navidades de mi vida! Aparcamos la autocaravana en una zona de acampada del bosque nacional. Recuerdo que estaba todo nevado y vimos zorros, ciervos, ardillas… Incluso hicimos un fuego de campamento con los demás acampados y cantamos villancicos mientras asábamos malvaviscos. Fue una gran aventura que nunca olvidaré. Pero ahora que me he acostumbrado a la vida en la gran ciudad, el espíritu navideño me parece cada vez menos importante. ¡Y encima me voy a pasar dos semanas aquí, sola!

Soy consciente de que estoy estresada y tengo que hacer algo para remediarlo. Daisy se lo toma todo con mucha más tranquilidad que yo, aunque trabajemos en la misma empresa. Claro que a ella no le van a robar la cuenta Libber. No sé cómo lo hace: siempre parece tan tranquila y relajada, ¡ni una arruguita de estrés! Y encima es realmente buena en su trabajo. Parece que se le sale natural, sin esfuerzo, y nunca pierde la sonrisa y el buen humor. En cambio, yo no me puedo permitir ni un momento de relax si quiero triunfar en la vida. En mi cabeza tengo diseñado un plan en el que tengo decidido al milímetro dónde quiero estar en cada fase de mi carrera y pienso cumplirlo paso por paso.

*¡Tienes razón, mamá, soy muy cabezota y cuadriculada!*

Al levantar la cabeza, compruebo que aquí ya no queda nadie. Me reafirmo: el servicio deja bastante que desear. ¡Ni un mísero camarero a la vista! Miro el reloj. Es hora de ponerse en marcha y aprovechar el día. Ya que me han obligado a venir a este lugar, algo interesante tendrá, digo yo.

*¿Qué es todo ese ruido?*

Si no fuera porque no hay ni un alma en la cafetería, creería que estoy en una manifestación por los derechos de las palomas torcaces o algo así.

*¿Habrá puesto la música a todo volumen Sam? ¡Es muy capaz! Mejor salgo por la puerta de la calle y evito cruzarme con él.*

—¿Te puedes apartar? Me estás estropeando el directo —me increpa alguien de muy malos

modos, al otro lado de la puerta.

—Eso, quítate de ahí, que vas a salir en mi selfi y no le interesas nada a mis seguidores —me dice otra jovencita malcriada que va pintada como una puerta—. ¡Además, me estás quitando la luz! ¡Aparta! —me grita y, acto seguido, se pone a hablar como una adolescente poseída por Hello Kitty—: Queridos *followers*, aquí me tenéis, en directo desde Williamsburg, a donde he venido para contemplar la postal de Navidad viviente desde la cafetería del Richmond's Inn. Se respira una paz que no os podéis imaginar. ¡Esto es mejor que diez sesiones de yoga, os lo juro! Es como un cuento de Navidad hecho realidad…

No lo aguanto más y me retiro todo lo que me dejan los casi cincuenta turistas con el teléfono en alto que me tienen rodeada. Entonces veo a lo lejos el autocar que ha soltado a todos estos impresentables de golpe. No entiendo nada de lo que sucede.

—Perdona —digo acercándome a una señora del grupo de turistas que parece más tranquila que los demás—. Disculpa, ¿qué es lo que pasa exactamente?

—¿De verdad que no sabes lo que hacen? —me responde con una pregunta y me mira extrañada. Niego con la cabeza y veo que la señora me mira con compasión—. No eres usuaria habitual de TikTok, ¿verdad?

—De vez en cuando veo algún vídeo, pero no mucho —admito—. No tengo tiempo. Ya sabes, el trabajo y esas cosas.

—Entonces, ¿no sabes quién es Mackenzie02? ¿La *influencer* más famosa de TikTok e Instagram entre el público juvenil de quince a diecinueve años? —Debo tener la ignorancia reflejada en la cara, porque sigue explicándome lo que sucede sin preguntarme nada más—. El año pasado, Mackenzie02 subió un vídeo navideño grabado aquí mismo, en esta cafetería, junto a la cristalera del fondo, en el que mostraba el paisaje nevado que se ve ahora. El vídeo se hizo viral en pocas horas y ahora todos estos, incluida mi hija, que es esa de ahí —La buena señora señala a una chiquilla de unos quince años que está entre las decenas de turistas que se agolpan para grabarse en directo junto al hotel, en la recepción y en la cafetería— quieren subir el mismo vídeo que Mackenzie02 o incluso uno mejor.

—¡Ay! —Uno de los turistas más ansiosos por grabar un vídeo me empuja para hacerse un sitio. Como dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio físico, tropiezo, y el tacón se me queda clavado entre dos tablones del suelo del hotel, negándose a seguir el movimiento del resto de mi cuerpo—. ¡Ayyy! —vuelvo a gritar, antes de doblarme el pie y perder el tacón.

Lo increíble de la situación, aparte de la vergüenza que me entra, es que nadie se inmuta. Sin mediar palabra y de forma instintiva, los turistas siguen dándome la espalda, absortos en sus teléfonos, como si yo no existiera, o más bien como si yo fuera un charco de agua en la calle que hay que evitar para no mojarse. *¿Seré invisible?* De pronto, siento una mano que me ayuda a incorporarme.

—¿Estás bien? —me pregunta la señora con la que he estado hablando antes—. ¿Te has hecho daño?

Levanto la vista agradecida.

—Creo que no, pero no estoy segura… —contesto.

La verdad es que no sé qué me duele más, si el tobillo o el orgullo.

—Toma, aquí tienes tu zapato. Me parece que se ha roto el tacón —La amable señora me entrega mi precioso zapato de 300 dólares al que, efectivamente, se le está despegando el tacón —. ¿No tienes un calzado más robusto, unas botas o algo así? —me pregunta con educación.

Tiene toda la razón. No sé en qué demonios estaba pensando esta mañana para ponerme estos

zapatos en un lugar como este. Tengo que reconocer que a veces me puede la vanidad.

Me incorporo con dificultad, con el pie malo en el aire.

—Deja que te ayude. Ven, apóyate en mí —me ofrece amablemente la señora.

—Me alojo en este hotel, no te preocupes.

—Te acompaño, no es ninguna molestia. Además, así me libro de todos estos locos durante un buen rato —me responde sonriendo—. En realidad, se puede decir que el favor me lo haces tú a mí.

Con ayuda de esta señora tan amable, entro en el hotel y compruebo con horror que también está tomado al asalto por los turistas. Tras el mostrador de recepción veo cómo Sam y Mary, la otra empleada, responden al bombardeo de preguntas con cara de pocos amigos. Me acerco a pedir la llave y Sam rápidamente me saluda.

—¿Te ha pasado algo? ¿Necesitas ayuda? —me pregunta con una preocupación que me parece sincera.

—Creo que no es nada —respondo—. Ha sido culpa mía por ponerme estos zapatos de tacón —admito con pesar—. Voy a subir a mi habitación a cambiarme de calzado. ¡Además, hace un frío que pela!

—¿Quieres que te acompañe Mary? —me ofrece Sam—. A lo mejor deberías ponerte un poco de hielo en ese tobillo, no se te vaya a hinchar… Y si te duele de verdad, podemos llamarte a un médico para que te lo examine aquí mismo.

—No, no hace falta. Muchas gracias, de verdad, tampoco me duele tanto —le digo con toda sinceridad—. ¿Esta cantidad de gente es normal? —pregunto con curiosidad.

—Para nuestra desgracia, sí. Desde que publicaron ese vídeo en TikTok, todos los fines de semana hay un reguero de gente. Y ahora, desde que ha empezado a nevar, vienen muchísimos más para conseguir imágenes idénticas a las de esa *influencer*.

—¿Pero se van a alojar todos aquí? —pregunto extrañada. No me parece que este hotelito tenga capacidad para tanta gente…

—¡Qué va! —responde Sam—. Normalmente se alojan en una de las grandes cadenas hoteleras de las afueras de la ciudad y vienen al centro en autocar. La mayoría pasan a la cafetería y piden un botellín de agua mineral, si es que piden algo. Algunos van más allá y usan los servicios del restaurante sin consumir nada. Al final, lo que hacen es molestar a nuestros clientes y no nos dejan nada de beneficio.

—Quizás podrías intentar explotar esa fama en beneficio de tu hotel… —aventuro.

Hasta con el tobillo dolorido no puedo evitar que salga a relucir la publicista que llevo dentro.

—No me interesa ese tipo de turistas —replica Sam desdeñoso.

—Bueno, voy a subir a mi habitación a poner el pie en alto. Ya me duele menos… —miento y me excuso porque no quiero seguir con la conversación.

Me dan ganas de decirle a Sam que tener más clientes supondría poder contratar más personal y atender mejor a todos sus huéspedes, pero prefiero callarme. Al fin y al cabo, le conocí anoche y me sentó fatal que se tomara tantas confianzas conmigo y me preguntara por mi vida, así que no voy a hacer yo lo mismo dándole consejos sobre cómo debería llevar su negocio.

—Sí, y abrígate, que hoy hace frío… —responde.

—Creo que me he traído unas botas un poco más calentitas en mi supermaleta, así que… —afirmo sonriendo. No se me escapó la cara que puso anoche al ver el tamaño de mi equipaje.

Con el zapato en la mano y despeinada, subo las escaleras que conducen a mi habitación. *¡Mi*

*habitación en la buhardilla!* No solo tengo que subir las escaleras (con un tacón sí y el otro no, importante) delante de la marabunta de turistas de recepción, sino que además, me quedan dos plantas hasta mi destino, que recorreré con el tobillo dolorido. Al final decido quitarme también el otro zapato y subir completamente descalza.

*¡Qué humillante!*

Cuando por fin subo el último tramo, veo que mi puerta está entreabierta. Por un momento, creo que es Sam, el entrometido recepcionista metido a dueño de hotel, pero luego recuerdo que le he dejado abajo, en la recepción, pegándose con esa horda de turistas maleducados. Con los zapatos en la mano, empujo lentamente la puerta de mi habitación con la esperanza de que se trate de la camarera de piso. Al abrir la puerta del todo, veo que hay un hombre encaramado a mi cama, haciendo algo de espaldas a mí. ¡Esto es lo que me faltaba ya!

—¿Se puede saber qué hace usted en mi habitación? —pregunto muy enfadada.

*Parece que en este pueblo nadie valora la privacidad.*

—Discúlpeme, señorita. He venido a arreglar el dosel porque me han dicho que estaba un poco suelto… —responde el hombre a la vez que se gira hacia mí.

—¡¡Tú otra vez!! —exclamamos los dos al unísono.

—¡Luke! —Alzo la voz.

—¡Cassandra! —dice él.

*Está claro que nos sabemos nuestros nombres.*

# 6

# Cassie

*¿Pero qué hace este tío en mi habitación?* —Me froto los ojos incrédula—. *Ay, madre, ¡hay un hombre en mi cama!*

Sonrío ante el pensamiento, pero me recompongo rápidamente.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Yo… Sam me ha… No, ¿qué haces tú aquí, si se puede saber? ¿Me estás persiguiendo o qué?

—¿Cómo que qué hago yo aquí? ¡Esta es mi habitación! Además, si no te importa, las preguntas las hago yo. ¡Faltaría más! —Este hombre me parece increíble. *¡Vaya descaro! Decir que le persigo… ¿Quién se habrá creído que es?*—. ¿Tienes la costumbre de entrar en las habitaciones de los huéspedes? ¡Y no me digas que también eres dueño del hotel, porque no me lo trago! —Sin querer, voy subiendo el tono de voz y noto cómo se me agolpa la sangre en las mejillas—. ¡Ahora mismo llamo a tu amigo Sam!

—Claro que no soy dueño del hotel —Luke también parece cabreado; no entiendo muy bien por qué. *¡Es él quien no debería estar en mi habitación!*—. Solo estoy haciendo mi trabajo.

—No me digas. Espera, que lo adivino: además de amigo de Sam, también trabajas en el hotel y luego, por la noche, te presentas en una oficina o algo así. ¡Como todos tenéis varios trabajos…!

—Pero ¿no me ves? —Luke me lanza una mirada furiosa—. ¡Soy carpintero! —me grita, esgrimiendo un destornillador y otra herramienta que, sinceramente, no tengo ni idea de lo que es —. ¡Te estoy arreglando la cama! Si dejas de gritar por un momento, te enseño lo que estoy haciendo.

De repente, me acuerdo. Anoche, al acostarme, me apoyé en uno de los postes del dosel y me pareció que se movía, pero no le di mayor importancia. ¡Estaba agotada! La verdad es que caí rendida nada más tumbarme. El baño con el hidromasaje me relajó de una forma increíble y me sumí en un sopor delicioso. ¡Incluso me olvidé de la agencia, de la cuenta Libber y de todos mis problemas!

Me acerco cojeando, porque el pie me molesta cada vez más. Veo cómo me mira Luke mientras camino, con los zapatos todavía de la mano.

—Mira —me dice—. ¿Ves? Esta pieza de aquí se había aflojado. He metido un pasador y ahora, si no te importa, voy a poner un poco de cola y dejaré esta mordaza colocada —me explica mientras trabaja bajo mi atenta mirada—. Tardaré unos diez minutos, no creo que me lleve más tiempo. Y luego te dejaré tranquila, no te preocupes.

Luke me mira de una forma extraña que no acierto a descifrar.

—Entiendo que es tu trabajo, pero sinceramente, creo que deberían haberme avisado —le respondo—. No es normal encontrarte a alguien encima de tu cama cuando llegas a tu habitación en un hotel. ¡Ay! —Piso mal al acercarme y noto que el dolor se intensifica—. Un momento… —Al tratar de dar media vuelta, me vuelvo a torcer el tobillo. Trastabillo y estoy a punto de caerme encima de él. El carpintero amigo de Sam y reconvertido en intruso que se cuela en las habitaciones de los huéspedes me sostiene en el último segundo y evita que rodemos por el

suelo. Por un momento, siento la fuerza de sus brazos sobre mi cuerpo y me estremezco.

—Ven, siéntate ahí, en ese diván —Sosteniéndome por la cintura, Luke me ayuda a acomodarme en el mueble que hay al lado del ventanal—. Tendrías que hacer que te miraran esa torcedura —Noto un matiz de interés en su voz. Es agradable que, por una vez, no parezca que está enfadado conmigo, la verdad—. Sam está en la recepción. Seguro que lo has visto antes de subir.

—Sí, pero no me ha dicho nada de que estuvieras aquí —protesto.

—Seguro que te has fijado en el lío que tiene con todos esos turistas atosigándolo…

—¿Y tú cómo sabes que tiene mucha gente que atender? ¿Cuánto tiempo llevas en mi habitación? —le pregunto con verdadera curiosidad.

—Acabo de llegar —me replica un poco enfadado—. Tranquila, no he tocado nada. Además, las voces se oyen hasta en la calle. ¿O tú no las has oído? De todas formas, tampoco hay que ser un lince. Es la misma historia todos los fines de semana, y más en temporada alta, cuando se acerca la Navidad.

Por su tono de voz, no parece que a Luke le gustemos mucho los turistas. Yo creo que más bien nos desprecia.

—¿Cuánto más vas a tardar? —le pregunto en cuanto me tumbo en el diván. La verdad es que, por un lado, este hombre me ayuda, pero por el otro, me habla enfadado, como si todo cuanto sucede en la ciudad fuera culpa mía. *¡Ah, claro, es que soy una turista! Todo es culpa mía* —. Como te dije antes en la cafetería, pensaba aprovechar la mañana para programar mis visitas y, la verdad, me gustaría estar a solas en mi habitación del hotel, ya que la he pagado —Me doy cuenta de que sueno un poco borde—. Ya sé que en esta ciudad lo de la privacidad no se lleva mucho o, mejor dicho, nada, pero me gustaría disfrutar de un poco de paz.

—Y como yo te acabo de decir, con diez minutos tengo suficiente. ¿Crees que serás capaz de soportarlo? Te prometo que el barrio colonial no va a desaparecer en los próximos diez minutos y todo estará en el mismo sitio cuando acabe de arreglarte la cama.

—Pero es que no puedo…

—¿Perder el tiempo? —Me mira con sorna.

—Eso —asiento, sin saber muy bien qué decir.

La verdad es que ahora mismo hasta a mí me suena estúpida mi queja.

—Yo creo que el problema es que tú no sabes estar de vacaciones —me dice sonriendo. No puedo evitar mirarle. Tiene una sonrisa preciosa, aunque es la primera vez que la veo. Se le forman dos hoyuelos en las mejillas que, de alguna forma, realzan su poderosa mandíbula—. Bueno, voy a seguir con mi trabajo, no vaya a ser que malgaste otros diez minutos de tu precioso tiempo —Me coloca bien el pie malherido—. Desde aquí, si quieres, puedes admirar el paisaje mientras acabo de arreglar tu cama. Estos diez minutos de descanso le vendrán muy bien a tu pie.

Luke vuelve al trabajo después de dejarme instalada en el diván. No nieva, pero todo sigue blanco. Con la luz del día, se ve la línea verde de los bosques que rodean el lago Matoaka. Oigo un golpe sordo y, sin darme cuenta, cambio al paisaje interior. Luke está ocupado con alguna parte de mi cama. Está arrodillado en el suelo, tratando de encajar una pieza que no veo. Tiene los músculos de los brazos en tensión bajo la camiseta de tirantes. Ahora que me fijo, se ha quitado la camisa de cuadros para trabajar y, desde mi posición privilegiada en el diván, me parece que el espectáculo es fantástico. La nieve también está bien, pero la función que se desarrolla en mi habitación tiene más movimiento. Se nota que Luke trabaja con las manos.

Los tirantes de su camiseta blanca impoluta suben y bajan sobre sus músculos. No se aprecia

ni un gramo de grasa. Trabaja como alguien que domina su oficio, sin dudar. Sus movimientos forman parte de una coreografía ensayada miles de veces. Estoy segura de que podría hacerlo con los ojos cerrados. De hecho, ni siquiera se vuelve cuando tiene que dejar una herramienta y coger otra.

*¡Vaya con este Luke Wright…! Realmente hace honor a su apellido. Wright, el tallador de madera. ¡Wright, el hombre que le susurraba a los muebles!*

Tengo que reprimir una risita, porque justo en este momento, y por hablar, Luke se gira hacia mí. El sudor le perla la frente por el esfuerzo, pero su voz es tan relajada y grave como antes.

—Esto ya casi está. Ahora voy a encolarlo y, en cuanto esté un poco seco, coloco la mordaza y en menos de cinco minutos te dejo tranquila. Tengo que dejar la mordaza puesta, pero te prometo que te avisaré antes de venir a quitarla.

—Gracias. Te lo agradezco —le digo—. ¿Y hace mucho que te dedicas a esto? —La pregunta sale de mis labios casi sin pensar.

—Sí, mucho —responde Luke secamente.

—¿Y te gusta tu trabajo? —insisto.

*¿Qué estoy haciendo? ¿Una entrevista para el periódico del instituto? ¡Estoy quedando como una idiota con estas preguntas tan estúpidas!*

—Sí, mucho —repite Luke, y me mira extrañado. No entiende por qué le pregunto eso, y yo tampoco—. Casi tanto como mi privacidad.

*¡Cómete esa, Cassie!*

—Perdona, ya te dejo trabajar —le digo justo cuando él se vuelve a concentrar en la tarea.

Así, tirado de medio lado sobre el suelo, veo cómo sujeta la pata y el dosel con el pasador que acaba de colocar y rocía la unión con cola blanca. Ahora aprieta las dos piezas. Me imagino que tiene que usar bastante fuerza, porque puedo apreciar perfectamente cómo se contrae el contorno de sus bíceps. Sin darme cuenta, alzo la mano delante de mis ojos y trazo en el aire la forma de ese cuerpo que parece esculpido por la misma mano que los preciosos balaustres torneados de la escalera. Los músculos redondeados se elevan y luego descienden en sus brazos al mismo ritmo que se levanta la camiseta sobre lo que parecen unos pectorales perfectamente definidos. Sigo delineando su cuerpo en el aire, como si estuviera calcándolo en un papel invisible. Bajo para dibujar el contorno de su cintura, fuerte y bien definida, enjaulada por el cinturón que sujeta esos vaqueros desgastados que tan bien le sientan…

*¡Cassie! ¿Lo habré dicho en voz alta ? ¡Qué vergüenza, por Dios! No, parece que Luke no se ha dado cuenta. Por un momento, mi cuerpo me ha pedido a gritos que desabroche ese cinturón… Todavía siento el cosquilleo. Me arden las mejillas. ¡Seguro que estoy como un tomate!*

—Voy a abrir un poco la ventana, aquí hace demasiado calor —le digo a Luke para disimular.

—Como quieras, yo estoy bien —me responde sin alzar la cabeza.

Estoy casi segura de que no me ha pillado fantaseando. *¡¡Menos mal!!* Me levanto con dificultad porque el pie sigue doliéndome horrores. Abro la ventana, a ver si así se me pasa un poco el sofoco, pero no lo consigo. El recuerdo de sus manos sosteniéndome por la cintura se funde con el cuerpo delineado que, sin querer, he grabado en mi memoria. Ni un paisaje gélido y nevado como el que se abre ante mí consigue rebajar la temperatura de mi cuerpo.

—Voy al baño —digo en voz alta.

—Ajá —responde Luke mecánicamente.

No parece que mi presencia le importe mucho. Tal vez sea mejor así. Nada más cerrar la puerta del baño, echo el pestillo y me miro al espejo. *¿Se puede saber qué te pasa, Cassie?* Estoy como atontada y sé perfectamente que no es por el pie. Tal vez sea el estrés bestial que arrastro desde el verano. O quizás es que Luke…

*¡Bobadas!*

Me lavo la cara para despejarme y me miro al espejo. *¿Soy yo o tengo menos ojeras?* Es cierto que he dormido a pierna suelta, como hacía mucho tiempo que no dormía, pero para que se note en un solo día… No sé. Hoy apenas me he maquillado y, chica, ¡tampoco tengo tan mala cara! Sonrío a mi imagen reflejada en el espejo. ¡Puede que Daisy tenga razón y necesite estas vacaciones!

—¡El teléfono! —grito desde el baño. Rápidamente me seco las manos. El teléfono no para de sonar—. ¡Luke! ¿Podrías contestar, por favor?

Pero no responde. Me reafirmo en mi opinión. *¡Maleducado!* Durante unos segundos, me pego con el pestillo del baño. *¡¡Si es que siempre me pasa igual!! Como sea de la agencia y no llegue, ¡me muero!* Por fin abro la puerta del baño. Luke ha desaparecido. Debe de haber acabado y no ha esperado a que yo saliera. *¡Vaya borde!* Lo mínimo es despedirse, digo yo. Cojeo a toda prisa hasta el diván donde he dejado el móvil, justo a tiempo para descolgar.

—¡Daisy, eres tú! —exclamo.

—¡Pues claro que soy yo! ¿Quién creías que era, el presidente? —Daisy se ríe carcajadas—. Bueno, cuéntame: ¿cómo estás? ¿Te gusta el hotel que te he buscado? —pregunta con verdadero interés.

Daisy siempre pregunta de verdad, no como esas personas que esperan una respuesta falsa del tipo: «¡Superbién! ¿Y tú? Estupendamente también, ¿verdad?».

—Estoy mucho mejor, Daisy. Ahora mismo me estaba fijando en que tengo muchas menos ojeras…

—¿En solo una noche? ¡Anda ya! Si fuera tan fácil, nadie tendría ansiedad y los loqueros se quedarían sin curro, Cassie. Además, lo tuyo no es una ansiedad de andar por casa y lo sabes. ¡Lo tuyo es una ansiedad tipo «Tengo cinco minutos para descubrir el antídoto y salvar a la humanidad del apocalipsis zombi»!

Daisy no puede evitar preocuparse por mí, y como podéis observar, tiene un gusto pésimo para las pelis. ¡Por lo demás, es la mejor amiga del mundo!

—Sí, ya sé que he exagerado un poco, pero te juro que me siento bastante mejor… Además, tengo estas vacaciones tan largas para relajarme, ¿recuerdas? ¡Anda que no me quedan días!

—Cuantos más días estés alejada de Publiart Incorporated, mucho mejor. Mira que me encanta lo que hacemos, ¡pero que tóxico es ese lugar, por Dios! Como te he dicho cientos de veces…

—… tienes que aparcar el trabajo en cuanto sales por la puerta, porque…

—¡…trabajamos para vivir, no vivimos para trabajar! —rematamos a coro, y nos echamos a reír. He perdido la cuenta de cuántas veces hemos mantenido esta conversación.

—Oye, si quieres, hacemos FaceTime y te enseño la habitación. ¡Es estupenda! Y además tengo una bañera gigante de hidromasaje. ¿Quieres verla? —le pregunto.

—¡Me muero de ganas! —responde Daisy—. Espera, que me pongo algo de ropa por si las moscas.

—O sea, que está sola en casa en pelota picada…

—¡Me has pillado! Hoy me he tomado el día libre porque ya he hecho todas las horas de esta

semana y alguna más en el viaje de trabajo. Además, ayer llegué tardísimo porque el avión pilló un retraso de tres horas. Hoy por la mañana estoy de relax total. Me he preparado un pozal de capuchino en mi cafetera nueva y estoy tirada en el sofá, en bolas, como has adivinado, contemplando el paisaje de Chicago desde mi apartamento mientras el resto de la ciudad trabaja.

—¡Eres imposible, Daisy! ¡Te doy dos minutos para que te pongas algo, aunque sea una camiseta! —la amenazo.

—Bah, no necesito ni diez segundos. ¡Ya está!

La vivaracha de Daisy aparece en la pantalla de mi móvil con una camiseta XL que seguro que se dejó en su casa su última conquista. Daisy es la reina de los rollos de una noche. Ella dice que hay que vivir y probar la mercancía antes de comprarla, ¡pero es que yo creo que ya ha probado el catálogo completo de Amazon!

—¡Hola, guapa! —me saluda jovial, como siempre.

—¡Hola, preciosa! —respondo—. ¿Te apetece que te haga el *tour premium* de la habitación?

—¡Venga! Me muero de ganas de verla. Oye, es verdad que tienes mejor cara… —me dice sorprendida mientras me dirijo a la puerta.

—Te voy a enseñar la habitación empezando desde fuera, que para algo te he ofrecido el *tour premium* —digo mientras salgo de la habitación—. Mira, subes dos plantas por estas escaleras tan monas y al final del todo, cuando ya no se puede seguir subiendo, ahí está mi habitación, en la buhardilla.

—¡Qué romántico…! —exclama mi amiga.

—Bueno, es bastante menos romántico cuando te precipitas en la acera nevada delante de cien turistas, se te rompe un tacón, te tuerces el tobillo y te toca subir las escaleras cojeando delante de otros cincuenta turistas que abarrotan la recepción de tu hotel. ¡Y acabas subiendo descalza!

—¿Te ha pasado todo eso? —pregunta Daisy con compasión.

—Sí, pero tampoco quiero que te regodees en mi bochorno, que te conozco —le digo a una Daisy que sé que está a punto de estallar en carcajadas—. Y esta es la puerta de mi habitación, ¡la única de toda la buhardilla!

—¡Qué íntimo! Así te puedes llevar a todos los ligues que quieras y gritar a pleno pulmón sin que nadie se entere. ¡Seguro que ya tienes una cola de solteros deseables donde elegir!

—¡Tú siempre pensando en lo mismo! —le recrimino fingiendo un enfado que, en realidad, no siento, porque es imposible enfadarse con ella. Mi amiga es como un chorro de alegría que lo invade todo y te obliga a disfrutar con ella de lo que ofrece la vida.

—Ya has conocido a alguien, ¿a que sí? No me digas que no, porque es imposible. ¡Eres un pibón y un partidazo!

Daisy es la mejor. Le levanta la moral a cualquiera, eso no se puede negar.

—He conocido a dos chicos —reconozco—, pero espera, que te enseño las vistas desde mi ventana.

La abro y le enseño a Daisy el paisaje nevado que se ve desde la buhardilla.

—¡Es precioso! —exclama—. Es mucho más bonito de lo que me imaginaba. ¡He acertado de pleno!

—Pues mira, que te enseño…

—Alto, no corras tanto —me interrumpe Daisy—. Me estabas hablando de esos chicos…

—¡Ah, sí! Uno de ellos es Sam. Es el dueño del hotel. ¡Pero mira qué muebles más chulos tengo en la habitación! —Enfoco a la cómoda y al baúl que hay a los pies de la cama.

—Son muy bonitos, la verdad. Es todo precioso. Pero me estabas hablando de Sam…

—Es bastante pesado y un poco metomentodo. Para mi gusto, hace demasiadas preguntas.

—¿Seguro que no te gusta ni un poco? —me pregunta Daisy con toda la intención.

—¡Que no, pesada! Es demasiado… ¿Cómo te diría? —me quedo pensando un momento—. ¡Intenso, eso es! Sam es demasiado intenso. Pensándolo mejor, es ideal para ti. ¡Te lo regalo! —Me siento muy orgullosa de mi broma. En realidad, creo que Daisy sería demasiado para el pobre pueblerino de Sam, pero me lo callo—. Ahora te voy a enseñar el baño. ¡Verás qué pasada de bañera!

—Estoy deseando que llegue el día 23 para estar contigo en un lugar tan maravilloso —me dice Daisy—. Oye, veo que todavía cojeas. Ya está bien de caminar. Deberías poner el pie en alto, no se te vaya a hinchar.

—La verdad es que me duele un poco, pero no creo que sea nada —le respondo.

—De todos modos, muéstrame otra vez esa magnífica cama de tamaño olímpico y su precioso dosel.

—Vale. Mira, el dosel solo tiene unas pequeñas cortinas junto a los postes, ¿lo ves? Y es todo de madera maciza.

—¿Qué es eso? —me interrumpe Daisy.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—¿No ves esa cosa metálica en el lateral del poste, al lado del cabecero?

—¡Ah, sí! Joder, tienes vista de lince. Es una mordaza para sujetar no sé qué que ha puesto Luke mientras se seca la cola.

—¿Luke? ¿Quién es Luke? —salta Daisy toda emocionada. Mi amiga tiene una especie de resorte que se activa cada vez que se nombra a un posible hombre soltero—. ¿Conoces bien a ese tal Luke? ¿Está soltero? ¿Te gusta?

—¡Para ya! —grito al teléfono entre risas—. Si me dejas un momento para que me tumbe, te cuento lo que sé de Luke. Pero te advierto que Sam y Luke son las dos únicas personas que he conocido desde que llegué ayer, así que no me sigas dando la brasa cuando acabe…

—Prometido. Por hoy, Luke es el último.

—Gracias —Daisy es mi amiga, pero a veces es agotadora con sus preguntas. Quiere arreglarle la vida a todo el mundo—. Luke es ebanista. Creo haber entendido que ha hecho o ha restaurado casi todos los muebles del hotel, aunque no me he enterado muy bien.

—¡Ah! Entonces, ¿también ha hecho todos los muebles de tu habitación? —pregunta Daisy, que es como un pozo sin fondo de curiosidad.

—Pues no lo sé. Antes, cuando he subido a descansar, me lo he encontrado encima de mi cama. ¡Me ha dado un buen susto!

—¡Así que tenías un hombre en tu cama y no me has dicho nada! ¡Ten amigas para esto!

—¡Que no, que no he metido a nadie en mi cama, joder! Estaba aquí cuando llegué…

—O sea, que en este hotel tan bonito, las habitaciones vienen así, con hombres en las camas… Perdóname, pero la publicista que llevo dentro no puede por menos que visualizar la campaña: «Hotelito con encanto en Williamsburg, la ciudad más bonita de la costa este. Habitaciones decoradas con todo detalle, bañera de hidromasaje en el baño y guaperas sobre cama con dosel». ¡Si es que se escribe sola!

Me revuelco en la cama de la risa. ¡Daisy es incorregible!

—Como ya lo has tenido en tu cama —continúa mi amiga—, aunque no estuvieras ahí, metidita con él, en algo te habrás fijado, ¿no? ¡Cuenta, cuenta!

Me dejo llevar por la situación y la ilusión de Daisy en cualquier circunstancia.

—No mucho más de lo que ya te he contado. Es ebanista y, hablando de lo que te más importa, que te conozco, tiene unos brazos fuertes y unas manos muy seguras —le describo, recordando cómo me sujetó para que no me cayera—. Es alto, con el típico pelo afroamericano ensortijado muy corto, pero no rapado…

—Como a ti te gusta —interviene Daisy.

—Ya, pero es que es un borde. No he conseguido sacarle más de diez palabras seguidas sin que parezca que lleva un cabreo del quince. Odia a los turistas y le caigo muy mal, de eso estoy segura.

—Yo no lo estaría tanto… además, ya se ha metido en tu cama, ¿no?

—¡Deja de reírte de mí! Te acabo de decir que la estaba arreglando—. Sonrío porque, por mucho que me chinche, quiero a mi amiga Daisy con todo mi corazón. Después de mi familia, es la persona a la que más quiero en el mundo—. Oye, te voy a colgar porque quiero aprovechar el rato para prepararme unas rutas turísticas en las que no tenga que caminar demasiado, por lo del pie y eso.

—Vale, Cassie. Un besito. ¡Cuídate! —se despide Daisy.

—Besitos. Te iré contando, te lo prometo —me despido yo también.

Decido descansar un par de horas y preparar mis visitas con calma. He pensado ponerme unas botas que me sujeten bien el tobillo para no tener más problemas. Miro con orgullo mi Samsonite al pie de la cama. Tengo botas y todo lo que haga falta.

*¡Será por espacio en la maleta…!*

7

# Luke

*¡Esa mujer es imposible! ¿Ni diez minutos puede parar quieta? ¡Que ha venido de vacaciones, por Dios!*

—¡Sam, un día de estos te voy a matar! ¡Prometido! —le grito al acabar de bajar las escaleras. Sam me mira confuso por encima de las cabezas de los turistas que pretenden entrar en el restaurante para la dichosa fotito—. No me mires así. ¡Joder, tío! ¡Sabes perfectamente de qué te estoy hablando!

—¡Eh, Luke, espera un momento! Te juro que no sé a qué te refieres —Al ver mi cara de cabreo, de pronto cae en la cuenta—. ¡Ah, ya veo! Te has encontrado con Cassie en la habitación y…

—¡Cassie? ¿Quién es Cassie? —pregunto a punto de estallar. Hablar a gritos para hacernos oír por encima de toda esta algarabía es peor que una tortura—. Cassie… ¡Ah, Casandra!

—¡Eso, Casandra! Es que yo la llamo Cassie… Me parece más familiar.

—¿Qué? —Me cuesta oír con todo el gentío.

—¡¡Que es más familiar!! —me grita Sam a pleno pulmón.

Le miro y desisto de seguir enfadado. Está atrapado en el mostrador de recepción, intentando librarse por las buenas de la horda de turistas que parece no tener fin.

—¡Me largo de aquí! ¡Ya hablaremos! —grito tan fuerte como puedo. Sam me hace un gesto. Sabe que da igual lo que diga, porque no lo voy a oír.

Salgo a la calle. *¡Qué paz!* Al lado del hotel sigue habiendo un grupo de turistas frente al restaurante, pero Sam ha cerrado la puerta de la calle para controlar la marabunta y parece que poco a poco está retomando el control de su hotel. ¡O eso espero! De todas formas, será mejor que salga pitando.

Camino tranquilamente por Richmond Road hasta llegar a Armistead Avenue, donde está la panadería favorita de mi madre, regentada por mi amigo Peter. Es verdad que aquí nos conocemos todos, casi como si viviéramos en un pueblo, pero es que Williamsburg no es tan grande y los que llevamos toda la vida aquí hicimos migas cuando éramos niños.

—¡Hola, Peter! Aquí me tienes, tal y como te prometí.

—Hola, Luke. ¿Vienes a por los pastelitos favoritos de Linda? —me pregunta, señalando unos profiteroles de crema y chocolate, la perdición de mi madre.

—No, hoy no —respondo—. En la última analítica tenía el azúcar un poco alto y no quiero fomentar su vicio. Pero seguro que tienes una buena hogaza de pan integral por ahí.

—¡Pues claro! Mira, esta de aquí la hago con masa madre y cinco cereales integrales diferentes: cebada, centeno, sorgo…

—Vale, me la llevo —le corto. Si hay alguien que disfruta de su profesión casi tanto como yo, ese es Peter. ¡No quiero que me cuente todo el proceso de elaboración del pan, que le conozco!—. ¿Lo tienes todo preparado para el mercadillo de Navidad? —le pregunto, arriesgándome a escuchar dos horas de explicaciones.

—Sí, he decidido hacer rosquillas tradicionales de… ¡Buenos días, señora! —Entra una nueva clienta y yo paso a un segundo plano. Me hace un gesto de despedida con la mano—.

¡Recuerdos a Linda!

—Se los daré de tu parte. ¡Que tengas un buen día, Peter!

Mi madre vive a cinco minutos escasos de aquí. Me gusta caminar por el centro de Williamsburg, donde crecí y he vivido toda mi vida. Las caras que me cruzo son familiares y todo tiene un aire muy hogareño. No puedo decir lo mismo del barrio colonial, que es más un parque de atracciones que otra cosa, pero mis amigos tienen razón cuando dicen que eso es lo que nos da de comer. Las dos actividades más importantes de Williamsburg son la universidad y el turismo, y los estudiantes universitarios no compran mis muebles, así que…

—¡Hola, mamá! —la saludo con unos golpecitos en la ventana de la cocina.

Tengo que despejar la nieve del sendero de su jardín. Parece que me ha visto.

—¡Hola, Luke, cariño! —me saluda nada más abrir la puerta—. Pasa, que te vas a congelar si te quedas ahí fuera. ¡Qué mañana más fría!

—Estamos en diciembre, mamá. ¿Cómo no va a hacer frío? En fin, ¿ya tienes preparada la guirnalda para el concurso? —le pregunto.

—Ya casi está —me responde y se le ilumina la mirada. Para mi madre, una de las tradiciones más veneradas de Williamsburg es el concurso de decoración de puertas—. ¿Quieres verla?

—Mejor cuando la tengas acabada, mamá —Sonrío al acordarme de todas las guirnaldas que hicimos juntos cuando era niño—. Te he traído una barra de pan. ¿Has desayunado ya?

—Me iba a preparar algo ahora mismo, aunque es un poco tarde para desayunar. ¿Te quedas y comemos algo juntos como si fuera un *brunch* de esos que hacen los jóvenes modernos?

—¡Claro! Pero deja que lo prepare yo. Tú ya has cocinado más que suficiente y has dado de comer a varias generaciones de habitantes de Williamsburg —Mi madre trabajó en un restaurante de las afueras durante muchos años haciendo turnos de camarera y cocinera casi todos los días de la semana—. Venga, siéntate y cuéntame las novedades mientras lo preparo todo.

Nos encanta comer en la mesa de la cocina, como cuando era niño. Por aquel entonces, llegaba de la escuela y hacía los deberes mientras ella preparaba la cena.

—¡Pero no me has traído mis profiteroles! —protesta decepcionada—. ¿Por qué, Luke?

—Ya sabes lo que dijo el médico: no debes tomar tanto dulce. ¡Mira qué pan más rico he traído! Toma, ve cortando unas rebanadas.

Mientras lo preparamos todo, charlamos sin parar.

—Tienes que salir más, mamá. ¿Por qué no te acercas al taller y me das tu opinión sobre los muebles para el mercadillo de Navidad?

—Ya sabes que me cuesta ir allí, hijo. Era el lugar favorito de Ernest y ahora que ya no está… —Mi madre se pone melancólica al hablar de mi padre—. ¿Cuánto hace ya?

—Casi ocho años, mamá, pero te aseguro que me acuerdo de él todos los días mientras trabajo. He hecho realidad su sueño y he arreglado toda la cristalera que da al lago para trabajar con luz natural hasta en invierno. ¡Incluso te he hecho una mecedora, como la que tenías cuando era niño! Me gustaría que vinieras a verlo y te sentaras al leer en la mecedora. De verdad que me encantaría que volvieras a disfrutar de la cabaña…

—No puedo, Luke, ¡lo echo tanto de menos…! —Veo que mi madre se entristece de repente.

La verdad es que mis padres eran almas gemelas y mi madre no acaba de asumir la pérdida, a pesar del tiempo transcurrido. No la culpo: ¡le falta su otra mitad!

—No te he contado lo último de los del ayuntamiento… —digo para cambiar de tema.

—¡Cuenta, cuenta!

He dado en el clavo. A mi madre le interesa cualquier chisme sobre el alcalde Murphy. Y si es negativo, mejor. Le conoce desde que era niño y no tiene muy buena opinión de él. Sonrío.

—Pues resulta que se le ha ocurrido que a los turistas les gustan las cosas más sencillas, o lo que él cree que son más sencillas, porque en realidad…

—¡El alcalde Murphy no sabe hacer la *o* con un canuto! —termina mi frase y nos reímos a carcajadas.

—Pues bien —continúo—, me dice que ya no quiere nada con florituras, y se ha atrevido a pasarme unas fotos que sacó su mujer de una revista de decoración. Y aún va y me suelta: «Así lo quiero todo». ¿Te lo puedes creer?

—¿De verdad te dio unas fotos de revista?

—Te lo juro, mamá. Y joder, cuando le intenté explicar que no son florituras, que hay una investigación histórica detrás y que eso que quiere que haga es una mierda, una mezcla de estilos históricos sin sentido, ¿sabes lo que me respondió?

—No, ¿qué? —pregunta curiosa mi madre.

—«Mi mujer me ha dicho que esto es lo que se lleva». ¡Y se queda tan ancho! Todo este tiempo, yo pensando que hacíamos muebles históricos…

—No te preocupes, hijo —me consuela mi madre. Coloco la sartén con unos huevos revueltos con champiñones en el centro de la mesa—. Oye, ¡esto huele de maravilla!

—No es porque los haya hecho yo, pero…

—¡Eh, no te eches tantos piropos, que fui yo quien te enseño! —protesta mi madre con una sonrisa—. ¡Y seguro que los míos todavía son mejores!

De repente, llaman a la puerta y nos interrumpen.

—Todo lo que sé me lo has enseñado tú, mamá —le digo rápidamente, y le planto un beso en la frente mientras me levanto—. Voy a ver quién es.

Al abrir la puerta, me encuentro con una niña de unos doce años.

—¿Linda Wright? Traigo una caja para ella.

Dicho esto, me entrega una cajita de pastelería.

—¡Gracias! ¡Eh, espera un momento! —Pero la niña ya ha echado a correr—. ¡Mamá, mira lo que te han traído! Creo que alguien te ha regalado el postre —digo con una sonrisa mientras cierro la puerta y observo cómo se ilumina la cara de mi madre. Adivina el contenido de la cajita sin necesidad de abrirla.

—¡Mis profiteroles!

—Cuando pille a Peter por banda, ¡se va a enterar! —digo fingiendo enfadarme.

—Es que Peter sabe cuánto me gustan, ¡y también que me acuerdo de quién se comía mis famosísimas galletas de avena y cacahuete cuando las ponía a enfriar en el alféizar!

—Vosotros dos no tenéis remedio —me río—. ¡Sois una banda de delincuentes!

—Efectivamente. Somos los mejores traficantes de pasteles, no lo olvides —añade guiñándome un ojo—. Esto no es más que solidaridad entre amantes del dulce —se ríe, señalando la caja—. Pero te prometo que me voy a moderar y solo comeré uno al día.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, hijo.

—Y a cambio, ¿te acercarás al taller a ver mis nuevas creaciones y darme tu opinión?

—No sé yo, Luke —Veo la tristeza en el rostro de mi madre—. Estoy segura de que serán unas piezas magníficas, como siempre.

—Pero es que me haría muchísima ilusión que vieras los arreglos que he hecho este año en la

cabaña. Ya sé que te acuerdas de papá, pero hace ya mucho tiempo…

—Ocho años, Luke. Hace solo ocho años y estuvimos juntos casi cuarenta. Tu padre y yo habíamos planeado pasar más tiempo en la cabaña cuando nos jubiláramos. Incluso hablamos de arreglarla para mudarnos todos los veranos y disfrutar del lago. Es lo único que le quedaba de sus padres, Luke, y gracias a esa cabañita destartalada te aficionaste a la carpintería. ¿Te acuerdas cuando pasabais los fines de semana pescando y arreglándola? ¿De cuánto luchó para que la universidad no le obligara a vender el terreno?

—Me acuerdo, mamá, ¿cómo podría olvidarlo? Sé que sentía un orgullo muy especial por haber arreglado las ruinas que heredó y haberlas convertido en la cabaña que disfrutamos todos.

—De no ser por esa cabaña, estoy segura de que le habría dado el infarto mucho antes, Luke —me dijo mi madre—. Durante demasiados años, trabajó su jornada y todas las horas extra que le permitieron para que pudiéramos vivir en esta casa.

—Sí —asiento—. Recuerdo que apenas lo veía.

—Por eso la cabaña era tan importante para él. Era su lugar de conexión contigo, un lugar donde podíamos relajarnos y disfrutar. ¡Y comernos esos peces tan asquerosos que pescabas en el lago Matoaka! —añade mi madre.

—¡Y yo que siempre pensé que os gustaban! —finjo un enfado que estoy muy lejos de sentir. Retiro los platos de los huevos—. ¿Qué prefieres con los profiteroles, café o té? —pregunto.

—Té —responde mi madre—. Con los dulces, siempre té, ¡para levantar el meñique como la reina de Inglaterra! —hace un gesto cursi con la mano y me echo a reír.

—Voy a poner el agua a hervir. ¿Dónde tienes el té? —le pregunto.

—En el armario de siempre, Luke —responde mi madre—. ¡Ahí!

—¿Aquí? — pregunto, tocando uno de los armarios altos.

—Sí, ese es.

Saco la lata con los diferentes sobrecitos de té. Mi madre ya ha puesto dos tazas y ha abierto la cajita de profiteroles. Le encantan los pequeños detalles que hacen que la vida sea más agradable. Siempre dice que es una lástima que los jóvenes de ahora no sepamos apreciar la belleza de las pequeñas cosas. La tetera comienza a silbar. Veo la cara de mi madre y sé que es feliz teniéndome en su cocina, comiendo profiteroles y bebiendo té con el meñique bien estirado.

—¿Alguna novedad más? ¿Qué tal está Sam? Se pasó por aquí ayer, ¿sabes? Ese chico es siempre tan atento…

—Sí, y me dio tu recado —le digo—, pero lo peor es que nos tuvo a Will y a mí hasta las doce de la noche en la taberna.

—¡Muy bien! —exclama a mi madre—. Entonces me obedeció. ¡Buen chico!

—¡Mamá…! No puedes ir encargando a la gente que me entretenga. ¡Que no tengo diez años, por favor!

—Es que, si fuera por ti, no te divertirías nunca. ¡Sam es un buen amigo, Luke!

—Pues te equivocas, mamá. ¿Sabes lo que ha hecho Sam?

Mi madre me mira un poco desesperada. La verdad es que adora a mis amigos. Los conoce desde niños, les ha dado galletas con leche y les ha curado los rasguños de la infancia. ¡A veces creo que los quiere más que a mí!

—Venga, desahógate. ¿Qué ha hecho Sam esta vez?

—Verás —empiezo—, como decía, nos tuvo en danza hasta las doce de la noche. ¡Y eso que apareció más de una hora tarde!

—Típico de Sam… —sonríe mi madre—. ¡Pero es tu amigo!

—¡Cómo se nota que es tu favorito! Siempre se lo perdonas todo —le digo bromeando—. Pues ese mismo Sam, que sabe que tengo una hora caminando hasta mi casa y que no me pude acostar hasta casi las dos de la madrugada, me llama hoy a las ocho de la mañana para que vaya a arreglar una mesa. Pero en realidad, ¿sabes lo que quería?

—No, ¿qué? —Mi madre está cada vez más interesada, se lo noto.

—¡Liarme con una de sus huéspedes! —exclamo—. ¡Es que ese hombre no se detiene ante nada!

—¡Bien por Sam! —Miro a mi madre alucinado—. No me mires así, Luke. ¡Quiero nietos y parece que tú eres incapaz de encontrar a la chica adecuada!

—Espera, ¿me estás diciendo que Sam se limita a cumplir tus órdenes? —Mi asombro crece por momentos—. ¡Mamá!

—Vamos a lo que importa: ¿cómo es la chica? —Mi madre tiene la virtud de ir al grano cuando algo le interesa de verdad. Nada de rodeos ni frases hechas, no. Directamente a lo que le interesa—. ¡Cuéntamelo todo! ¿Será la futura madre de mis nietos? ¿Cuándo me la vas a presentar?

—¡Mamá! —Estoy completamente escandalizado—. Es que no sé ni por qué tengo que hablar de ella contigo. ¡Un día de estos voy a matar a Sam!

—Déjame adivinar… —Mi madre sigue a lo suyo—. ¿Es rubia?

—Pues sí —admito—, pero es insoportable. Esta mañana, cuando ha entrado en su habitación y me ha visto allí, me ha dicho de todo…

—Espera un momento… ¿Estabas en su habitación? —Veo que mi madre me mira incrédula —. ¿No es ir demasiado rápido, hijo?

—No es lo que piensas —aclaro—. Sam me envió a arreglar el dosel de su cama porque tenía un poste suelto y se le olvidó avisarla. Al parecer, Cassie no sabía que iba a ir por la mañana.

—Bien por Sam —dice mi madre otra vez. *No me lo puedo creer. ¿Sam lo habrá hecho a propósito?*—. ¿Y dices que se llama Cassie? —me pregunta.

—Sí, Cassandra Evans. Se aloja en la habitación de la buhardilla.

—Así que estabais completamente solos, sin nadie cerca… —aventura mi madre.

—¡Mamá! —la reprendo por enésima vez—. Ya te he dicho que estaba arreglando la cama. Además, esta mañana se ha hecho daño el pie y he tenido que ayudarla a tumbarse en el diván.

—¿La has ayudado? —me pregunta sonriendo—. Muy bien, Luke, muy caballeroso por tu parte. ¿Cuánto tiempo se va a quedar en Williamsburg?

—Hasta después de Navidad, creo.

—Bien… Hay tiempo.

—¿Tiempo para qué, mamá? Te juro que a veces me das miedo.

—Nada, cariño, son cosas mías. ¡Qué ricos están estos profiteroles! Pero te lo he prometido y me voy a moderar —me dice mientras cierra la caja—. Ya está, ¿ves? Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Me voy al taller a preparar los nuevos diseños para llevárselos al alcalde Murphy, a ver si le parecen bien. O a ver si le gustan a su mujer. ¡Qué sé yo! —reconozco un poco desesperado —. Les daré unos retoques y poco más, porque tengo el resto de los muebles preparados. Solo me falta hacer unas cuantas fotos para que vea el resultado. Me preocupa más el estilo nuevo porque se me empieza a echar el tiempo encima —le explico. Creo que voy a dejar la camioneta delante del hotel de Sam y me voy a acercar al taller dando un paseo. Es media hora escasa y quiero aclarar la mente. Total, hoy no tenía pensado trabajar hasta más tarde, así que, por lo menos, disfrutaré con el paseo. Observo a mi madre con cariño y, de pronto, añoro esas mañanas

de sábado de mi infancia en las que desayunábamos tarde los tres juntos y, mientras mi madre fregaba los platos, mi padre y yo nos quedábamos un ratito sentados a la mesa y yo les contaba cómo me había ido en la escuela durante la semana—. ¿Quieres que te friegue los cacharros? —me ofrezco.

—No, no te preocupes, ya recojo yo. No he quedado con las amigas hasta dentro de una hora y tengo tiempo de sobra. Muchas gracias por venir a verme, hijo, y saluda a Sam de mi parte. Dile que espero que se pase pronto por aquí para ponerme al día de todos los acontecimientos, Cassie incluida.

—¡Mamá…! —exclamo mientras le doy un beso de despedida.

—¡No es para tanto, Luke! —me responde con una sonrisa—. Te adoro, hijo mío, ¡pero quiero nietos!

Salgo de la casa de mi madre y bajo por Richmond con intención de girar en Jamestown Road para ir al taller. Quiero muchísimo a mi madre, pero está obsesionada con el asunto de los nietos. Es como si las mujeres tuvieran un doble reloj biológico: uno para los hijos y, veinte años después, se les pusiera en marcha otro para los nietos. Le he explicado por activa y por pasiva que no pienso buscar pareja a la desesperada. No creo que encuentre a nadie que quiera compartir una vida tan simple como la mía, así que me he resignado a estar solo. En cuanto a Cassie…

Es una mujer guapa, no lo puedo negar. Cuando la sostuve esta mañana para evitar que se cayera, sentí que una chispa recorría mi cuerpo al rodear con mis manos esa cinturita tan estrecha. *¡Y esa piel tan blanca, que seguro que es suave como un melocotón!* Pero no es para mí. Es una chica de ciudad de los pies a la cabeza, que sale a la calle con zapatos de tacón de aguja cuando hay un palmo de nieve en la acera. ¡Y esa maleta…! Cuando la vi sobre el arcón a los pies de la cama, me froté los ojos de incredulidad durante un minuto. ¡Nunca había visto una maleta tan grande! ¡Y tan amarilla! Está claro que es una mujer sofisticada y no querrá tener nada que ver con un pobre ebanista palurdo como yo.

8

# Luke

Nada más girar en Jamestown Road, me encuentro con el tráfico peatonal de los viernes, que nada tiene que envidiar a la Quinta Avenida de Nueva York. Entre los estudiantes que se dirigen a la estación para tomar el tren a sus casas y pasar la Navidad con su familia y los turistas que acaban de vomitar los autocares del aparcamiento contiguo, esto está totalmente intransitable. Debo reconocer que yo no tengo la paciencia de Sam y los echaría a todos a patadas si invadieran así mi casa o el taller.

—Perdone, ¿la Casa del Gobernad…?

Dejo al turista con la palabra en la boca. Los esquivo con una habilidad que he perfeccionado a lo largo de los años, como si fueran los conos que se usan en los circuitos de conducción evasiva. Adelanto un grupo de unos veinte turistas que se están haciendo fotografías en el jardín de la señora Davis, mi maestra de primaria. La pobre mujer lo aguanta cada año con una paciencia infinita. Su único delito es tener una casa preciosa que cuida con todo el cariño y dos grandes acebos de Virginia que completan la imagen de postal navideña en cuanto caen las primeras nieves.

En Williamsburg tenemos nuestra propia escala para clasificar a los turistas. Por un lado, están los que lo miran todo con gran respeto y admiración, casi con un asombro reverencial, como si se encontrarán en el interior de un libro de historia. Estos turistas suelen venir con mucho tiempo, asisten a todas las recreaciones históricas y siempre piden permiso antes de hacer una fotografía a una casa normal. Esos son mis favoritos. En realidad, yo no los llamaría turistas, sino viajeros con ganas de conocer nuevas gentes y lugares.

En segundo lugar, están las familias con niños que se creen que todo Williamsburg es una especie de pista de recreo a su disposición. Dejan sueltos a sus pequeños demonios en los museos, con la esperanza de que otros se ocupen de controlarlos. Reconozco que no culpo a los niños porque, en el fondo, nadie les ha enseñado otra cosa. Más de una vez he tenido que arreglar los desperfectos causados por estos terremotos con patas a los que nadie controla.

¡Y esos no son los peores turistas! ¡Qué va! Los peores, con mucha diferencia, son los que se creen que Williamsburg es un parque temático y toda la ciudad está a su servicio.

Paso por delante de la panadería-pastelería de Peter y veo que la tiene abarrotada. Le saludo a través del escaparate y me sonríe. Tengo que reconocer que es cierto que necesitamos el turismo, pero no sé si tanto. Bajo por Boundary Street para bordear el campus de la universidad local, William and Mary College, una de las más antiguas del país. De repente, oigo que alguien me llama:

—¡Hombre, Luke, contigo quería hablar! —me saluda Joe desde la acera de enfrente—. Me han llegado unos tablones de roble viejo que creo que te van a encantar…

—Hola, Joe —le saludo nada más cruzar—. ¿Cómo tú por el centro a estas horas? Creía que lo evitabas como la peste. Por cierto, ¿tienes mi pedido preparado?

—Pensaba llevártelo todo ahora a tu taller. Solo me he acercado por aquí para encargar una tarta para el cumpleaños del pequeño Jamie. Está emocionadísimo porque es la primera vez que van a venir amiguitos a su fiesta. ¡Pero no vuelvo por aquí hasta después de Navidad ni loco!

Joe es mi proveedor de maderas de confianza. Sabe lo que me gusta y que prefiero la calidad cara a la cantidad barata. Si a mí me molestan todos estos turistas, lo de Joe es mucho peor. ¡Él los arrojaría a todos al caldero de Satán sin ningún miramiento!

—¿Qué te ha pasado esta vez? —le pregunto sonriendo.

—Ven, te acerco al taller y así te cuento por el camino. Tengo tu pedido en la camioneta y también esos tablones de roble de los que te hablaba.

—Cualquier otro día ya sabes que te diría que no, porque prefiero ir caminando, pero estoy harto de esquivar rebaños de gente que no sabe ni a dónde se dirige.

Nada más subirnos a la camioneta, Joe estalla.

—¿Tú te crees? ¡Me han estado haciendo fotos! ¡¡A mí!! —grita indignado mientras nos dirigimos al lago Matoaka—. ¡Como si fuera una atracción de circo! Estaba descargando unos tableros para los puestos del mercadillo navideño y me ha rodeado un grupo de gente para verme trabajar. ¡Hay que ser…!

—Tranquilízate, Joe. Piensa que dentro de un par de semanas nos dejarán en paz.

—Tienes razón, Luke, pero te juro que a veces me siento como si viviéramos en un zoológico.

—Yo creo que es por las recreaciones históricas. Estoy seguro de que hay algunos turistas que piensan que somos todos actores. Pero bueno, cuéntame. ¿De dónde has sacado ese roble tan bueno? —le pregunto para cambiar de tema.

—Lo encontré en un granero abandonado del interior de Virginia. Los dos tablones están en perfectas condiciones. Calculo que tendrán unos cincuenta o sesenta años. ¡Y ya verás que veta tan buena tienen! Piezas así no se encuentran fácilmente.

Por fin llegamos a mi taller situado a orillas del lago Matoaka. Ayudo a Joe a descargar la madera y le compro también el roble, porque es tan magnífico como me había dicho.

—¿Quieres pasar y te pongo un café? Ya sabes que aquí no guardo nada de comer, pero tengo unas cápsulas buenísimas de café de Colombia.

—En cualquier otro momento te aceptaría la invitación, pero ahora no puedo. Si llego tarde a comer, mi mujer me mata, porque todavía nos falta mucho que preparar para la fiesta. Pero te tomo la palabra y otro día nos tomamos algo. La verdad es que ahora que has arreglado este sitio, se está de lujo junto a la chimenea encendida, viendo el paisaje a través de la cristalera. ¡Cuando quieras, yo pongo las cervezas y tú avisas a Sam!

—El pobre Sam. ¡No sabes lo que tiene que aguantar! El otro día, una señora le preguntó si no ofrecía baños de barro a los huéspedes del hotel.

—Debería haberla mandado a la zona pantanosa del arroyo de College Creek —suelta Joe—. ¡Ahí sí que hay bien de barro! —me dice con una sonrisa malévola.

—Cuidado, Joe, que como se metan por ahí, seguro que nos toca ir a rescatar a más de uno —respondo, reprimiendo la risa al imaginarme a la señora en el pantano.

—En fin, Luke, me tengo que ir. ¿Nos vemos el domingo en la taberna de Will? —me pregunta Joe.

—No lo sé con seguridad, porque luego he quedado con el alcalde Murphy para los nuevos diseños de los muebles. Espero que le parezcan bien, pero con este hombre nunca se sabe. Lo mismo tengo que trabajar el fin de semana para tenerlo todo a tiempo.

—¡Pues mucha suerte, Luke! —me desea Joe mientras se despide con la mano al arrancar la camioneta.

Entro en el taller a buscar los bocetos y, ya que estoy, aprovecho que la luz de la mañana es

fantástica para hacer unas cuantas fotos a las piezas que ya tengo terminadas con los nuevos diseños. La verdad es que tirar esa pared y cambiarla por una cristalera fue todo un acierto. La luz que entra ahora desde el lago es fantástica para trabajar y el taller parece el doble de grande. Para el verano, tengo pensado construir una plataforma de madera que sea una continuación del taller en el exterior. No me corre prisa, porque los talleres infantiles navideños del día 23 no podrían hacerse fuera por la temperatura, pero me encantaría tenerla lista para los campamentos de verano del ayuntamiento.

*¡Vaya, qué tarde es!*

Menos mal que he quedado con el alcalde en la cafetería del Muscarelle Museum of Art, que está aquí mismo. Como me retrase, el alcalde Murphy me va a echar un rapapolvo como si todavía fuera un crío, ¡ya me lo veo venir!

Subo por Jamestown a paso ligero y, cuando estoy a punto de llegar al Muscarelle para reunirme con el alcalde en la cafetería, oigo la notificación del mensaje:

***Alcalde Murphy:** *Luke, cambio de planes.*
*Estoy ocupadísimo.*

***Luke:** *Ya casi estoy.*
*Espérame un minuto.*

***Alcalde Murphy:** *Mejor vente al ayuntamiento.*
*Tengo un día muy liado.*

¡Este hombre siempre igual! Se cree que nuestro tiempo no vale nada y nunca tiene un momento para los demás porque no calla y consigue que una reunión que debería durar 20 minutos se alargue toda la tarde. *¡Cómo le gusta escucharse, por Dios!* Mira que no hay quien ande por la calle por la cantidad de gente que la abarrota, pero a él le da igual. «Cuantos más turistas, mejor», dice siempre.

*Pero ¿dónde queda la calidad de vida de los vecinos y la comodidad de vivir en una ciudad como Williamsburg?*

***Luke:** *Voy para allá.*

Me doy media vuelta y dejo atrás el Muscarelle. Ni siquiera llego a entrar en la cafetería. Continúo por Jamestown Road hasta el final y subo por Boundary Street para llegar a las oficinas del ayuntamiento. La verdad es que tengo la sensación de llevar todo el día dando vueltas sin sentido, ahogándome en una marea de gente. Desde la distancia, parecen un enorme rebaño de ovejas guiado por cinco perros pastores tirando en direcciones diferentes.

—¡Hola, Luke! —me saluda la secretaria del alcalde nada más entrar.

—Hola, Susan —respondo—. ¿El señor importante está en su despacho?

—Baja la voz, ¡que te va a oír! —murmura Susan, conteniendo la risa—. Lleva toda la mañana de acá para allá como pollo sin cabeza, concertando y anulando reuniones a diestro y siniestro.

—Pobre… ¡no te envidio nada! —compadezco a Susan, una mujer estupenda, unos cuantos años mayor que yo. Cuando eligieron a Murphy como alcalde, este rápidamente contrató a Susan

como secretaria. Murphy no tiene muchas luces, pero sabe reconocer la eficacia en cuanto la ve. Si a eso le sumas el carácter afable de Susan, tienes la receta ideal para la secretaria perfecta.

—Me ha dicho que te haga esperar cinco minutos —me desvela, guiñándome un ojo—. Ya sabes cómo le gusta dárselas de ocupado. Lo que más me divierte es que realmente lo está y debería aprovechar cada minuto del día, pero ya sabes cómo es…

—Pues te digo una cosa, yo también estoy muy ocupado, ¡así que voy a pasar! —digo, y me levanto de un salto.

Antes de que Susan tenga tiempo de anunciarme, ya estoy dentro del despacho del alcalde.

—¡Hola, Murphy! —le saludo nada más entrar. Casi le provoco un infarto del susto que se lleva. Baja rápidamente los pies de la mesa y se levanta para estrecharme la mano.

—Hola Luke, ¡qué pronto has llegado! Susan no me ha anunciado que ya estabas aquí y me…

—Ya lo sé, Murphy, pero como habíamos quedado en la cafetería del Muscarelle y no has aparecido, he venido a toda prisa para ver si dejamos el tema zanjado de una vez por todas.

—Pero hombre, Luke, siéntate —Me siento inquieto. Esto tiene pinta de ir para largo—. ¿Quieres algo de beber? Le puedo decir a Susan que te traiga…

—No te molestes, Murphy. Si no te importa, prefiero pasar directamente a los diseños de este año. Tengo algunas piezas acabadas. Mira, te he traído unas fotos, a ver qué te parecen.

—¿Has visto cuánta gente ha venido este fin de semana? ¡Y todavía falta más de una semana para Navidad! —Me suelta orgulloso, cambiando totalmente de tema—. ¡Tenemos todos los hoteles a reventar!

—Ya, pero es que no he venido a hablar de eso. Además, no hay quien se mueva por el centro… —logro decir, pero Murphy es hombre de una sola idea y me interrumpe de nuevo.

—¡Todo el mundo está ganando un montonazo de dinero! —exclama y, sin dejarme meter baza, continúa—: Solo tienes que preguntarle a tu amigo Sam cuánto va a facturar de aquí a Año Nuevo…

Me dice todo esto porque sabe que yo no voté por su partido en las últimas elecciones y no me gusta nada cómo está gobernando la ciudad. Mantenemos un respeto frío porque los dos adoramos Williamsburg, pero la visión que tenemos de nuestra ciudad es radicalmente diferente y él lo sabe.

—Entonces, que no haya sitio en las calles para los vecinos no importa…

—¡Qué exagerado eres, Luke! Y un tanto melodramático, ¿no te parece?

—Te recuerdo que el año pasado tuvimos problemas con el concurso de villancicos puerta a puerta por la cantidad de gente que había en la calle. ¡Y a punto estuvo de ocurrir una desgracia! Para pertenecer a un partido político supuestamente conservador, no parece preocuparte mucho conservar las tradiciones locales…

—¿Cómo que no? —exclama ofendido el alcalde Murphy—. Lo que pasa es que no solo de tradiciones vive el hombre —añade más considerado y cambiando de tono—. A ver, enséñame lo que has traído.

—Pues mira, si quieres te paso las fotos y las vemos en un momento en la pantalla grande. Así podrás apreciar con más detalle las líneas de la nueva colección que he preparado para Navidad. Además, te he traído unos bocetos…

—Señor alcalde —nos interrumpe Susan—, están aquí los del Canal Historia para la entrevista…

Murphy mira su reloj con ese aire de suficiencia que ponen las personas que se creen

imprescindibles.

—Entretenlos cinco minutos y dentro de nada estoy con ellos. —Susan asiente con la cabeza y se marcha—. Ya ves, estoy ocupadísimo —me dice, como si esa frase lo justificara todo—. Tengo a la televisión esperando…

—¿De verdad crees que necesitamos más publicidad? —pregunto enfadado. Ya tengo las fotos en la pantalla grande del despacho—. ¿No te parece que ya tenemos suficiente turismo y deberíamos centrarnos en ofrecer una experiencia de calidad?

—Eso ya lo hacemos —me replica—. Tú no sabes pensar a lo grande, Luke —me dice con aire condescendiente—. Ah, muy bonitos —añade al ver mis muebles y los nuevos diseños en la pantalla.

—Tengo también estos bocetos…

—Lo dicho, muy bonitos —repite después de dedicar menos de cinco segundos a cada foto y cada diseño que a mí me ha llevado horas de trabajo—. Confío plenamente en ti, Luke. Estoy seguro de que presentarás una colección fantástica y la tendrás lista para Navidad.

—Señor alcalde, los de la tele esperan impacientes —Susan vuelve a asomar la cabeza por la puerta—. Me dicen que tienen prisa.

—Sí, claro. Ahora mismo —responde el alcalde Murphy—. Todo muy bonito, Luke. Sigue así —me dice a modo de despedida.

—Entonces, de lo que hablamos de las piezas más pequeñas, ¿qué hago con…?

—Haz lo que te parezca mejor, Luke —me replica impaciente. Veo que su cabeza ya está centrada en el equipo de televisión que le aguarda al otro lado de la puerta—. Lo dicho: confío plenamente en tu criterio. Ahora, si me perdonas… —Me señala la puerta a la vez que se levanta del sillón. Me da la sensación de que quiere asegurarse de que desaparezca y no siga molestándole—. Seguro que lo haces fenomenal. Adiós, Luke.

Salgo de allí sin esperar a que me abra la puerta y ni siquiera me despido de él. *¡Odio que me trate como si tuviera diez años!* Cierro de golpe la puerta de su despacho y el estruendo hace que Susan levante la cabeza. Me ve la cara de enfado y me hace un gesto de comprensión.

—Adiós, Luke.

Bajo las escaleras de las oficinas del ayuntamiento a punto de estallar de rabia. Nunca he conocido a nadie que valore tan poco Williamsburg y lo que representa esta ciudad para sus habitantes. *¡Es el alcalde, por amor de Dios!* Creo que una ciudad como la nuestra merece alguien que la aprecie, la cuide y la mime para conservar su esencia y cedérsela la siguiente generación. Pero para Murphy todo se reduce a dinero. Si no se puede ganar dinero con algo, no merece la pena o no le importa.

Cruzo el vestíbulo del ayuntamiento con cuatro zancadas, absorto en mis pensamientos y enfadándome más y más a medida que reflexiono sobre lo ocurrido y el poco respeto que muestra el alcalde por el trabajo ajeno. No entiendo por qué, año tras año, me esfuerzo en ofrecer mi mejor trabajo en el mercadillo de Navidad. Soy idiota por intentar que esas piezas tengan la calidad que queremos reflejar todos en Williamsburg. ¡Todos menos el alcalde, al que le da igual mientras la gente pague!

Empujo con brusquedad la puerta para salir del ayuntamiento y, según pongo un pie en la acera, que ahora está cubierta por una masa gris de barro, suciedad y nieve a medio derretir, me doy de bruces contra un transeúnte.

—¡Perdone, perdone! —Me apresuro a disculparme al volver en mí—. Perdone, deje que la ayude. Es que he tenido un día de perros —trato de disculparme. Me he chocado con una mujer y

la he lanzado contra ese pringue que anoche era nieve. *¡Pobre!*—. Deje que la ayude. ¡Es que no sé dónde tengo la cabeza!

Me agacho para ayudar a la pobre infeliz a la que he arrojado de bruces al lodazal e intento levantarla agarrándola de un brazo.

—No —dice una voz muy enfadada—. Deje, ya puedo yo sola. No quiero más ayuda de nadie de esta ciudad —me suelta.

Se da la vuelta y, por unos instantes, se queda sentada sobre la acera, completamente empapada. Se retira la melena rubia de la cara y entonces…

—¡¡Tú!! —gritamos al unísono.

—¿Otra vez, Luke? —chilla ella.

—¿Cassie? —No puedo evitar exclamar.

9

# Cassie

*¡Odio este lugar!*

Otra vez estoy por los suelos, sin comerlo ni beberlo. Segunda vez en el mismo día y ahora la nieve ya no está precisamente blanca. *¡Qué asco, por Dios!* Es un amasijo grisáceo a medio derretir impregnado de suciedad y hojarasca. ¡Los pantalones Ralph Lauren también echados a perder! No sé si la tintorería va a poder con toda esta mugre. ¡Como esto siga así no voy a tener ropa suficiente ni con cinco Samsonites!

—Deje que la ayude —oigo decir a alguien a mi espalda.

¡*Ni de coña! Seguro que acaba haciendo que me tuerza el tobillo o algo así. ¡Joder, estoy completamente empapada!*

Con mucho esfuerzo, consigo sentarme en la acera. El culo se me está quedando congelado, pero a estas alturas, todo me da igual. Me retiro el pelo de la cara para mirar al impresentable que me ha hecho esto.

—¡Tú! —Creo que lo hemos dicho a la vez. *¡Es que no me lo puedo creer! ¿Otra vez Luke?*

—¿Se puede saber qué te he hecho? —le pregunto furiosa—. Esto empieza a rozar el acoso.

—¿Cassie? ¡Pero si ya te he pedido perdón! ¿Qué más quieres? —me suelta Luke. Y el tío se queda tan fresco—. No te he visto, ha sido un desafortunado incidente.

—¿Así es como llamáis aquí a los empujones? ¿«Desafortunados»? ¿Y cómo es un incidente «afortunado»? ¿Es cuando conseguís partirme las dos piernas o qué? —Estoy fuera de control y lo sé, pero es que la situación me parece increíble.

—¡Oye, que no tenía ninguna intención de lastimarte! —me replica Luke a gritos—. ¡Deja que te ayude, no seas terca!

—¿Terca? ¿Yo? —Eso ya me enciende del todo—. ¡Encima me llama terca! —Sin esperar ni un segundo más y con un cabreo que va subiendo de intensidad por momentos, me pongo en pie, dispuesta a mostrarle a ese engreído de Luke que no le necesito.

*¡Faltaría más…!*

Consigo enderezarme y, justo cuando voy a girar para darme media vuelta y dejar a Luke con un palmo en las narices, piso una placa de hielo y me siento volar por los aires.

Antes de que mi cerebro comprenda la situación, un par de manos poderosas me sujetan por la cintura e impiden que vuelva a caer de nuevo sobre esa cosa gris que cubre las aceras.

—Ven, ahí mismo hay un banco —Sin soltarme, Luke me guía hasta un banco cercano. Con la manga de su abrigo de plumas retira la nieve del asiento y me ayuda a sentarme.

—Gracias —murmuro, y me quedo quieta en el banco con la cabeza gacha. Estoy empapada y me duele todo: el tobillo, de esta mañana, y el culo, de la caída de ahora. Pero lo que peor llevo es el orgullo. Sé que el encontronazo ha sido un accidente y que, además, Luke me ha salvado de volver a caer sujetándome por la cintura, pero…

En fin, otra vez he sentido un escalofrío al notar sus manos sobre mi cuerpo.

—Toma, te vas a quedar helada —Las palabras de Luke me sacan de mis pensamientos y me traen de vuelta al presente. Siento una calidez reconfortante sobre los hombros. Es el plumas de Luke. Levanto la vista agradecida.

—No hacía falta, gracias —digo en voz baja.

—Estás tiritando —advierte Luke. Noto una leve preocupación en su gesto. Tengo que reconocer que, cuando me mira así, está muy guapo—. Deja que te acompañe al hotel a cambiarte de ropa y luego te invito a comer para compensarte. Estamos muy cerca de Richmond's Inn y tengo la sensación de que Williamsburg no te está tratando demasiado bien.

—No sé… No quiero volver a acabar por los suelos.

—Te prometo que me aseguraré de que nadie te empuje —me dice con total seriedad. Al ver mi cara y mi dedo acusador, decide hacerme entrar en razón—. Te juro que yo tampoco te voy a empujar.

—En ese caso, acepto —digo con una sonrisa. Ahora mismo he rebajado enormemente mis expectativas y lo único que busco es acabar las vacaciones de una pieza.

Luke me mira a punto de decir algo, pero cambia de opinión.

—Ven, apóyate en mi brazo —me indica.

Con una ligera cojera y apoyándome en su fuerte brazo, recorremos en escasos diez minutos el camino que separa el ayuntamiento de mi hotel. Tengo que reconocer que me siento bien caminando al lado de Luke. Tiene una presencia que resulta tranquilizadora. Aunque no quiera reconocerlo, la verdad es que me parece muy atractivo.

Al llegar al hotel, me abre la puerta como un caballero.

—Gracias —digo con un hilo de voz.

—Si no te importa, te espero aquí afuera. No quiero que Sam me vea y se forme una idea equivocada —me pide Luke.

—¿Y eso? —No entiendo bien su actitud—. ¿Pero no sois amigos?

—Sí, adoro a Sam —me responde—. Es que a veces es demasiado… —Parece estar buscando la palabra precisa.

—¡Intenso! —decimos a coro y nos echamos a reír. Por un instante, nos miramos a los ojos como si nos conociéramos de toda la vida, pero Luke retira la mirada rápidamente.

—Te espero aquí. Tómate el tiempo que necesites —me dice mientras me sujeta la puerta.

—¡Buenas, Cassie! —saluda Sam desde detrás del mostrador de recepción antes de recorrerme con la mirada—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás empapada!

—Me he vuelto a caer —le digo, esperando no tener que darle más explicaciones—. Pero no te preocupes, que no ha sido nada. Me cambio y sigo con mis cosas de turista.

Sam me mira con extrañeza, pero asiente con la cabeza.

*Estás tonta, Cassie. ¿Cosas de turista? ¿A quién se le ocurre semejante estupidez? ¡Y todo por no nombrar a Luke!*

Subo rápidamente a mi habitación y me cambio. Por mucho que rebusco en la Samsonite, todo me parece demasiado formal al compararlo con el modo de vestir de Luke. Me decido por unos chinos de color beis que combinan muy bien con las botas. Menos mal que las he traído, porque todo lo demás son zapatos de fiesta.

Bajo las escaleras y me dirijo a la puerta.

—Adiós, Sam —me despido de él como si lo conociera desde pequeñita, ¡y eso que llegué ayer!

—Adiós, Cassie. Que te vaya muy bien con tus cosas de turista —me desea Sam desde la recepción al verme salir.

*Definitivamente, Sam es demasiado intenso.*

Salgo a la calle y no veo a Luke por ninguna parte. *¡Como me haya dado plantón, lo mato!*

*Ah, no, ahí está, charlando con alguien.*

—¿Estás lista? —me pregunta al llegar a su altura—. ¿No tendrás frío con esa ropa tan fina?

—No te preocupes, soy de Chicago —le respondo.

—Ya, pero me da la sensación de que siempre estás en la oficina o montada en el coche. ¿Me equivoco? —Luke lee en mi gesto que ha acertado y continúa—. Aquí nos gusta caminar y no creo que esa sea la ropa más adecuada.

Tiene razón. En realidad, en Chicago apenas piso la calle. Salgo de la oficina y me voy a casa directamente a seguir trabajando, o me acerco en coche a hacer la compra semanal. ¡Nadie pasea en Chicago! Pensándolo bien, se puede decir que sabemos cuánto frío hace por lo que dicen en las noticias…

—¡Y aquí vestís todos como leñadores del Yukón! —replico sonriendo.

—¡Mmm! En eso no andas muy equivocada —admite Luke con una carcajada—. Nos gusta caminar por nuestra ciudad, hacer senderismo… ¡No te imaginas la cantidad de espacios naturales que hay por aquí!

—Si no te importa, me gustaría preguntarte algo. ¿No se puede visitar la Casa del Gobernador y los otros edificios coloniales más importantes sin participar en una visita guiada?

—Me temo que no. Ten en cuenta que en muchos de esos edificios hay recreaciones históricas con actores vestidos de época. Es imposible ofrecer una recreación de calidad si no es con horarios fijos y visitas guiadas —me explica—. Es por aquí, vamos a la taberna de un amigo mío.

Continuamos todo recto mientras seguimos charlando.

—Pero es que a mí me gusta ver las cosas a mi aire —protesto—. ¡Odio que me digan por dónde tengo que ir!

—Pues lo siento, pero si quieres ver lo mejor de la arquitectura y la historia colonial de Estados Unidos, tendrás que hacerte a la idea —sonríe Luke.

—Tú tampoco tienes cara de que te guste que te digan lo que debes hacer en cada momento —replico—. ¡Apuesto a que no te dejas mandar ni un poco!

—Solo acepto órdenes de mi madre —admite Luke con una sonrisa—. Pero por lo menos tengo ropa adecuada para el invierno de Virginia y no me creo que estoy en Florida…

—Eso es casi un golpe bajo —protesto—. ¡Mira qué abrigo tan bonito me he traído!

—El abrigo bien, pero esos pantaloncitos tan finos… —contraataca Luke rozándome la pierna. Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo—. Bueno, ya hemos llegado. Esta es la taberna de mi amigo Will.

—Willy’s Tavern —leo en el cartel que hay encima de la puerta—. ¿Y el dueño se llama Will? —Luke asiente—. ¿En Williamsburg? —Me echo a reír sin poder evitarlo. El ambiente entre los dos ha mejorado bastante desde esta mañana.

—Hola, Luke y compañía… —nos saluda el dueño nada más entrar.

—Hola, Will. Te presento a Cassie, una huésped del hotel de Sam.

—Encantada —le extiendo la mano para saludarle. Ya no me importa darle la mano al tabernero, al recepcionista o a quien sea. Está claro que aquí se conocen todos.

El local es una de esas típicas tabernas que mezclan la decoración tipo *pub* inglés con carteles de neón totalmente americanos. Tiene hasta una máquina de discos para poner música. No consigo contener la sonrisa que se me forma en los labios. Me encanta que Luke no haya tratado de abrumarme con algo más elegante y complicado. Con el día que llevo, le agradezco la sencillez que ofrece un bar de los de toda la vida. Siento que aquí me puedo relajar de verdad, a

diferencia de lo que ocurre cuando frecuento los restaurantes caros de Chicago con mis clientes o compañeros de trabajo.

—Si queréis, os podéis sentar en esa mesa de ahí. Estaréis más tranquilos —nos ofrece Will.

—Perfecto —le contesta Luke sin consultarme. Estoy a punto de protestar, pero me callo. Total, ¿para qué?—. Tráenos lo que te parezca de comer, Will. ¿Alguna preferencia, Cassie?

—No, la verdad es que me da igual. ¿Una cerveza, si puede ser?

—Otra para mí, Will.

—¡Marchando!

Will se aleja a prepararnos algo para comer y aprovecho para echar un vistazo. Es la una, algo tarde para comer, y la taberna está medio vacía. En el otro extremo de la sala, un televisor reproduce un especial del equipo de fútbol americano universitario del William and Mary College. Al verme mirar la pantalla, Luke me lo explica.

—Hay un partido muy importante hoy y la televisión local lleva todo el día con resúmenes para crear ambiente.

—¿Te gusta el fútbol americano? —pregunto con curiosidad.

—No demasiado, la verdad. A mí me gusta la vida tranquila. Me encanta mi oficio porque requiere mucha concentración y, a la vez, puedo pensar en mis cosas. Pero adoro mi ciudad y entiendo que mis amigos se emocionen cuando gana nuestro equipo.

—Lo comprendo. Yo también hablo de fútbol con los compañeros de la oficina —admito.

—Bueno, en mi caso no es exactamente así —dice Luke—. Es solo que en temporada baja esta ciudad es muy tranquila, justo lo que a mí me gusta. Pero entiendo que a lo mejor llega a ser aburrida, y un partido de fútbol da mucha emoción —me explica Luke—. Hablando de vida tranquila, ¿qué hace una chica como tú en un lugar como este? ¡Lo más emocionante que ocurre aquí es ver cómo un turista incauto se cae en la acera! —dice con picardía.

Sus ojos brillan por la risa que se acumula en su interior y que finge contener. Le golpeo el hombro, con un enfado que estoy lejos de sentir.

—¡Venga ya…! ¡Pero si la segunda vez me has tirado tú!

—¿Que has hecho qué? —le pregunta Will, que acaba de llegar con la comida y las cervezas —. ¿De verdad has tirado a esta preciosidad al suelo, Luke? ¡Vergüenza te debería dar! —dice a voz en grito mientras nos sirve unos sándwiches de medio palmo de grosor con una guarnición de patatas fritas.

—Eso, ¡vergüenza te debería dar! —recalco yo también. Pero justo en ese momento se acaba la canción y se me oye por todo el local. Me quedo blanca al ver que todo el mundo me mira, pero Will y Luke se echan a reír.

—No te preocupes —me tranquiliza Luke—. Son todos habituales que conocen lo suficiente a Will como para saber que no es culpa tuya.

—Luke tiene razón, Cassie. No te preocupes —sonríe Will—. En fin, ¡espero que os guste la comida, chicos! —añade mientras se aleja alegremente.

Empezamos a comer y me doy cuenta de que estoy realmente hambrienta. ¡Ha sido una mañana llena de emociones!

—Bueno, Cassie —continúa Luke—, te estaba preguntando: ¿qué hace una chica tan sofisticada como tú en una ciudad tan poco glamurosa como Williamsburg? Porque no creo que hayas venido buscando emociones fuertes, ¿verdad?

—No —admito—. La verdad es que a mí nunca se me habría ocurrido venir aquí —digo con cierta tristeza—. Pero me alegro de haberlo hecho —remato con una sonrisa.

—Te has puesto triste de repente —me dice Luke con dulzura—. ¿Te pasa algo?

—No, es que… estas vacaciones son un poco a la fuerza —Bajo la cabeza porque están a punto de saltárseme las lágrimas—. En realidad, son una imposición de mi psicóloga, y mi amiga Daisy fue la que se encargó de buscar el hotel y el lugar.

—¿Y eso? —El tono de Luke ha cambiado por completo. No queda en él nada del sarcasmo anterior.

—Simplemente vio que necesitaba ayuda para cumplir la recomendación de la psicóloga y se encargó de buscarme este sitio. Es mi mejor amiga; no sé qué haría sin ella.

—¿Qué te ha pasado para llegar a este punto? —Luke muestra un interés sincero—. Y perdóname si he sido grosero contigo, en serio.

—No te preocupes. ¿Cómo ibas a saberlo?

No me gustaría que Luke se sintiera mal. La verdad es que estoy la mar de a gusto en esta taberna de provincias, sentada con un hombre guapísimo al que conocí ayer mismo. Le miro a los ojos. Sé que, una vez que empiece a hablar del tema, no seré capaz de parar.

—Adelante —me anima Luke—, te escucho.

Lo gracioso es que siento que me escucha de verdad.

—Verás —empiezo—: no sé si te he dicho que soy publicista… —Veo que Luke asiente—. Trabajo en Publiart Incorporated, una de las agencias de publicidad más importantes de Chicago.

—Sí, más o menos esa es la idea que me he formado de ti —asiente Luke.

—Es una agencia fantástica y mi trabajo me encanta, pero…

—Pero ¿qué? —inquiere Luke, que no se pierde una sola palabra que sale de mi boca.

—Pero parece que no sé gestionar la presión —Luke me mira con incredulidad—. O eso dice mi jefe, y también Ray, un compañero que contrataron hace poco más de un año.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Siempre lo tengo encima. Sea cual sea el encargo, parece que a Ray se le ocurre una idea mejor. Bueno, no es exactamente así. Lo que hace es apropiarse de mis ideas y desarrollarlas a mis espaldas, antes de que yo tenga tiempo de presentarlas ante los jefes. Sobre todo cuando me asignan alguna cuenta importante.

—Seguro que te la asignan porque eres mejor que él —me interrumpe Luke.

—No lo sé. De verdad que no sé qué pensar —Sonrío derrotada—. Me quejé a mi jefe y me respondió que eran imaginaciones mías, que tenía que ser más dura, más competitiva y rápida —Levanto los ojos y veo cómo me mira. Por primera vez en mucho tiempo, veo comprensión. Luke no me compadece, sino que me entiende y está tratando de ponerse en mi piel—. Ray se presenta como un publicista de categoría, pero lo que hace es robar las ideas a todo el mundo.

—Te entiendo. Seguro que no respeta tu trabajo ni el de los demás —apunta Luke.

—Lo peor es que sabe reconocer una buena idea en cuanto la ve, ¡y se apropia de ella sin ningún remordimiento!

—Es un vampiro que chupa las ideas de los demás —Sonríe Luke, intentando hacerme sentir bien.

—¡Eso es! Es más, me he fijado en que se lo hace sobre todo a las mujeres. En cuanto sospecha que le van a adelantar en su intento por seguir escalando en la empresa, ¡zas! No se detiene ante nada y te pisotea sin miramientos. Ha intentado hacérmelo con un par de campañas y ahora tengo una muy importante para la compañía de seguros Libber. Quiere hacerse con esa cuenta como sea y lo está intentando de nuevo. Hace cosa de dos meses, me dieron un ultimátum: si no saco adelante esta campaña, le darán mi puesto a Ray, ¡con todo lo que he

trabajado para conseguirlo!

—¡Menudo cabronazo! —exclama Luke sin poder contenerse.

—El correo con el aviso de los jefes me llegó a primera hora de la mañana de un lunes. Ray se había pasado el fin de semana jugando al golf con uno de los jefes y me imaginé lo que había sucedido. Estaba agotada después de trabajar sin descanso en esa cuenta durante el fin de semana, y me eché a llorar allí mismo, en el despacho.

—No me extraña —dice Luke.

Levanto brevemente la vista del plato y continúo. Ya no puedo parar.

—En ese preciso instante entró Daisy, mi mejor amiga, y me vio así. Llamó a mis padres y entre los tres me obligaron a ir a una psicóloga. Ya había tenido un ataque de ansiedad y la psicóloga me advirtió que necesitaba urgentemente unas vacaciones o mi salud se podía resentir gravemente. ¡Y aquí estoy!

Me quedo callada, esperando la reacción de Luke. Aparte de a la psicóloga, mis padres y Daisy, nunca le he contado todo esto a nadie. Todas las demás personas que me conocen creen que soy una triunfadora, una publicista implacable y casada con su trabajo.

Luke me mira con una comprensión sin precedentes, algo que le agradezco enormemente.

—Has aguantado muchísima presión, ¿verdad? —me pregunta.

—No sabes cuánta.

—Eres muy valiente —me dice con admiración—. Se nota que eres fuerte.

—¿Tú crees? Yo lo que siento es que no sé soportar la presión y que soy incapaz de gestionar mis emociones como una adulta responsable.

—No estoy en absoluto de acuerdo —me contradice Luke—. Creo que incluso cuando reconoces que necesitas unas vacaciones, demuestras una valentía fuera de lo común.

—Para mis padres sigo siendo su hijita y se preocupan por todo. Y Daisy… Creo que no acaba de entender lo que me sucede porque ella compartimenta todo muy bien.

—Pero tú no eres así —Siento los ojos de Luke clavados en mí—. Tú eres como yo, pones el corazón y el alma en tu trabajo, ¿a que sí? Y cuando te roban el trabajo, te están robando un poquito de tu alma.

Miro a Luke con un renovado respeto. Comprende lo que siento mucho mejor que otras personas que me conocen de toda la vida.

—Sí, eso es —reconozco en un murmullo—. Me encanta mi trabajo y lo doy todo. Por eso me afecta tanto.

—¿Te puedo dar un consejo? —me dice Luke justo cuando Will se acerca con dos porciones de tarta de queso que tienen una pintaza increíble.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa. Trato de recomponerme porque no quiero que Will me vea así.

—Bueno, como veo que os ha gustado mucho mi sándwich, os traigo otra especialidad de la casa: ¡una tarta de queso para chuparse los dedos! —añade Will, totalmente ajeno a la conversación.

Me parece ver que Luke le hace un gesto, aunque no estoy segura al cien por cien.

—Muchas gracias —digo educadamente—. Me encanta la tarta de queso.

Nada más alejarse Will, Luke insiste:

—Yo te recomendaría que participases en alguna de las actividades que organiza el ayuntamiento en Navidad —me sugiere—. Hay todo tipo de talleres en los que puedes aplicar tu creatividad.

—¿Tú crees?

—Para mí, está clarísimo. Lo que necesitas es hacer algo creativo que no tenga nada que ver con tu trabajo, algo que te satisfaga y te permita dejar salir todo el estrés que has ido acumulando.

—Gracias por todo, Luke. Ha sido una comida fantástica —digo al terminar la tarta. Echo mano del bolso para sacar la tarjeta, pero Luke me sujeta la mano.

—¡Ni se te ocurra, Cassie! Te dije que te invitaba y eso haré. Will, como dejes que pague, no te vuelvo a hablar.

—¡Oído cocina! —responde Will desde la barra.

—Con el dinero que te vas a gastar en tintorerías…

—¡Eso es cierto! —admito riendo—. A este ritmo, casi podría montar mi propia lavandería antes de que se acaben las vacaciones y todavía me saldría más barato —Salimos de la taberna con una sonrisa—. Gracias por la comida, Luke. Me siento mucho mejor.

—Me alegro. Ahora me voy a trabajar. Recuerda mi consejo, Cassie: aplica tu creatividad a algo diferente y crea solo por el placer de crear.

—Eso haré —le aseguro cuando llegamos a la puerta de mi hotel. Me abre la puerta y se despide.

—¡Hombre, pero si es Cassie! —me saluda Sam desde la recepción—. Hola. Estabas con Luke, ¿verdad?

*¡Este hombre es la persona más cotilla que he conocido en mi vida!*

—¿Y a ti qué te importa? —le suelto, y nada más decirlo me arrepiento. No sé por qué me muestro tan agresiva con Sam, cuando él siempre es súper amable conmigo, quizás demasiado.

—Ya veo… ¡O sea que sí estabas con él! Me ha parecido verle, pero el muy cabroncete no ha querido entrar, ¿me equivoco? Te advierto que mi amigo Luke es un partidazo.

—Pues me parece muy bien, pero que se busque a otra, porque yo no estoy interesada en tener pareja —replico, otra vez demasiado agresiva.

*¡Tengo que relajarme un poquito!*

—Él tampoco busca pareja —dice Sam, sonriendo como quien conoce un secreto—. ¡Es perfecto, los dos queréis lo mismo!

No parece que le moleste mi tono. De hecho, no parece que haya nada que le saque de quicio.

—Bueno, me subo a descansar. Todavía me molesta un poco el pie —digo, sin entender por qué le sigo dando explicaciones a Sam.

—¡Luego nos vemos, Cassie! —se despide Sam.

Me trata como si fuera su amiga de toda la vida, ¡y me conoció ayer, como aquel que dice! La verdad es que me produce ternura el trato tan familiar de todos los que he conocido en Williamsburg.

Nada más llegar a mi habitación, me quito el abrigo, los zapatos y los pantalones, y me tumbo sobre la cama. Me masajeo un poco el pie, que parece que me duele menos, y poco después, me entra un agradable sopor.

Tiro del edredón para taparme un poco y cierro los ojos.

10

# Cassie

—Esto ya está arreglado —dice Luke. Por algún motivo, se ha quitado la camiseta, pero gracias a ello, admiro cómo se le marcan los músculos de sus anchísimos hombros mientras trabaja.

—Déjame ver… —le digo.

Llevo mi pijama de pantaloncito corto de algodón y camiseta de tirantes con encaje en el escote. La ventana está un poco abierta y la brisa me marca los pezones bajo la camiseta. Me agacho al lado de Luke para echarle un vistazo al rinconcito que ha reparado.

—Vamos a ver si está bien y aguanta —me dice Luke mientras me levanta por la cintura con sus poderosos brazos. Me desliza las manos bajo el pijama y las siento sobre mi piel. Sin darme cuenta, rodeo su cintura con las piernas y así, abrazada a él, me tumba suavemente sobre la cama —. ¿Quieres que pongamos a prueba mi apaño? —me dice con su maravillosa sonrisa pícara.

Miro hipnotizada los dos hoyuelos que se forman en sus mejillas, y entonces siento que esas manos expertas suben por mi cintura hasta llegar a mis pezones, erectos como picas, que responden hambrientos a unas caricias largamente esperadas. Con un movimiento rápido y preciso, Luke me gira en la cama y me coloca sobre él—. No te preocupes, la cama aguantará esto y más. ¡Se me da muy bien el trabajo manual!

En un abrir y cerrar de ojos, la camiseta de mi pijama desaparece y siento que sus manos bajan por mis caderas y arrastran con ellas el pantalón.

—¡Luke…! —grito, y me incorporo de repente, sudorosa.

Tengo la camiseta levantada y me siento húmeda.

*¿Qué me ha pasado? ¡Estaba soñando con Luke! No lo entiendo, ¡si apenas le conozco!*

Es muy guapo, eso lo admito, pero también es un engreído, como si ser ebanista en esta ciudad fuera lo más importante del mundo. Hasta la comida de hoy en la taberna de su amigo, tenía la sensación de que me despreciaba como al resto de los turistas. *¡Encima el sueño ha sido tan realista…! Necesito una ducha urgentemente, a ver si se me pasa el calentón. Menos mal que estoy sola y nadie me ha oído gritar… ¡Mierda! Ya son casi las cuatro.* He dormido una siesta de casi dos horas, ¡y plácidamente! No me extraña, porque Luke lo estaba haciendo muy…

Siento que mi cuerpo vuelve a reaccionar. Lo mejor será que me meta ya en la ducha. Eso es, con el agua un poco fresca para despejarme. Si me doy prisa, podré acercarme al barrio colonial y ver cómo encienden la decoración de Navidad. Hoy me siento festiva. Seguro que está todo precioso.

Me calzo y bajo a la cafetería del hotel a tomarme un café para despejarme, pero no hay nadie para atenderme. Creo que lo de intentar trabajar en la cuenta Libber queda totalmente descartado en esta ciudad. Sorprendentemente, ni me había vuelto a acordar. No he echado de menos la oficina. Es más, hasta ahora ni siquiera había vuelto a pensar en el ordenador.

Vuelvo a la recepción, en la que ahora está trabajando la sustituta de Sam. Me parece que se llama Mary o algo así.

—La cafetería está cerrada.

—Sí —asiente—. A esta hora, todo el mundo está descansando o haciendo turismo, pero si

quieres te preparo yo lo que necesites…

—No, da igual —digo con una sonrisa. Quiero dejar de ser la huésped borde que he sido hasta ahora—. ¿Dónde me recomiendas que vaya para tomar un café?

—Pues a esta hora, si bajas por Richmond, llegas a Merchants' Square, y allí tienes varios cafés y tiendas de productos tradicionales y ecológicos.

—Estupendo, muchas gracias —respondo—. ¡Justo lo que me apetece!

Williamsburg es una ciudad pequeña, aunque parece todavía más minúscula porque me encuentro a Luke y a Sam a cada paso que doy, así que agradezco este ratito a solas conmigo misma, lejos de esos dos.

Salgo a la calle y me llevo una grata sorpresa. Todavía no ha oscurecido, pero en este momento de semipenumbra la ciudad está preciosa. Ya han encendido las luces de Navidad y las calles son un hervidero de gente caminando de un lado a otro con sus gorros y bufandas, y multitud de bolsas en las manos. Todos parecen aprovechar que queda muy poco para Navidad y están completando su lista de regalos.

Mientras dormía, ha vuelto a nevar y las calles están de nuevo cubiertas de un blanco reluciente. Por la acera de enfrente veo a gente con bufandas verdes y amarillas. *¡Claro!* Hoy hay partido de fútbol de la liga universitaria en el Zable Stadium. Parece que la ciudad se vuelca con su universidad. Bajo por Richmond Road, que tiene ese aire de ciudad universitaria con pasado colonial, hasta que llego a Duke of Gloucester Street de camino a la plaza que me ha recomendado Mary. Por la hora que es, ya no me da tiempo a apuntarme a ninguno de los talleres que me ha recomendado Luke.

La verdad es que ese hombre me ha sorprendido.

Nada más entrar en Duke of Gloucester Street, el espíritu navideño me rodea por completo. Hay restaurantes y gastronetas por todas partes, y me asombro admirando los escaparates de las tiendecitas de Navidad que muestran una decoración exquisita. Aquí venden desde alimentos tradicionales y ecológicos hasta prendas de ropa tejidas a mano, velas, jabones y todo lo que una se pueda imaginar relacionado con el pasado colonial de nuestro país.

*¡Nunca me habría imaginado que Williamsburg fuera tan bonito!*

Me detengo en cada tienda porque todos los escaparates están decorados con primor. Al final llego a Merchants' Square, una placita llena de tiendas encantadoras y pequeños cafés. Mejor, porque empieza a hacer más frío. Luke tiene razón. Como no me compre algo más abrigado, voy a acabar con una pulmonía.

A tan solo unos metros, veo una tienda con ropa de invierno. En el escaparate, reconozco rápidamente el estilo de los habitantes de Williamsburg y entro. *¡Seguro que aquí tienen ropa calentita!* El nombre de la tienda ya lo dice todo: Walkabout Outfitter. Me parece lo más típico de Williamsburg que he visto hasta ahora. Es ropa pensada directamente para caminar. La tienda es una maravilla para este clima. ¡Tiene justo lo que necesito! Me pruebo dos pares de *leggings* color pizarra que son impermeables por fuera y tienen una suave capa de tejido polar en el interior.

*¡Qué calentitos!*

Estoy a punto de atreverme con una camisa de franela a cuadros como las de Luke, pero en realidad, me parece que ya es pasarse. La chica de ciudad que llevo dentro se niega en redondo y acabo comprando dos camisetas interiores muy abrigadas y un jersey amplio de lana de color blanco roto con cuello vuelto. Me pruebo el conjunto y, la verdad, me parece todo monísimo. Tanto que, en cuanto pago, me pongo el jersey con la camiseta interior y los *leggings*. Cuando

salgo de la tienda, siento que mi nueva ropa me convierte en parte integrante del paisaje y me dejo llevar por el ambiente navideño.

A lo lejos, suena la canción *Santa Doesn't Know you Like I Do* de Sabrina Carpenter. Me cruzo con un grupo de niños corriendo y gritando con sus gorros y bufandas. Estoy segura de que Sabrina se inspiró en un lugar parecido a este para componer esa canción tan navideña. ¡A lo mejor se le ocurrió aquí mismo! Me rio en voz alta al imaginarme a Sabrina con sus taconazos en plena nieve.

*Me recuerda a alguien que yo me sé…*

Parece que todo en esta ciudad te obliga a disfrutar de la vida. Ahora que me siento tan calentita, el frío en la cara parece despertarme y me acuerdo de mi café.

*¡Es el momento perfecto!*

Encuentro un local que se llama Aroma's Cafe y el olor dulzón que desprende me atrae como un imán.

—Un *latte macchiato* para llevar, por favor —le pido a la chica del mostrador.

—Ahora mismo. ¿Deseas algo para comer? —me pregunta—. Nuestra especialidad es la tarta de manzana. Es famosa en toda la ciudad y está riquísima.

—Es que no pensaba sentarme… —respondo—. Ya me gustaría, pero si me siento y me como la tarta, no conseguiré moverme de aquí ni con una grúa.

—En ese caso, te recomiendo unas *cookies* recién hechas de nueces de macadamia con trocitos de chocolate. Te las puedo poner en una bolsa para que las comas mientras paseas. ¡Además, están calentitas!

—Me has convencido —acepto su sugerencia. El olor es tan delicioso que es imposible resistir la tentación.

Con el café en una mano y las bolsas en la otra, salgo a la calle para seguir paseando y viendo escaparates. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto. Se me han ocurrido regalos para toda la familia y el café me está sentando de maravilla. Veo otra tienda de ropa llamada Fatface con más jerséis de punto, aunque estos son de un estilo más europeo. Me acabo el café y entro a curiosear. Al final, compro dos jerséis y un gorro de lana de estilo francés.

*¡A este paso, voy a quemar la tarjeta de crédito!*

Me siento muchísimo mejor. El café me ha hecho entrar en calor y mi ropa nueva me abriga lo suficiente sin agobiarme. ¡Hasta ha dejado de dolerme el pie! Decido adaptarme al ritmo de Williamsburg y aventurarme a dar un paseo más largo mientras me como las galletas de nueces de macadamia. Uno de los lugares que me pareció más bonito mientras buscaba qué hacer aquí es Crim Dell Bridge. Vuelvo a entrar en la tienda y decido preguntar.

—Perdona que te vuelva a molestar…

—No te preocupes, lo que quieras —me dice la amable dependienta.

—Estaba pensando en ir a Crim Dell Bridge, un puente precioso que he visto en una página web turística, pero no sé si estará demasiado lejos…

—¡No, qué va! Está en el campus universitario, a unos veinte minutos de aquí. Te recomiendo ir por el Jardín Hundido. ¡Es un paseo precioso! Solo tienes que llegar a la esquina de Jamestown con Richmond y cruzar por el parque, atajando por el campus universitario.

—Entonces, ¿me lo recomiendas?

—¡Es uno de los lugares más románticos de la ciudad! Te va a encantar.

Hacía tiempo que no caminaba con tanto placer. Incluso en medio del bullicio, se respira una alegría increíble. Es como si todo el mundo estuviera contento. Mordisqueando mis galletas,

entro en el campus universitario y noto cómo desaparece el ruido del tráfico. Ya solo se oyen las risas de los estudiantes y el «chof, chof» de mis botas sobre la nieve. A mi alrededor, los viejos edificios de ladrillo de la universidad flanquean mi paseo. Está atardeciendo y hay una atmósfera de cuento de hadas. Me siento como si flotara sobre la nieve.

Al fondo, veo el puente. *¡Es precioso!* A los lados hay montones de hojarasca ribeteados de nieve y la oscuridad de los árboles envuelve el puente bajo la luz crepuscular. De pronto, veo un grupo escultórico iluminado. Son dos estudiantes de hierro fundido que están tumbados leyendo bajo los árboles. Todo este lugar rebosa romanticismo. Ahora mi vida en Chicago me empieza a parecer vacía. Me gusta lo que hago, pero ¿merece la pena? Creo que preferiría sentir esta paz interior todos los días, en lugar del estrés de la oficina…

Decido continuar mi paseo por el sendero que bordea el arroyo. Cuando quiero darme cuenta, he llegado al lago Matoaka. Ya casi es noche cerrada y el lago está rodeado de árboles.

*Será mejor que vuelva al hotel.*

Miro en Google Maps y veo que puedo bajar hasta Jamestown Road para regresar a mi hotel de una forma más civilizada. Cuando estoy a punto de darme la vuelta en esa misma calle, veo unas luces reflejadas en el lago. Parece una cabaña que desprende un aura acogedora.

*Ya que estoy aquí…*

Decido acercarme a ver qué es, porque no parece un edificio relacionado con la universidad. Giro a la izquierda nada más pasar el lago y, después de avanzar por un sendero, alcanzo a ver el interior. Es una especie de taller de carpintería, según deduzco por los muebles que veo a través de los ventanales. Hay también una mesa de cortar con una sierra y una pared llena de herramientas. La cabaña es una rehabilitación hecha con muchísimo gusto que combina la esencia tradicional con unas enormes vigas de acero que permiten abrir todo el lateral con una cristalera hacia el lago.

El lugar me atrae como un imán. Me acerco a curiosear por la cristalera y veo que reina un cierto orden en el aparente desorden. Se nota que alguien se toma muy en serio su trabajo. Lo que no entiendo es por qué están todas las luces encendidas. Es viernes por la tarde y ya casi son las cinco…

*¡A lo mejor he encontrado al único habitante de Williamsburg que no tiene familia con la que cenar!*

Me acerco un poco más. La verdad es que el lugar es precioso, con el lago tan cerca. ¡Y se respira una paz increíble! Casi me parece oír cómo cae cada copito de nieve. Pero entonces…

*¡Mierda!*

Me escondo rápidamente. Creo que no me ha visto.

*¡Es que no me lo puedo creer! ¡¡Es el taller de Luke!! No puede enterarse de que estoy aquí. ¿Qué pensaría de mí? ¡Qué vergüenza!*

Me quedo detrás del árbol, quieta como una momia. Poco a poco, me atrevo a mirar hacia el interior del taller. Le observo mientras trabaja. Luke tiene algo que me atrapa y me impide apartar la vista. Está lijando algo. Se seca el sudor con un pañuelo limpio que vuelve a meterse en el bolsillo trasero del vaquero. ¡Hasta el pañuelo resalta su culo!

*Pareces una acosadora de manual, Cassie…*

Me quedo absorta, contemplándole con la mente en blanco. Lo miro como si fuera un cuadro de esos que salen en los libros de arte. Tiene un cuerpo perfecto, armonioso, que despliega su fuerza como movimientos precisos, elegantes y sutiles.

—¡Miau!

—Pero ¿qué…? —El grito me brota de forma inconsciente de la garganta—. ¿Qué ha sido eso? —Aparto los ojos del taller iluminado y dejo que se vuelvan a acostumbrar a la penumbra. Entonces descubro que el maullido viene de un gatito atado a una correa que serpentea tras él sobre la nieve—. ¿Quién narices saca a pasear un gato con correa? —digo en voz alta—. ¡Y por un lugar tan apartado como este!

—¡Yo! —responde una voz femenina entre los matorrales. De repente, sale una señora de unos 60 años—. ¿Y tú quién eres, bonita?

La miro y no doy crédito. Lleva un abrigo gigante de color rosa que complementa con un gorro y una bufanda de lana larguísima en la que luce todos los colores del arcoíris, más los infrarrojos y los ultravioletas. Parece que la ha tejido con los restos de ovillos de toda una vida.

—Hola, me llamo Cassie —Siguiendo la tradición de Williamsburg, le tiendo la mano, aunque no tenga ni la más remota idea de quién es.

—Yo me llamo Henrietta Smith —me dice, y se abalanza a darme un abrazo. Creo que he subido otro nivel en la escala de familiaridad de Williamsburg—. ¡Encantada, Cassie!

—¡Qué gatito tan mono tiene, Henrietta! Es adorable, con sus patitas blancas y la carita de color canela. ¡Y la puntita de la cola también es blanca!

—Se llama Charlie. ¿A que es precioso? Le encanta pasear, ¿verdad que sí, Charlie? —la mujer va subiendo el tono de voz. Como siga así, Luke acabará por oírnos.

—Si quiere, la acompaño a pasear a su gato —me ofrezco, con la esperanza de alejarnos del taller.

—¡Muchísimas gracias, Cassie! Nosotros ya nos íbamos. ¿A que sí, Charlie? —Henrietta sigue hablando con el gato y conmigo alternativamente—. Vamos, es por aquí.

Retrocedemos por el sendero y cruzamos al otro lado de Jamestown Road. Henrietta no para de hablar.

—¿Quiere que lleve yo a Charlie un poco? —me ofrezco al darme cuenta de que la pobre mujer tiene problemas para caminar.

—Te lo agradezco mucho, bonita. Es ahí mismo —me indica.

Tras diez minutos a paso de tortuga porque Henrietta no puede andar más rápido, llegamos a su casa. Charlie no hace más que tirar de la correa.

—Es que sabe que a la vuelta del paseo le pongo la cena y se impacienta —me explica Henrietta—. ¡En fin, gracias por traerlo, guapa!

—¿Vive aquí? —le pregunto.

Es una casita de madera bastante pequeña, con molduras pintadas de verde en las puertas y las ventanas y un tejado puntiagudo con tejas de madera pintadas de rojo. ¡Parece recién salida de un cuento infantil!

—¿Quieres pasar a tomar un cacao caliente? —me ofrece Henrietta.

—No, gracias, creo que es hora de regresar al hotel y descargar todas estas bolsas —digo sonriendo.

Por un momento, se me ha pasado por la cabeza la casita de cuento de Hansel y Gretel. ¡Solo que con cenador! En realidad, la comparación no le hace justicia: Henrietta es un amor.

Regreso al hotel por Jamestown Road. Tardo bastante menos que a la ida y lo agradezco. *¡Me he dado un buen paseo!* Cuando entro en el hotel, no veo a nadie en la recepción. Subo las escaleras de dos en dos hasta llegar a mi habitación. Estoy deseando cambiarme de ropa y ver qué me ofrecen en el bufé para cenar. A pesar de las galletas, tengo un hambre feroz, así que espero que hoy haya una cena en condiciones.

La verdad es que me siento muy bien. Estoy cansada, pero contenta. Con lo mal que empezó el día, al final he disfrutado muchísimo. Aprovechando la oleada de optimismo, decido que mañana me apuntaré a las visitas guiadas como todos los demás turistas.

*¡Esta ciudad me está cambiando!*

# Luke

*¡Por fin es lunes!*

Nunca pensé que diría algo así, pero es que ha sido un fin de semana insufrible por los turistas. Según la radio local, hemos batido todos los récords de visitantes en un fin de semana que no fuera el previo a Navidad o Año Nuevo.

La verdad es que, visto lo que se avecinaba, me pasé los dos días trabajando y descansando, o descansando y trabajando, según se mire. Me acerqué al taller por el sendero del arroyo de College Creek y evité tener que sortear a los cientos de turistas que abarrotaban cada calle del centro de Williamsburg. Sam, por su parte, sí que los tuvo que aguantar. No le queda más remedio. Cuando nos vimos el sábado para tomar una cerveza en la taberna de Will, estaba agotado. Ya le habían hecho todo tipo de preguntas estúpidas, como si el ayuntamiento pensaba reponer la nieve al día siguiente porque habían llegado por la tarde y estaba toda pisoteada para las fotos. Otros querían saber si podían alquilar un vestido de novia y casarse en plan Las Vegas, pero en estilo colonial. Will metió baza y nos contó que tres personas distintas le habían preguntado si hacían ellos mismos la mantequilla y el queso, y que si podían ver las vacas que sacrificaban para la carne de las hamburguesas.

Tengo que reconocer que el sábado nos echamos unas buenas risas a costa de algunos de los visitantes de nuestra ciudad. La noche volvió a acabar de madrugada. No sé cómo se las arregla Sam, pero siempre me hace llegar a las tantas a casa. Es cierto que yo también me dejo y no siempre es culpa suya. Tengo que reconocer que, en días como estos, la casa me parece un poco vacía y tengo pocas ganas de llegar.

*¡Arriba, Luke!*

Son las siete de la mañana y quiero aprovechar el día. No hay nada como empezarlo haciendo un poco de ejercicio para despertar del todo y recargar las pilas, así que me visto y salgo a correr. Hago mi recorrido favorito, primero adentrándome por el bosquecillo de College Creek Park durante media hora o así, y luego subo hacia el norte, por el sendero que bordea el arroyo hasta llegar a mi taller, ya en el lago Matoaka. De esta forma, la mayoría de los días no veo a nadie mientras corro y puedo concentrarme en el ejercicio hasta cruzar Jamestown Road.

—¡Buenos días, Luke! —me saluda Henrietta, abriendo la puerta del cenador acristalado. Desde que se lo instalé, le encanta desayunar allí incluso en los días más fríos del invierno. Antes apenas podía usarlo porque a partir de octubre hacía demasiado frío para estar afuera. Pero hace dos años le hice una cristalera de madera que le permite usarlo en invierno y en verano. Además, instalamos un sencillo sistema de calefacción por suelo radiante y le hice una alacena para guardar la vajilla.

Desde entonces, se ha aficionado a desayunar en el cenador. ¡Y su gato Charlie la acompaña encantado porque el suelo está calentito!

—¡Buenos días, Henrietta! Hace una mañana fantástica, ¿a que sí?

—Maravillosa, Luke, maravillosa. Ven, he hecho un bizcocho de limón buenísimo y todavía me queda algo de mermelada casera de arándanos, esa que tanto te gusta. ¿Una taza de té? —me tienta.

Miro el reloj. Apenas son las ocho y cuarto. Además, aún no he desayunado, así que decido aceptar.

—Gracias, Henrietta. ¡Eres la mejor vecina del mundo!

Henrietta es mi vecina más peculiar. Vive sola con su gato Charlie y viste siempre con colores llamativos. Ella dice que le alegran la vida y a mí me parece estupendo. Yo no sería capaz de vestir así, pero, sinceramente, la admiro por ser ella misma.

—No, tú eres el mejor vecino del mundo —me contradice Henrietta—. ¿Qué sería de mí sin tu ayuda? Mira qué bien estamos aquí —me dice a la vez que extiende los brazos con movimientos circulares para abarcar el cenador entero—. ¡Es estupendo! Y todo gracias a ti. Ya sabes que por esta zona no viene casi nadie y yo me siento mucho más segura sabiendo que estás trabajando en tu taller. Me encanta ver la luz y sentir tu compañía en el ambiente.

—No será para tanto —protesto—. Estoy seguro de que tienes otros visitantes.

—¡Qué va…! —me contradice Henrietta—. Los chicos de la universidad rara vez se acercan al lago Matoaka en invierno, y aquí vivimos cuatro gatos. Bueno, cuatro gatos humanos y Charlie — Henrietta sonríe mientras acaricia al gatito, que se ha hecho un hueco en su regazo y ronronea pidiendo que lo atusen.

Una cariñosa sonrisa se forma en mis labios.

—Cuatro gatos y Charlie, que es más humano que muchos de ellos…

—¡Eso digo yo! —asiente Henrietta—. Aunque el viernes pasado apareció por aquí una chica muy simpática.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué quería? —pregunto, más que nada por seguir la conversación.

—Pues no lo sé, la verdad. Parecía un poco perdida —me responde Henrietta.

—Sería una estudiante… —aventuro.

—No, ¡qué va! —me replica Henrietta—. Estaba mirándote trabajar con toda la atención del mundo… —Miro a Henrietta extrañado—. Porque me imagino que sabes que de noche se te ve perfectamente a través de la cristalera, ¿verdad?

No lo había pensado nunca, pero ahora que lo dice, es cierto que se me tiene que ver. Aunque para eso hay que tomar el sendero que sale de Jamestown Road después de pasar el lago Matoaka, y casi nadie va por allí.

—No te sonrojes, Luke —me reprende Henrietta cariñosamente—. A mí también me encanta verte trabajar. De hecho, paseo a Charlie por allí para observar cómo haces esos muebles tan preciosos.

—¿Y quién era esa chica? —preguntó, picado por la curiosidad—. ¿La conozco?

—Me pareció una chica encantadora —me responde Henrietta—. ¡Y muy mona, por cierto! Me acompañó de vuelta a casa. Ya sabes lo que me cuesta caminar cuando llevo un ratito de pie…

—Sí. Deberías tener más cuidado con eso, Henrietta.

—Bah, no te preocupes por mí, Luke. No es para tanto. Además, yo confío en la bondad de nuestro prójimo, porque nunca me ha fallado. Y esta jovencita me ayudó sin que tuviera que pedírselo.

—Me alegro, Henrietta. Pero ¿qué hacía por aquí? —pregunto—. ¿Seguro que no era una estudiante del William and Mary College?

—No, ¡qué va! Estaba dando un paseo y se le hizo de noche. Es mayor para ser estudiante. Monísima, he de decir. Rubita, con media melena…

La descripción de Henrietta me hace pensar inmediatamente en Cassie.

—¿No se llamaría…?

—¡¡Cassie, eso es!! —exclama Henrietta sin dejarme acabar—. Es que lo tenía en la punta de la lengua y no me salía. Una jovencita muy, muy agradable. Con melena cortita, como te he dicho —Al ver que asiento, Henrietta se atreve a preguntar—. Entonces, ¿la conoces?

—Bueno, me la presentó Sam —le explico—. Es una huésped de su hotel, el Richmond's Inn.

—¡Ah, ya veo…! —responde Henrietta mientras se mete en la boca un pedazo enorme de bizcocho con mermelada—. ¡Conque la conoces! —exclama, y me guiña un ojo.

—Espera, que tienes un poco de… —Le limpio con una servilleta a la mermelada que le cae por la barbilla y Henrietta se echa a reír.

—¡Quita, quita, que me estoy poniendo colorada! Deberías centrarte en Cassie, que es mucho más guapa y joven que yo. ¿No te gusta? —me pregunta abiertamente—. Porque a mí me parece una monada. ¿Tú qué crees?

—Bueno… —la verdad es que Henrietta no tiene filtro y me dice siempre exactamente lo que piensa. Está muy bien ser sincero, pero a veces no es necesario serlo tanto—. Sí, es guapa, pero es una chica de la gran ciudad.

—Yo no lo veo así —me contradice Henrietta—. A mí me parece que es la chica perfecta para vivir aquí. ¡Si le hubieras visto la cara mientras te miraba a trabajar!

—¿Me estaba espiando?

*No entiendo nada de nada. ¿Qué hacía Cassie en mi taller?*

—¡Qué va! Venía de dar un paseo y vio las luces, nada más. Después nos acompañó a casa. ¿A que sí, Charlie?

Miro al gatillo, que sigue pidiendo mimos. Lo cierto es que no sé qué pensar. Tal vez lo mejor sea dejarlo pasar y centrarme en mi trabajo.

—¡Es tardísimo! —exclamo una media hora después, haciendo como que miro el reloj—. Tengo que irme, Henrietta. Mañana me paso a ver cómo estás de las piernas.

Salgo del cenador y emprendo al camino al taller. Nada más llegar, me doy una ducha rápida. Me sirve para aclarar la cabeza y centrarme en mi trabajo. La mañana me cunde muchísimo y veo por fin la luz al final del túnel. De aquí al viernes, si trabajo a este ritmo, puedo tenerlo todo listo y me sobrará algo de tiempo antes de empezar a montar el puesto. No hay cosa que odie más que acabar un encargo en el último minuto.

Al final, estoy pasando completamente del alcalde Murphy y las tonterías de su mujer. Total, él tampoco me hizo caso en la última reunión… He simplificado las líneas de mis muebles coloniales y de los objetos decorativos más demandados año tras año. En realidad, el estilo de mi obra sigue siendo colonial, pero de líneas depuradas.

Me preocupa la zona que me han asignado en el mercadillo. Creo que estará bien, pero hasta que no lo monte, no estaré seguro. Me gusta trabajarme la decoración de mi puesto. La cambio cada año, tratando de ser original. Esta vez mi madre va a colaborar conmigo. Yo creo que le hace una ilusión tremenda. En realidad, en cuanto esté montado, pasará a ser responsabilidad del ayuntamiento, pero eso no quiere decir que no le pongamos empeño.

Hemos pensado preparar un salón de Navidad con la alacena, la mesa de comedor adornada para las fiestas, una cómoda, un escritorio… como si fuera la casa de alguien que viviera en el siglo XVIII o XIX, y todos los adornos estarán hechos a mano con técnicas al alcance de los habitantes de esa época. Vamos a añadir tejidos antiguos, alguna pieza de vajilla histórica y detalles para adornar las puertas con elementos naturales. Espero que tengamos suficiente tiempo

para lo que queremos hacer. Pero bueno, ya veremos cómo sale todo.

Me voy a almorzar algo a una de las cafeterías universitarias de alrededor y regreso al trabajo hasta que empieza a oscurecer. No tengo pensado pasar por casa hasta la noche. He quedado con Sam, así que me volveré a duchar aquí, en el taller, y me adecentaré un poquito antes de ir hacia allá. Siempre guardo camisetas en el taller para cambiarme, aunque al final me va a tocar ir con los mismos vaqueros. Salgo hacia Richmond's Inn subiendo por Jamestown Road. La verdad es que me encanta el paseo y, aunque es casi media hora, no me importa hacerlo varias veces al día.

***Sam**: *Lo siento, tío, no voy a poder ir a cenar.*
*A Giselle se le ha puesto enfermo el crío.*

***Luke:** *Ya estoy de camino, tío.*

***Sam:** *Tengo que quedarme y hacer su turno.*

***Luke:** *¿Compro algo y voy para allá?*

***Sam:** *Pídeme una doble con queso.*

***Luke:** *¿Quién te ha dicho que vaya a pillar una hamburguesa?*

***Sam:** *Y con patatas gajo.*

***Luke:** *Por lo menos pondrás las cervezas, ¿no?*

***Sam:** *¡No lo dudes!*

Sam es un caradura, pero es mi mejor amigo. Además, siempre está dispuesto a hacerle un favor a cualquiera. *¡Seguro que ha obligado a Giselle a irse a casa a cuidar de su hijo!* Por eso soy incapaz de decirle que no a nada.

Compro la cena de camino. En esta parte de Williamsburg puedes comprar una hamburguesa en cualquier parte, porque está lleno de restaurantes para estudiantes. No serán fantásticas, nada que ver con las de Will, por supuesto, pero te llenan el estómago de todos modos.

Cuando llego al hotel, está todo muy tranquilo.

—¡Hombre, por fin! —me saluda Sam—. No sabes cómo me rugen las tripas. Venga, vamos a una mesa de la cafetería y cenamos tranquilos. No creo que esta noche vaya a haber mucho jaleo…

—¿Y las cervezas? —le pregunto mientras nos sentamos en una mesa cercana a la puerta. Sam mira de reojo a la recepción por si entra a alguien.

—¡Ahora mismo! —me contesta con una sonrisa.

Nos sentamos a cenar tranquilamente. Sam me pone al día de todos los cotilleos de la ciudad. Desde su posición privilegiada en la recepción de uno de los hoteles más chic de Williamsburg, y gracias a su alma de portero, confío en que me cuente todo lo que pasa por aquí.

—Pues, aunque parezca increíble —me cuenta Sam en el más estricto secreto—, Sally le ha rechazado de pleno. ¡Ha sido un no histórico y rotundo!

—Pareces una revista del corazón, Sam —digo a carcajadas—. No me digas que también conoces al novio…

—¡Eh, eh, Cassie! —me interrumpe Sam a gritos—. ¡Ven, estamos aquí! —La he visto por el rabillo del ojo, pero no entiendo por qué la tiene que llamar—. ¡Ven, mujer! —insiste Sam.

Cassie se acerca con cara de no apetecerle nada.

—Hola —nos saluda—. ¿Qué tal?

—Hola —saludo yo también, un poco por educación y un poco con curiosidad—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Siéntate y nos cuentas —la invita Sam—. Ven, tenemos comida de sobra.

Miro a Sam con cara de pocos amigos.

—No hace falta si no te apetece, no le hagas caso. Seguro que estás muy cansada…

—Pues sí…

—¡Bobadas, ven aquí! —Sam la agarra directamente del brazo y la sienta entre nosotros—. Mira, nos ha sobrado una hamburguesa. ¿No tienes hambre? Espera, que voy a traerte una cerveza.

Sam se levanta y nos quedamos los dos en silencio con cara de tontos. *¡Mi amigo es especialista en ponerme situaciones comprometidas!* Me quedo mirando las patatas fritas porque no sé qué decir. ¿Le pregunto qué hacía espiando en mi taller o parecerá todavía más raro, como si yo también la espiara a ella? Miro de reojo y veo que Cassie se mira las manos. Tampoco se atreve a levantar la vista.

—¡Sam, esas birras! —le grito—. ¡Que no las tienes que fabricar, joder!

—¡Ya voy! Un momento, que no me quedan frías aquí. Ahora vuelvo.

—Lo ha hecho adrede —digo sin querer en voz alta, pero me arrepiento al instante.

—Lo sé —responde Cassie, y ambos levantamos los ojos.

Está guapísima. Ya no lleva esa ropa estúpida de ejecutiva agresiva de ciudad. Lleva un jersey ceñido de lana de color claro y cuello de cisne que realza su figura y tiene pinta de ser muy calentito. Apenas va a maquillada, pero no le hace falta. Se nota que ha estado al aire libre, porque tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—¿Te está gustando Williamsburg? —Es una pregunta estúpida, pero es que no se me ocurre qué decir.

—Mucho —me responde Cassie—. Como me aconsejaste, he hecho todas las visitas guiadas que he podido y me han encantado. Me parece que la oferta de Williamsburg es de mucha calidad. ¡estoy deseando ver el mercadillo de Navidad este viernes!

—Pues allí verás mi trabajo —le digo—. Tengo una exposición de muebles coloniales… —le explico.

Sin darnos cuenta, nos hemos ido acercando y ahora estamos a una distancia alarmantemente reducida.

—¡Claro, por eso estabas trabajando el viernes por la tarde! —exclama Cassie. Rápidamente se pone colorada y siente la necesidad de explicarse—. Estaba dando un paseo y vi luces frente al lago Matoaka. Entonces me acerqué y…

—¡Aquí están las cervezas! —nos interrumpe Sam—. Perdonad la tardanza. También quería traer una tarrina de helado, pero no me daban las manos —se disculpa sonriente— y la he tenido que dejar en la nevera de la barra —explica, señalando el lugar.

—Voy a por ella —se ofrece Cassie y se levanta como un resorte. Parece estar deseando levantarse y alejarse de mí.

—¡Coge también los platos y las cucharas! —le grita Sam.

Cassie se acerca a la barra y se inclina para coger los platos. Ya no lleva esos pantalones de pinzas tan repipis, sino unos *leggings* que le realzan la figura de una forma espectacular al auparse sobre la encimera. Son de una especie de color gris y los lleva por dentro de las botas con ribete de borreguillo. Adivino unas piernas largas y delgadas, bien torneadas, con formas precisas y redondeadas…

—¡Ay! —grito al sentir la colleja.

—Cierra la boca, que se va a dar la vuelta y va a ver cómo se te cae la baba —me regaña Sam en un susurro—. ¡Te la estás comiendo con los ojos!

—No es verdad, es que… —intento excusarme, pero Sam no piensa aguantarme tonterías.

—¡Chis! ¡Que viene!

—Aquí está todo —anuncia Cassie—. El helado y los platos.

La miro como si la viera por primera vez y me da la sensación de que me devuelve la mirada.

# 12

# Cassie

—¿Te la caliento un poco? —dice Sam cuando por fin estamos los tres sentados.

—No hace falta —respondo—. Seguro que está bien.

—No es ninguna molestia. Trae, ya verás. ¡En dos minutos la tendrás otra vez calentita y estará mucho más rica!

Dicho y hecho: Sam me la quita de las manos sin que me dé tiempo a desenvolverla y se la lleva para pasar la carne por la parrilla. Con esto, me vuelve a dejar a solas con Luke. El silencio es tan incómodo como antes. Llevo todo el fin de semana pensando en cuándo me lo iba a volver a encontrar, temiendo el momento y a la vez deseando que ocurriera. ¡Y ahora ni siquiera sé que decir!

—Sam es imposible —suelta Luke, así, de la nada. Me parece que tampoco sabe cómo manejar la situación—, pero es la persona más servicial que conozco. ¡Haría cualquier cosa por sus amigos!

—La verdad es que sí —reconozco sin poder apartar la mirada de los ojos de color avellana de Luke.

En realidad, no sé ni lo que estoy diciendo. Esa camiseta ceñida de color hueso que lleva puesta se ajusta a sus pectorales como si fuera una segunda piel. Podría esculpir su busto sin que se la quitara. Luke me hace recordar mi pasión por el dibujo y por el arte en general, esa pasión que maté cuando decidí dedicarme a la publicidad. El cuerpo de Luke haría las delicias del escultor griego más exigente. ¡Y las mías, por supuesto! ¡Me encantaría que posara para mí!

—¡Cassie! —le oigo decir.

—¿Sí? —Salgo de mi ensoñación y siento el calor que me sube por las mejillas—. Perdona, ¿qué decías? —Veo a Luke mirándome con extrañeza.

—Simplemente te preguntaba qué tal has pasado el fin de semana —repite Luke.

*¿Se habrá dado cuenta de que le estaba mirando?*

Lo cierto es que me he pasado todo el fin de semana pensando en él y ahora que por fin lo tengo enfrente, parece que no soy capaz de mantener una conversación normal y corriente.

—¡Ah! Muy bien todo, muy interesante —Sonrío para disimular lo que siento. Es ver a Luke y las imágenes del sueño erótico me vuelven a la cabeza como si fueran reales. Estoy segura de que me he puesto roja como un tomate—. Me ha parecido extraño no verte por el hotel, teniendo en cuenta que el primer día nos encontramos tres veces…

—He tenido mucho trabajo —se disculpa Luke—. Ya sabes, preparando el mercadillo de Navidad y todo eso… No he parado de trabajar en todo el fin de semana.

—Aquí la tienes —dice Sam a mi espalda, y me coloca un plato delante con la hamburguesa recalentada—. El emplatado no es el mejor, pero qué se le va a hacer.

—¿Qué le has hecho a la hamburguesa, Sam? ¡Tiene una pinta horrorosa! —exclama Luke.

Es cierto que tiene un aspecto terrible y más bien parece carne para perros de hace cuatro días, pero no pienso quejarme.

—No importa, de verdad. Seguro que está buena —acierto a decir.

—¿No te importa comerte eso? —Luke me mira sorprendido—. Apuesto a que en Chicago

no comes hamburguesas como esta y solo pruebas cosas como «hamburguesa de picaña de Black Angus con aliño de trufa montada sobre panecillo casero horneado con madera de roble» —Luke suelta toda la retahíla de golpe con una sonrisa burlona en los ojos, pero con el semblante totalmente serio—. Pero qué bien hablo esnob, por Dios. ¡Es como si lo hubiera practicado toda la vida!

—Pues la verdad es que alguna vez he probado…

Antes de poder terminar la frase, los veo a los dos retorciéndose de la risa en la silla. Seguro que es una broma que tienen ellos dos. O se están riendo directamente de mí, que es otra posibilidad. Miro a Luke y los dos hoyuelos de su sonrisa suben y bajan sin parar por su rostro. Se le saltan las lágrimas de las carcajadas y se las seca con la punta de la camiseta, estirándola hasta llegar a los ojos y haciendo que parezca todavía más ceñida su cuerpo. La manga corta le aprieta el bíceps y otra vez me vuelven a la cabeza las imágenes del sueño. Recuerdo su pecho de acero sobre el mío, la sensación de sus manos en mi cintura, deslizándose por mis caderas…

*¿Qué me está pasando? ¡Pero si le conozco desde hace tres días! ¡Vuelve en ti, Cassie, que se van a dar cuenta!*

Decido que es mejor seguir con la broma para ganar tiempo, a ver si me tranquilizo.

—Ojo, que yo, si no es con una lámina de oro sobre el pan, no me la como. Y nada por debajo de los doscientos dólares. ¡Una mujer tan fina como yo no puede aspirar a menos!

Hago un gesto exageradamente esnob y retiro el plato de la hamburguesa hacia Sam, fingiendo cara de asco mientras me aprieto la nariz con dos dedos, dejando el meñique totalmente estirado.

—Tienes razón, ¡esto no hay quien se lo coma! —suelta Sam—. Toma, Luke, para ti, que tienes que reponer fuerzas después de tanto lijar y martillear, o lo que quiera que hagas en ese taller tuyo —Me ha parecido que Sam le lanzaba una mirada de complicidad a Luke—. Seguro que todo lo que haces requiere mucha energía por tu parte —remata con mirada traviesa—. ¡Hay que alimentar esos músculos de acero!

—Eso, para ti —le animo yo también, intentando participar en la broma.

—¡Eh! Que no soy el perro basurillas al que se le dan todas las sobras —protesta Luke, fingiendo enfado—. ¿Y si la tiramos? La verdad es que ni recién hecha era buena, aunque caliente tenía un pase. Debo reconocer que la he comprado en la cafetería de la Facultad de Económicas según venía hacia aquí… Estaba vacía y, como no me gusta esperar…

—Resumiendo: ¡que has comprado la cena en el sitio más cutre de todos los que te pillaban de camino! —exclama Sam y se gira hacia mí—. ¿Ves lo que tengo que soportar, Cassie? ¿Te puedes creer que este, ¡este!, es mi mejor amigo? Le encargo la cena porque estoy aquí, deslomándome para sacar adelante el negocio, ¿y qué me trae? ¡Comida para perros! ¡¡Dicho por él!! Y lo peor es que yo sí me la he comido…

—Pues sí, lo reconozco. *Mea culpa* —se disculpa Luke con una sonrisa—. Pero es comida, ¿no?

—¿Y si pasamos al helado antes de que se derrita? —propongo.

—¡Buena idea! —dicen a coro Sam y Luke, y se echan a reír. Sam se levanta a tirar los restos de la cena, incluida la hamburguesa recalentada que no quiere nadie, y acerca los platos que he dejado en la mesa de al lado.

Abrimos la tarrina de helado y la colocamos en el centro de la mesa para servirnos los tres.

—Bueno, Cassie, ¿has hecho ya alguna excursión a los maravillosos parques naturales de Williamsburg? —pregunta Sam muy interesado.

—He ido al lago Matoaka y he visto el Jardín Hundido —respondo toda orgullosa. Para ser de Chicago, me parece que me he sumergido bastante en el ambiente rural de Williamsburg.

—Creo que Sam no se refiere a los parques urbanos —me corrige Luke con una sonrisa—. En realidad, el lago Matoaka no es más que un estanque artificial un poco más grande de lo habitual, con un molino y un anfiteatro.

—¿Entonces no cuenta? —pregunto como si fuera un concurso.

—¡Por supuesto que no! —responde Sam—. Tienes que visitar alguno de los parques naturales de los alrededores. ¡Están preciosos en esta época del año! Luke puede llevarte en su camioneta. No hay nadie que los conozca mejor que él.

Instintivamente, Luke y yo nos volvemos hacia Sam con mirada interrogante.

*¿Qué pretende este hombre?*

—Déjalo, Sam, no creo que le interese tanto —dice Luke—. Hay parques naturales por todo el país, tampoco es para tanto.

—¡Pero si es de Chicago! —responde Sam, como si yo no tuviera ni voz ni voto en esta conversación—. Es una gran ciudad, seguro que allí no tienen parques naturales como los nuestros.

—Eso no quiere decir que a Cassie le gusten —replica Luke. Otro que debe pensar que soy un fantasma—. ¡Recuerda que ni siquiera se ha traído ropa adecuada!

En este momento, dos cabezas de hombre, una rubia y otra morena, se giran hacia mí y analizan mi vestimenta. Me pongo a comer helado como una posesa con la cabeza gacha para que no me vean la cara. Siento que los dos pares de ojos están puntuando mis compras más recientes. ¿Será suficiente para aprobar?

—¡Qué bobadas dices, Luke! Por supuesto que le interesa. Además, ya casi has acabado todo lo de Navidad, ¿no? Pues creo que podrías relajarte un poquito, que falta te hace, y de paso llevar a Cassie a conocer alguno de tus rincones naturales favoritos. ¡Es lo menos que podemos hacer por una huésped tan simpática! Y te recuerdo que le debes una por los pantalones que le echaste a perder y el empujón que le diste. Además, ¡mira! Ahora sí tiene ropa para hacer una excursión por el campo.

—Tampoco quiero ser una carga… —me excuso yo, intentando librarme de la excursión que nos está montando Sam en un minuto.

Sin comerlo ni beberlo (y nunca mejor dicho), me he convertido en la protagonista absoluta de la conversación.

—No te preocupes, Cassie. Para Luke no eres ninguna carga. ¡Le encanta ir con la camioneta a los parques naturales! ¿Cuál te parece mejor, Luke? Tiene que estar relativamente cerca para que la excursión pueda ser de un día. ¡Mañana, por ejemplo! —nos dice con una sonrisa de oreja oreja—. Mañana es el día perfecto. ¡Decidido! Y no quiero más excusas de ninguno de los dos —nos dice totalmente serio mientras nos amenaza con el dedo.

Luke y yo nos miramos sin saber qué decir. Hay un momento de silencio tenso y, unos segundos después, oigo a Sam que continúa organizando la excursión.

—Creo que el parque estatal York River es una opción muy buena. ¿No te parece, Luke? Está bastante cerca y podéis ir al muelle. Además, el bosque es precioso y se puede pasear por la playa del río York. ¿Te acuerdas cuando tu padre nos llevaba allí a buscar fósiles durante las vacaciones? Se ven las marismas y se pueden avistar aves…

—Sí —reconoce Luke—, no estaría mal. Hace años que no voy y no me importaría volver. En menos de dos horas podemos estar allí y, si salimos pronto, nos dará tiempo a hacer una

pequeña ruta de senderismo —Parece que Luke se ha hecho a la idea y me mira buscando mi aprobación.

—No sé qué decir… —Los miro totalmente confusa y acabo cediendo—. Bueno, vale. Si de verdad creéis que merece la pena, ¿por qué no? Por un día, puedo descansar de arquitectura colonial y de historia. Quizás hasta me venga bien el cambio de aires antes de que lleguen mis padres.

—¡Pues no hay más que hablar! —dice Sam a voz en grito. Parece feliz y no entiendo por qué es tan importante para él—. Ale, Luke, ¿la recoges aquí, en el hotel?

—Sí, no hay problema. No está muy lejos, así que creo que con salir de aquí a las nueve y media es suficiente.

—Me parece bien —acepto—. Estaré lista a las nueve y media, esperándote en la salita de la recepción.

—¡Perfecto! Yo me encargaré de prepararos un pícnic para que no os muráis de hambre en medio del bosque —bromea Sam con una sonrisa—. Os pondré una cesta con un mantel de cuadros rojos y blancos y un termo con café calentito. ¿O preferís té?

—El café me parece bien —digo.

—¿Y unos sándwiches? —El hostelero que Sam lleva dentro es incapaz de dejar sin planear la comida de mañana—. Así podréis recorrer todos los senderos que queráis. Ahora que te has comprado ropa abrigada, Cassie, no tendréis problemas para pasar un día de campo estupendo. De todas formas, tengo la manta de pícnic. Creo que la voy a meter también…

Sam sigue hablando como si estuviera solo, planeando la excursión con mucha más ilusión de la que siento yo. Noto que me pongo roja como la grana. También Sam se ha dado cuenta de que estreno toda la ropa y no tiene reparos en comentarlo en voz alta una y otra vez. De nuevo, me siento el blanco de sus miradas, como si estuvieran juzgando mi forma de vestir y necesitara su aprobación.

—Tampoco tenemos que estar todo el día fuera —objeta Luke—. Además, solo vamos a un parque natural, no a la guerra.

—Llevar comida suficiente nunca está de más —declara a Sam con total seriedad—. ¿Y si empieza la Tercera Guerra Mundial? ¿O nos invaden los extraterrestres? ¿O…?

—No te pases, Sam. Con un par de sándwiches nos vale —le corta Luke. Ahora que la excursión está en marcha, parece que el ebanista taciturno y borde ha regresado a la superficie.

—No hace falta que te molestes —añado—. Algún restaurante habrá por ahí, ¿no?

—No es lo mismo —aduce Sam—. Os prepararé una comida fantástica para que podáis disfrutar de ella en plena naturaleza. ¡Y no hay más que hablar!

Luke y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. No merece la pena discutir con Sam.

—Pues si está todo decidido, me subo a la habitación, porque estoy muerta. Buenas noches —me despido—. Nos vemos mañana a las nueve y media.

—Buenas noches, Cassie. Hasta mañana —se despide Sam.

—Que descanses, nos vemos mañana —me dice Luke.

Subo a mi habitación deseando tumbarme. Me doy una ducha rápida y me meto en la cama a toda velocidad. Hacía muchísimo tiempo que no caminaba tanto como estos días en Williamsburg.

*¡Estoy reventada!*

Espero tener fuerzas suficientes mañana y poder seguir el paso de Luke en el parque estatal de York River. Tengo que reconocer que, en el fondo, me apetece mucho pasar un tiempo con

Luke sin que esté Sam y tener la oportunidad de conocerle más a fondo. Estoy segura de que, debajo de esa fachada de suficiencia y brusquedad, hay una persona cariñosa y respetuosa con los demás.

Nada más apagar la luz, siento cómo me va invadiendo un sopor contra el que es imposible luchar. Me dejo llevar y me sumerjo en el mundo de los sueños.

# 13

# Cassie

—¡Ya son las diez! —replico indignada—. En Chicago, si decimos a las nueve y media, estamos a las nueve y media.

—Pero es que esto no es Chicago, es Williamsburg —alega Sam—. Además, no vais a perder ningún tren. ¡Mujer, que vais de excursión a un parque natural! El río York no se va a mover de sitio porque lleguéis media hora más tarde…

Es la primera vez que veo a Sam un poco enfadado. Tal vez me esté pasando de la raya y tenga que ser más flexible con los tiempos. Al fin y al cabo, es verdad que hemos quedado para una excursión y no para una reunión de trabajo.

No puedo llamarle por teléfono porque no me sé su número y no quiero que Sam líe las cosas todavía más, así que decido aguantarme y esperar un poco más. Me miro al espejo de la salita para los huéspedes y casi no me reconozco. Me he puesto otro de los jerséis que compré el viernes pasado y los *leggings* gruesos y calentitos completan mi atuendo. Pienso en que en qué dirían en la oficina si me vieran con estas pintas. *¡Parezco una chica de campo!* Llevo una parka blanca con capucha para completar el conjunto, y me he puesto la camiseta interior calentita, porque vamos a pasar mucho tiempo caminando por el parque.

Ya he leído todas las revistas que hay en la salita y nada. Son las diez y cinco pasadas, y Luke no ha dado señales de vida. Me levanto a por un periódico que alguien ha dejado sobre la alacena y entonces me suena el teléfono. No reconozco el número que aparece en la pantalla, pero seguro que es Luke con una disculpa tonta.

—¿Diga?

—¿Cariño? —oigo una voz lejana que reconozco de repente.

—¡Mamá! ¿Eres tú?

—¡Sí, cariño, te llamo desde Arlés! —grita mi madre—. ¿Me oyes bien, Cassie?

—Sí, mamá, no hace falta que grites. Solo tienes que acercarte el teléfono a la boca —Sonrío al imaginarme a mi madre gritándole a un teléfono a dos palmos de distancia—. ¿Cómo están Brigitte y los bebés?

—Muy bien, todos estamos muy bien. La verdad es que el sur de Francia es precioso. ¡Y tu padre se ha aficionado a la buena comida y al vino francés! —me cuenta mi madre—. La vuelta va a ser muy dura para él. Pero te echamos muchísimo de menos, hija…

—Ya dentro de nada estáis aquí, mamá —la consuelo—. El 23 está a la vuelta de la esquina y yo también estoy deseando veros.

—¿Quieres hablar con tu padre? —Sin esperar mi respuesta, oigo gritar a mi madre—: ¡Paul, estoy hablando con la niña! ¿No quieres venir a saludarla?

Justo en ese momento, veo por la ventana que aparece Luke con la camioneta.

—Déjalo, mamá. Ya me contaréis todo cuando vengáis. Déjale que disfrute con sus nietos en Francia. ¡Un beso! —me despido, porque Luke va a entrar de momento a otro—. ¡Un beso para todos, y achucha a las gemelas de mi parte! Diles que este verano tienen que venir a Estados Unidos sin falta.

—Un beso también para ti, hija, de parte de todos. Te queremos mucho y estamos deseando

pasar la Navidad contigo porque…

—Adiós, mamá, nos vemos en unos días —la corto. Mi madre es capaz de estar despidiéndose durante veinte minutos y veo que Luke está abriendo la puerta de la recepción. Me levanto rápidamente para salir a su encuentro.

—¡Hombre, por fin apareces! —le digo a Luke enfadada—. ¡Llegas más de media hora tarde!

—Hola, Luke… y esas cosas que se suelen decir —me responde con sorna—. ¿No saludas primero?

—Hola, Luke. ¡Llegas más de media hora tarde!

—Hola, Cassie. ¡Solo llego media hora tarde! —me dice con todo el descaro—. No creo que el parque desaparezca porque lleguemos a las doce en lugar de a las once y media.

—Ya, pero es que habíamos quedado a las nueve y media, y me parece que es una descortesía presentarse media hora tarde sin avisar. —El enfado se me nota cada vez más porque me parece inconcebible que Luke no se disculpe.

—Pensaba que estabas de vacaciones y que tenías intención de relajarte, pero si te ha molestado la tardanza, te pido perdón —se disculpa por fin Luke, aunque no del todo. Más que una disculpa, parece una crítica—. En Williamsburg, empezar una excursión media hora tarde cuando no hay nada importante que hacer no nos parece nada del otro jueves, la verdad.

—Tomad, chicos. Aquí tenéis el pícnic —dice Sam, que asoma la cabeza desde el restaurante. La interrupción nos permite abandonar la discusión. Creo que, en el fondo, los dos agradecemos que Sam nos interrumpa con tanta frecuencia—. Os he preparado unas cosas riquísimas —añade con orgullo, y le da a Luke una cesta de mimbre de un tamaño francamente generoso—. Tenéis de todo: mantel, cubiertos, una manta… Espero que paséis un día fantástico. ¡Ya me lo contaréis todo a la vuelta!

Luke coge la cesta de mimbre y me hace un gesto para ir hacia la camioneta. Me adelanto para abrir la puerta y veo que Luke me mira de arriba abajo con gesto de aprobación.

—Esa ropa sí es perfecta para pasar un día en el campo —me dice sonriendo.

—Me alegro de que te guste —respondo—. ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar?

—Una hora y media —me dice Luke—. Si te parece bien, mi plan es dejar la camioneta en el muelle Croaker Landing y, desde allí, hacer una ruta circular a pie, pasando por el centro de visitantes del parque —me explica mientras nos montamos en la *pick-up*.

—¿No será demasiado…? —De pronto, me da miedo hacer el ridículo porque sé que estoy en una forma física pésima. En Chicago no levanto la cabeza del ordenador y no tengo tiempo para hacer deporte.

*¡Si empujar el carrito del supermercado no cuenta como ejercicio, se puede decir que no hago nada!*

—No te preocupes —me responde Luke. No sé si son imaginaciones mías, pero me parece notar un tono protector en su voz—. Sé que no estás acostumbrada y por eso he escogido esta ruta, que me parece muy sencilla y con la que podremos disfrutar los dos.

—Gracias —murmuro.

—Podemos empezar la ruta por la parte del bosque. En una media hora estaremos en el Centro del Visitante del parque y allí podemos descansar y tomar un café con un *croissant*, por ejemplo, mientras contemplamos el paisaje. Después se tarda otra media hora en volver al muelle por la playa del río York. Como ves, nada es demasiado largo.

Miro a Luke agradecida. Es posible que, a pesar de encontrarme tan fuera de lugar en un

parque natural, acabe por pasarlo bien, después de todo. Me giro y veo pasar el paisaje por la ventanilla. Es una zona bastante llana y, poco a poco, noto que desaparecen las casas. El bosque empieza a cerrarse a nuestro alrededor. Tal y como me ha dicho Luke, en menos de hora y media llegamos al muelle Croaker Landing. Es un lugar maravilloso, con una playa y un muelle fluviales sobre el río York, y una zona para dejar los vehículos.

—¿Qué te parece? —me pregunta Luke.

—La verdad es que está precioso, con el contraste de la nieve y el verdor del bosque —admito.

Es un lugar muy bonito. Luke me mira orgulloso y consulta un mapa chiquitito de papel que lleva en el bolsillo.

—Por aquí —me indica—. Vamos a tomar este sendero para disfrutar del silencio del bosque.

Comenzamos a caminar y, efectivamente, no nos cruzamos con nadie. Solo se oyen nuestros pasos. No estoy acostumbrada a tanto silencio y me pongo un poco nerviosa.

—Aquí no hay fieras, ¿verdad? —pregunto.

Luke se echa a reír.

—No, aquí no hay osos, si eso es lo que te preocupa. Es un parque natural de estuario en el que se mezclan el agua dulce y el agua salada. Se pueden avistar muchas aves y pequeños mamíferos, pero no hay grandes depredadores.

—¿Tú vienes muy a menudo? —le pregunto—. Parece que conoces muy bien el parque…

—Solía venir con mi padre cuando era niño. Nos gustaba pescar juntos y avistar los diferentes pájaros que habitan en las marismas.

—¿Y ya no venís?

—Mi padre falleció hace ocho años, pero este lugar sigue siendo especial para mí.

Comprendo que me ha traído a uno de sus lugares favoritos, uno que le evoca buenos recuerdos de su infancia en compañía de su padre.

—Gracias por compartir este lugar maravilloso conmigo —le digo. Por primera vez, veo un atisbo de lo que Luke oculta tras la careta.

Caminamos un rato más en silencio, uno al lado del otro. La distancia que nos separa se ha estrechado, como si nos sintiéramos a gusto. Tal y como ha dicho Luke, en cuarenta minutos llegamos al Centro de Visitantes del parque.

—¿Quieres comer algo antes de seguir con la excursión? —me pregunta.

La verdad es que, desde que hemos salido de Williamsburg, está muy pendiente de mí, de lo que me apetece y de cómo me siento.

—El sendero me ha abierto el apetito y no me vendría mal un café —digo sonriendo—. ¿Qué te parece si tomamos algo en esta terraza que mira hacia el estuario? —Señalo unas mesas que he visto mientras nos acercábamos al Centro de Visitantes.

—¡Perfecto! Era uno de mis sitios favoritos. Además, ahora en invierno hay muy poca gente.

Elegimos una mesa junto a la barandilla y Luke trae una bandeja con dos cafés y una fuente de *croissants* de los que se comen de un bocado.

—¿No será demasiado? —pregunto a ver la cantidad de comida.

—En cuanto los pruebes, comprenderás que no —Luke sonríe enigmáticamente. Cojo un *croissant* y doy un mordisco. Un delicioso sabor a mantequilla con una pizca de sal me estalla en la boca. Lo saboreo con un placer que ya no sé si se debe a que el paseo me ha abierto el apetito o a que los *croissants* son realmente de los mejores que he comido en mi vida.

—¡Te lo dije! —Luke me mira triunfal mientras da un sorbo a su café.

Nos quedamos mirando el paisaje medio nevado del río York. Luke acerca su silla a la mía para indicarme algo.

—Si te fijas allí, al fondo, se ve el muelle donde hemos dejado la camioneta. Allí podremos disfrutar del pícnic que nos ha preparado Sam. Y en dirección opuesta, el río se abre hacia el estuario, aunque desde aquí no se aprecia muy bien.

—Es precioso —murmuro, con la boca llena de migajas del bollo. Me arrebujo en mi parka de plumas y me caliento las manos con la taza de café. Espero que no vuelva a nevar.

—¿Tienes frío? —me pregunta Luke y, sin esperar respuesta, comienza a frotarme las manos para que me entren en calor—. Si quieres, nos vamos ya.

—No, no te preocupes —respondo—. Me he traído ropa abrigada, como me dijiste —le explico con una sonrisa.

—Mira —me dice, tomándome la mano para señalar hacia una zona de la playa—: esa es la playa de los fósiles. ¡Está llena! Encontrar fósiles es algo muy emocionante para los niños. Sam y yo pasamos unas tardes maravillosas en ella. Y un poco más allá, donde están aquellas rocas, es donde solíamos pescar mi padre y yo cuando veníamos aquí. En verano hay un servicio de alquiler de canoas para poder disfrutar de todo el parque desde el río.

Le miro y compruebo cuánto añora a su padre. Se le nota en la cara. Aun así, Luke transmite la felicidad que sintió en este lugar y el cariño que le provoca ese recuerdo.

—Es genial…

—Vamos, es mejor que nos pongamos en marcha o acabaremos comiendo tardísimo —Luke hace un gesto para retirarme la silla, como un verdadero caballero, pero se detiene a mirarme.

—Gracias, te agradezco el gesto —le digo—. Pongámonos en marcha.

Caminamos siguiendo el río York durante una media hora hasta llegar al muelle de Croaker Landing.

—Si montamos el pícnic al final del muelle, nos parecerá que estamos comiendo en medio del río —me explica Luke sonriente.

—¡Qué idea tan bonita! —exclamo.

Entre los dos, llevamos la cesta hasta el final del muelle. sacamos el mantel y ponemos todos los bocadillos y los sándwiches sobre él. Sam también nos ha metido unos refrescos y una botella de vino, supongo que para que escogiéramos lo que más nos apetezca. Extiendo la manta para sentarnos encima, pero Luke me la echa sobre los hombros y él se sienta sobre el mantel.

—¿Quieres una copita de vino? —le ofrezco bajo la cálida manta de la cesta de pícnic. La verdad es que se está en la gloria, mirando el paisaje y comiendo y bebiendo al abrigo de la manta.

—¿Por qué no? —me responde Luke—. Todavía tardaremos un par de horas en regresar. Pero solo media copita, ¿de acuerdo? Para probarlo…

Empezamos a comer y los sándwiches nos saben buenísimos. Lo veo en la cara de Luke: está disfrutando tanto como yo. No se oye nada que altere la paz de la naturaleza. Solo nosotros, charlando y comiendo y, de vez en cuando, algún pájaro que grazna sobre nuestras cabezas. El rumor del agua compone la música de fondo de este lugar tan idílico.

—A mis padres esto les encantaría —digo suspirando—. No sé si tendremos tiempo de venir cuando regresen de Francia.

—¿Están en Francia de vacaciones? *Oh là là*… —dice Luke con tono de burla. La verdad es que me sienta un poco mal porque a Luke todo lo que no sea vivir en Williamsburg, su ciudad, le

parece ridículo—. Vacaciones en La France, ¡qué suerte!

—Sí, están en Arlés, ayudando a mi hermano, que acaba de tener gemelas. Su mujer es francesa, ¿sabes? Y los franceses normalmente viven en Francia. No tiene nada de esnob, simplemente son de allí —remato un poco enfadada, porque sé perfectamente qué pretendía con ese *Oh là là*.

Luke se calla al comprender que ha cometido un error asumiendo que mis padres son unos ricachones que normalmente se pueden permitir vacaciones en Francia o en el lugar del planeta que les apetezca. Sin embargo, como aún no estoy satisfecha, añado:

—Mis padres son muy trabajadores. Nos han sacado adelante a mi hermano y a mí con mucho esfuerzo y muchos sacrificios, Luke.

—Los míos también —murmura Luke—. Mi padre trabajaba en una fábrica y mi madre ha sido camarera y cocinera toda su vida. Perdona por asumir que los clichés se aplican a tu familia.

—No pasa nada —respondo—. Todos nos equivocamos y asumimos que los estereotipos son ciertos —Me acerco hacia él bajo la manta porque ya son casi las cuatro y está empezando a refrescar. No quiero que se forme una idea equivocada y tampoco es que llegue a tocarlo como tal.

—¿Nos vamos? —me ofrece al notar que tiemblo ligeramente bajo la manta—. Hace frío para quedarnos quietos cerca del río.

—Sí, pronto empezará a anochecer. ¡Ha sido un día estupendo, Luke! Muchas gracias por compartir este lugar conmigo —le digo con una sonrisa.

Regresamos caminando a la camioneta con la sensación de haber disfrutado de un día maravilloso en plena naturaleza. Miro a Luke bajo una luz distinta. Sigue siendo muy guapo, pero también me gusta lo que he visto en su interior.

Subimos al vehículo y, unos segundos después…

—¡No me lo puedo creer! —exclama Luke con voz descompuesta nada más encender el contacto—. ¡Es imposible!

—¿Qué pasa? —le pregunto. Está muy alterado.

—Parece que hay algún problema con una de las ruedas de atrás —me responde, señalando el indicador rojo que se ha encendido en el salpicadero—. Voy a ver —dice, y acto seguido, sale de la camioneta.

Veo que se inclina sobre la rueda trasera izquierda con gesto de preocupación. Comprueba algo un par de veces y se dirige hacia mi ventanilla.

—Tenemos una rueda pinchada —anuncia—. ¡Y no llevamos rueda de repuesto!

—¿Cómo que no llevamos rueda de repuesto? —Le miro con incredulidad. ¿Qué idiota no lleva rueda de repuesto hoy en día?—. ¿Me estás diciendo que me has traído hasta aquí, al culo del mundo, sin rueda de repuesto?

*No me lo puedo creer.*

—¿Cómo iba a saber yo que la llevamos a necesitar?

—¡Pues porque son para eso, para las pocas veces que se necesitan! Y ya se ha ido todo el mundo. ¡Estamos completamente solos!

—Oye, tampoco me grites así, que no es para tanto.

—No, ¡qué va…! —Estoy perdiendo los papeles y lo sé—. Son más de las cuatro, está anocheciendo y estamos en medio de la nada. ¡Pero no es para tanto, porque al señor Luke no le parece importante llevar rueda de repuesto! —Ya estoy gritando a pleno pulmón—. ¡Total, estamos solos!

—La saqué para trasladar unos muebles a mi puesto del mercadillo de Navidad y se me olvidó volverla a meter en la camioneta. ¡Que tampoco he matado a nadie, joder!

—Pues tú me dirás qué hacemos ahora, porque va a empezar a hacer frío de verdad en cuanto caiga la noche.

—Deja que llame la grúa. Seguro que está aquí en menos de una hora.

—¡Y por qué no la has llamado ya? ¡Es lo primero que tendrías que haber hecho!

Luke me mira con una cara a medio camino entre el odio y la vergüenza. Sabe que tengo razón, pero no lo quiere admitir. Veo que se aleja con el móvil en la oreja.

*¡Sinceramente, espero que esté llamando a la grúa!*

Casi son las cinco cuando por fin aparece la grúa por la carretera que lleva al muelle. Está anocheciendo y dentro de poco no se verá nada.

—Buenas —saluda el conductor—, ¿qué vehículo debo llevarme?

—El de mi amigo, que ha decidido que no pasa nada por salir de excursión a un parque natural sin rueda de repuesto —le suelto en cuanto se baja de la grúa.

—No es exactamente así —protesta Luke—. El problema es que…

—Miren, que a mí me da igual. Sinceramente, no me interesa lo más mínimo. Yo me llevo el vehículo y listo. Ya se las apañan ustedes luego con sus cosas —nos dice sin levantar la vista de un portafolios donde está anotando algo.

—¿Y cómo salimos nosotros de aquí? —pregunto, al ver que en la grúa solo hay hueco para un pasajero.

—Pues no lo sé, y tampoco es mi problema —dice el pasota de la grúa—. Llamen ustedes a un taxi o lo que tengan contratado en su póliza de seguro. Pero dada la hora que es y que hoy es día de diario, dudo mucho que nadie quiera venir hasta aquí. Todos tenemos familia…

—Ya se, ya me han contado todo eso de las cenas familiares más de una vez —corto al gruista—. Pero algo tendrás contratado, ¿no, Luke? No sé, recogida, vehículo de sustitución…

—Nada —contesta Luke en un murmullo casi inaudible.

—¿Perdona? No te he oído, ¿puedes repetirlo? —le pregunto porque no doy crédito a lo que creo haber escuchado.

—¡He dicho que nada! —grita Luke—. Contraté el seguro más barato que me ofrecían y no tengo nada previsto para estos casos. Si nunca me pasa nada, ¿qué quieres que haga?

—¡¿Entonces cómo vamos a salir de aquí?! —le pregunto a gritos.

La noche cada vez es más oscura y la situación más preocupante.

—¡Yo qué sé! —me contesta Luke también a gritos—. ¡Ni que fuera adivino!

—¡Todo esto es culpa tuya! —le recrimino.

—Yo solo quería que disfrutaras un poco, ¿y así me lo agradeces? —replica Luke de malos modos.

—Oigan, que yo no me quiero meter, no se vayan ustedes a creer, pero a lo mejor podrían ir hasta el hotelito que hay más adelante en la carretera. No es lujo asiático, pero podrán pasar la noche a cubierto. A mí me parece un sitio de lo más romántico, con chimenea en las habitaciones y mantas gruesas con las que arroparse….

—Eso a nosotros nos da igual, porque no somos pareja —salto como si me hubieran clavado un alfiler para aclarar las cosas inmediatamente.

—Desde luego. Ni siquiera somos amigos de verdad —añade Luke, que cada vez está más cabreado.

—Como quieran. A mí me parece que ese sitio está muy bien, pero ya veo que son ustedes de

ciudad y están acostumbrados a más lujo —dice con cierto retintín—, así que… Yo ya me voy, que se me hace tarde y me espera la parienta con la cena —remata, mirando el reloj.

—¿Cómo se atreve? —le grita Luke todo ofendido—. ¡Yo no soy de ciudad!

—Lo que usted diga, jefe. Yo ya me voy. Aquí tiene mi tarjeta, por si se quiere acercar mañana a por su vehículo. Lo dicho: unos cuarenta minutos andando por el arcén y llegan sin ningún problema a Laurel Grove Lodge.

Sin añadir una palabra más, el hombre se da media vuelta, se monta en la grúa y desaparece por la carretera. Ya casi es noche cerrada y la situación empieza a ponerme nerviosa.

—Vamos —le digo a Luke, porque la oscuridad empieza a pesarme y no estoy dispuesta a admitir que tengo un poco de miedo—. ¡Venga, date prisa!

—Un momento, que un minuto más no va a ninguna parte. Se me han desabrochado las botas.

No me lo puedo creer. En una situación como esta y Luke está ahí, en medio de la carretera, abrochándose los zapatos como un colegial. Estoy que me subo por las paredes.

—¡¡Vamos!! —grito, y tiro de Luke agarrándole por la mano. Claro que no tengo en cuenta que pesa mucho más que yo y, al tirar tan bruscamente, acabo aterrizando de bruces sobre la carretera.

Noto la humedad fría de la nieve en la cara. De repente, siento que Luke me coge suavemente por los hombros y me entra la risa floja.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? ¿No te has hecho daño? —me pregunta, preocupado al notar mi temblor.

Sentada en medio de la carretera, me aparto el pelo de la cara y empiezo a reír a carcajadas. Me río como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Noto que el nudo que me oprimía el estómago desde hace ya muchos meses se va deshaciendo poco a poco.

—¿Entonces no te pasa nada? —me pregunta Luke de nuevo.

—No —contesto entre carcajadas—. Es que… —No puedo acabar la frase porque soy incapaz de contener la risa. Luke empieza a sonreír y se sienta a mi lado—. Menos mal que los pantalones son impermeables —consigo decir entre las risotadas—. ¡Voy perfeccionando mi estilo con cada nueva caída!

—Anda, deja, que te ayudo a levantarte —Luke me da la mano y tira de mí. Cuando consigo ponerme de pie, estamos muy juntos, más de lo que esperaba. Con la tenue luz del crepúsculo, contemplo su ancha sonrisa, que ahora vuelve a ser auténtica—. Pongámonos en marcha.

# Luke

—Mira, ahí está —me dice Cassie cuando el camino gira en un pequeño recodo. En efecto, a lo lejos se empiezan a ver las luces del hotelito.

—El de la grúa tenía razón —comento—. Hemos tardado poco más de cuarenta y cinco minutos andando. ¡Tampoco ha sido para tanto!

—Lo podemos añadir al cúmulo de imprevistos que me van sucediendo desde que llegué a Williamsburg —me responde Cassie con una sonrisa. Parece que el mal humor que tenía se ha desvanecido totalmente por el camino—. He de reconocer que el paseo bajo la luz de la luna ha sido muy bonito. Un poco fresco, no nos vamos a engañar, un poco molesta la nieve a ratos, pero bonito.

—No me negarás que te llevo a sitios de lo más bucólicos… —le digo riendo.

—Completamente cierto, te lo concedo. Veremos a ver cómo es esté maravilloso hotelito que nos ha vendido el de la grúa —Noto un cierto tono burlón en la palabra «maravilloso». No me extraña, porque yo tampoco tengo muy claro que el gruista tenga el mismo concepto de lugar maravilloso que nosotros.

—Venga, no seas aguafiestas —la regaño en broma, dándole un golpecito en el hombro—. Vamos a intentar disfrutar el contratiempo tanto como podamos, ¿no te parece? —La tomo del brazo para dirigirnos al alojamiento con paso marcial—. ¡Un, dos, un, dos!

Según nos vamos acercando a las luces, vemos que entre la nieve emerge una construcción de ladrillo rojo bastante grande, aunque no enorme. Se encuentra al final de un claro en medio del bosque. Los setos están cubiertos de nieve y, entre las hojas de los arriates que bordean el camino, titilan sutilmente lucecitas de colores aquí y allá. Justo en ese momento, comienza a nevar ligeramente y, al caer, los copos de nieve se tiñen del color de las luces. Cassie se detiene a contemplar el espectáculo. La miro y veo que se siente maravillada.

—Si en este momento apareciera la Reina de las Nieves de los cuentos de mi infancia, envuelta en pieles y montada en un trineo tirado por perros samoyedos, no me extrañaría lo más mínimo —murmura en voz muy baja, como si temiera alterar la paz del espectáculo que se abre ante nuestros ojos. Se agarra fuerte a mi brazo, emocionada.

—Vamos —le susurro al oído.

Así, del brazo, empezamos al recorrer el sendero que nos lleva a la puerta principal. Avanzamos en silencio, dejando que el espíritu de quietud que reina en el exterior nos envuelva mientras caminamos. Solo se oye el leve crujido de nuestros pasos sobre la nieve virgen. Cuando llegamos a la puerta, comprendo que hemos llegado por un camino secundario, porque no se ve ningún coche ni zona de aparcamiento. Por un segundo, me vuelvo a contemplar el camino que hemos recorrido, donde solo se ven las huellas que acabamos de dejar nosotros.

—¿Adelante? —pregunto a Cassie.

—Adelante —me responde.

Le abro la puerta y entramos directamente a la recepción.

—Buenas noches —Cassie se adelanta hacia el mostrador, que está en un lateral—. ¿Perdone?

Me he quedado absorto contemplando el interior. Había oído hablar de este lugar, pero no lo conocía. ¡Y está a poco más de una hora de mi casa! Está decorado con muchísimo gusto y desprende calidez en todos los detalles. Hay una chimenea encendida que caldea el ambiente y ayuda a crear esa atmósfera tan invernal. No hay a la vista ni uno de esos adornos cursis de plástico que venden en los grandes almacenes de esos colores verde y rojo tan falsos…

—¿Perdone? —La voz de Cassie me devuelve a la realidad y me acerco con ella a la recepción.

—¿Ocurre algo? —le pregunto.

—Que este hombre…

—Jean Claude. Lo tiene aquí escggito, ¿lo ve? —dice el recepcionista señalando una plaquita que tiene en el pecho.

—Pues que Jean Claude parece no entender que necesitamos dos habitaciones.

—No es que no lo entienda, señoggita —protesta Jean Claude, arrastrando todas las erres y alguna más—. Es que solo me queda una habitación con una cama *king-size*, y no pensé que eso fuegga un pggoblema para una paggeja…

—Ya le he dicho, Jean Claude, que no somos «paggeja».

—A mí no me tiene que explicagg nada, señoggita —replica Jean Claude mientras escribe algo en un papel… Me inclino un poco y veo el periódico local. Creo que hemos interrumpido su crucigrama nocturno—. Cada uno lo llama como quiegge…

—De verdad, que no hay nada que llamar de ninguna forma —intervengo—. En cualquier caso, podría ponernos una cama supletoria, ¿no?

—¿Una cama supletoggia, dice? ¿Vienen con niños?

—¡No! —respondemos Cassie y yo gritando a la vez.

—Ah, *mon Dieu*, no hace falta ggitagg —Jean Claude nos mira enfadado—. Aquí nuestros huéspedes vienen a descansagg. Un momento… No, tampoco nos quedan supletoggias. Tendrán que conformarse con los juegos de paggeja sobre la cama *king-size*…

—¡Le digo que no somos pareja! —Cassie se está poniendo nerviosa.

—Mire, denos lo que tenga y ya está. Nos apañaremos —Veo cómo me mira Cassie—. No te preocupes, soy un caballero. ¡Puedo dormir en el suelo perfectamente!

—¿Se han decidido ya? —dice Jean Claude, levantando la vista del crucigrama. Veo que tiene una llave en la mano y casi se la arranco a la fuerza.

—Sí, nos la quedamos —Saco la cartera para pagar, pero Cassie me detiene.

—¡Ni hablar! Pago yo, que siempre invitas tú y a mí me gusta compartir gastos. Además, la grúa te va a salir por un ojo de la cara, ¡ya verás! —Cuando me quiero dar cuenta, Jean Claude ya ha pasado la tarjeta por el datáfono y le está dando el recibo a Cassie.

—Bueno, ya pagaré yo la cena —digo con una sonrisa, admitiendo la derrota.

—¡Teggcega planta, al final del pasillo! —oímos decir a Jean Claude justo cuando se cierran las puertas del ascensor.

Al llegar a nuestra planta, localizamos rápidamente la habitación. Estoy deseando llegar y darme una ducha, pero no sé qué preferirá Cassie. Y, dado que tendremos que compartir habitación, debo tener un cuidado especial con lo que hago y digo.

Al abrir la puerta, nos quedamos mudos de asombro. *¡Es una habitación enorme!* La cama es una de las más grandes que he visto nunca y, en el extremo opuesto, hay una chimenea encendida. Delante de la chimenea, una alfombra de pelo largo llena de cojines invita a relajarse, con cálidas mantas apiladas junto a ella.

—¡La habitación es preciosa! —exclama Cassie sin poder evitarlo.

—Creo que no tendré problemas para dormir en el suelo —le digo con una sonrisa—. ¿Te parece que nos aseemos y bajemos a cenar algo?

—Me parece un plan estupendo. Me comería un elefante, pero me apetece muchísimo darme antes una ducha, aunque me tenga que volver a poner la misma ropa.

—Pues, si quieres, entra tú primero al baño y, mientras, voy haciendo unas llamadas. Mi madre vive sola y prefiero que sepa dónde estoy, por si necesita ayuda —le explico.

Me siento en la cama para llamar a mi madre.

—¡Esto tiene miles de chorros! —grita Cassie desde el baño—. ¡Ya verás qué gozada!

Cuando acabo de hablar con mi madre, escribo a Sam.

***Luke:** *Hemos tenido un problema con la camioneta.*
*Cassie no irá a dormir esta noche al hotel.*

***Sam:** *¿Estáis bien?*
*¿Habéis tenido un accidente?*

***Luke:** *No, no seas agorero.*
*Hemos pinchado y no tenía la rueda de repuesto.*

***Sam:** *¡Mira que te lo digo siempre!*
*Pero no hay mal que por bien no venga,*
*¿eh, pillín? ;) ;)*

***Luke:** *¡QUE NO ES ESO!*
*Solo quería avisarte.*

***Sam**: *Vale, vale. ¡Cómo te pones!*
*¿Dónde estáis?*

***Luke:** *En el Colonial Lodge.*

***Sam:** *¡Qué romántico!*
*Un sitio genial para llevar a Cassie.*

***Luke:** *¡DIOS, QUÉ PLASTA ERES!*
*Ya sale del baño, te dejo.*

***Sam:** *¿Del baño? ¿Estáis en la misma habitación?*
*No me dejes en leído, ¿eh?*

—¡Uf, me siento muchísimo mejor! —afirma Cassie con una sonrisa cuando sale envuelta en el albornoz de la habitación—. Me visto en un momento y estoy lista para comerme ese elefante.

—Bueno, me toca —digo, y me cruzo con ella en la puerta del baño. Huele a limpio, y el aroma del gel del alojamiento se mezcla con su piel—. No te preocupes, me daré prisa.

Entro en la ducha y me desvisto rápidamente. El agua caliente sobre mi cuerpo me tranquiliza. Cuando empezó el día, ni por asomo pensé que acabaría en la misma habitación que Cassie. No es que me importe estar con ella, es que no quiero dar un paso en falso. Me gusta y me parece adorable, es cierto, pero creo que ahora no es el momento de comprometerse, ni para mí ni para ella.

Pero tenía razón: ¡los chorros son magníficos! Parece que te devuelven las energías. Salgo de la ducha, me seco y me visto rápidamente.

—¡Cassie! —la llamo—. Voy a salir del baño, ¿estás visible?

—Sí, cuando quieras.

Salgo y la veo ya completamente vestida, con el pelo alborotado a medio secar con la toalla, esperándome sentada en la alfombra junto a la chimenea. Está preciosa.

—¿Vamos? —me dice, levantándose con agilidad de la alfombra—. Se está muy bien aquí, pero tengo muchísima hambre. Si quieres luego, después de cenar, pruebas. ¡La alfombra con los cojines resulta comodísima!

Abro la puerta y se la sostengo. Cassie me sonríe y salimos charlando animadamente de la habitación. Luego cruzamos el vestíbulo para ir al restaurante.

—Espero que aquí tengan algo mejor que el menú del hotel de Sam los días de diario —dice Cassie.

—¡Adiós, paggejita! —oímos a Jean Claude.

—¡Que no somos pareja! —le replico.

—Bah, déjalo. Estoy convencida de que lo hace por fastidiar —me dice Cassie y me coge del brazo para empujarme hacia el comedor. Me vuelvo giro a mirar al conserje y le veo agachar la cabeza sobre el crucigrama intentando disimular una risita. Cassie tiene razón. ¡Solo quiere marearnos!

Llegamos al comedor y vemos que hay varias mesas ocupadas.

—Por aquí —nos indica muy atentamente un camarero que se nos acerca.

Poco después, nos sienta en una mesa junto a una cristalera que da al jardín principal. Es precioso, decorado también con tenues lucecitas, pero la atmósfera del sendero por el que hemos llegado nosotros es imposible de replicar. Vemos que entran y salen huéspedes por la puerta principal y hay varios vehículos estacionados en el aparcamiento lateral.

—Es bonito, pero aquí no aparecería de repente la Reina de las Nieves —afirma Cassie.

—¿Cómo sabías lo que estaba pensando? —pregunto asombrado.

—No lo sabía. ¡Simplemente estaba pensando lo mismo que tú! Que es imposible igualar lo que sentí al llegar al hotelito por el sendero de atrás…

Nos miramos a los ojos y sonreímos. La verdad es que ahora, limpios, descansados y dispuestos a comer, me siento muy a gusto con ella.

—¿Desean el menú del día? —nos ofrece el camarero que se ha acercado a nuestra mesa—. Venado asado con verduras de temporada, puré de manzana y mermelada ligera de arándanos…

—¡Perfecto! —exclama Cassie—. ¡Se me hace la boca agua! ¿Te parece bien, Luke?

Asiento con la cabeza, sonriendo. Cassie es impulsiva, pero siempre se detiene a pensar en los demás.

—¿Un tinto de California para acompañar la carne? Tenemos un Cabernet que marida a la perfección con la caza… Les traigo una botella —confirma el camarero al ver nuestro gesto de asentimiento.

—Bueno, Luke, cuéntame. Entonces, ¿vives con tu madre? —me pregunta Cassie—. Lo digo

porque como la has llamado para que no se preocupara…

Me echo a reír porque veo por dónde va. Quiere saber si soy de esos que no se separan de las faldas de su posesiva madre.

—No, no vivo con ella. Vivo en una cabaña en College Landing Creek, al sur de la ciudad. En realidad, la cabaña es casi más pequeña que mi taller, pero me gusta. En cuanto a mi madre, soy hijo único y considero que es mi deber estar pendiente de ella, que ya es mayor. Además, ¡me gusta hacerlo!

—Entonces, eres un hombre familiar…

—Se podría decir así. Mis padres hicieron grandes sacrificios por mí cuando era niño y, cuando al fin podrían haber disfrutado, mi padre sufrió un infarto y falleció. Por eso estoy tan pendiente de ella. No tiene a nadie más… Ten en cuenta que todavía les tocó vivir tiempos muy duros a causa del color de nuestra piel. Ahora eso parece tener menos importancia, pero cuando ellos eran niños, en los años 50 y 60, las cosas eran muy diferentes.

—Entonces, ¿por qué se quedaron en Virginia y no emigraron hacia el norte? —pregunta Cassie.

—Porque esta es nuestra ciudad, la ciudad de mis padres y mis abuelos.

—Ya veo… Lo entiendo —murmura Cassie.

—Hablemos ahora de ti —digo, en parte para cambiar de tema y en parte porque me apetece conocerla un poco mejor—. Este vino está riquísimo, ¿no?

—¡Sí que lo está! —asiente Cassie, y rellena las copas—. ¿Qué quieres saber?

Siento que la comida y el vino me van haciendo recuperar las fuerzas, y mi cuerpo está entrando en calor. Miro a Cassie. Está preciosa, con las mejillas sonrosadas de la caminata de hoy, el pelo un poco alborotado porque se ha tenido que peinar con los dedos y un mechón rebelde que no hace más que caer sobre esos preciosos ojos verdes. Se lo retiro con cuidado y se lo coloco detrás de la oreja. Cassie me mira sorprendida, pero me deja hacer.

—Me gustaría saber por qué ese trabajo es tan importante para ti. Pero quiero saber la verdad —pregunto, mirándola a los ojos.

—¿Postre? —nos ofrece el camarero mientras retira los platos.

—No, gracias. ¡Estoy llena! —dice Cassie.

—Yo tampoco, aunque sí me apetecería una copita… —añado yo.

—Lo siento mucho, caballero, pero los días de diario el bar cierra pronto —se disculpa con amabilidad el camarero—. Aunque siempre pueden pedir una botella de champán en recepción y se la subirá el servicio de habitaciones…

—¿Te apetece? —pregunto a Cassie, mirándola con una sonrisa.

—¡Mucho! Ya me imagino con una copita, frente a la chimenea…

—¡Decidido!

Nos levantamos y vamos a recepción a encargar el champán a Jean Claude.

—¿Una botella de *champagne* a la habitación, con dos copas? —pregunta sin levantar la vista de su periódico—. ¡Por supuesto, paggeja! Ahogga mismo.

—¡Que no somos…!

—Déjalo —me interrumpe Cassie—. Yo ya me he rendido.

Vemos que encarga la botella mientras nosotros nos dirigimos al ascensor. Casi a la vez que llegamos a nuestra planta, aparece un botones con un carrito que ha subido por el ascensor de servicio.

—¡Qué rapidez! —susurra Cassie. Asiento con la cabeza y voy a abrir la puerta de la

habitación.

—Déjelo ahí mismo —le indico, y le despido con una pequeña propina.

—Mira, la chimenea sigue encendida. Ven, ¡se está tan calentito…! —me anima Cassie.

Acerco el carrito con la botella de champán metida en el cubo de hielo y sirvo dos copas. Me descalzo y me siento a su lado.

—¡Salud! —dice Cassie.

—Salud —contesto, y chocamos las copas.

No puedo dejar de mirarla a los ojos. Las llamas ondean en una seductora danza en sus pupilas y su cabello rubio brilla con el reflejo cambiante del fuego. Le vuelvo a retirar el mechón rebelde.

—Me ibas a decir por qué ese trabajo es tan importante para ti. Y me ibas a decir la verdad.

La veo dudar. Estamos sentados muy cerca, tal vez demasiado. Se bebe de golpe todo el champán que le queda en la copa y se aclara la garganta.

—Es cierto que el trabajo me gusta —empieza—. Es más, no te miento si te digo que me gusta mucho, pero no es solo eso —Se detiene. Veo cómo los engranajes de su cabecita se han puesto en marcha—. ¿Me pones un poquito más?

—¿Así?

—Perfecto —Carraspea—. Esto que te voy a decir no lo he hablado con nadie, ni siquiera con Daisy, mi mejor amiga.

La escucho con toda mi atención. Veo en su rostro que necesita sincerarse conmigo, pero, sobre todo, consigo misma. Quiere poner en palabras algo que intuye, pero que quizás no se ha confesado nunca a sí misma.

—Creo que me agarro a este trabajo por mis padres —afirma. Me mira a los ojos sin saber qué reacción esperar—. Se han esforzado tanto por mi hermano y por mí que temo defraudarles —La miro y le acaricio la mano, invitándola a seguir—. Mi hermano estudió ingeniería y tiene un trabajo fantástico en una multinacional de energía eólica. Conoció a Brigitte y se casaron hace año y medio. Como te dije, ahora vive en Arlés, en el sur de Francia.

—Es verdad, algo me comentaste.

—Sí, y este verano tuvo dos niñas gemelas preciosas a las que solo conozco por fotos, porque aún no he podido ir a Francia —me sigue explicando—. En cambio, yo me empeñé en estudiar Bellas Artes. Mis padres, que no tienen mucho dinero, me pagaron la carrera de mis sueños, pero tienes que ser muy bueno para vivir de eso.

—Te entiendo —digo con comprensión—. Es más fácil ganarse la vida con un oficio que vendiendo cuadros o esculturas.

—¡Exacto! —La cara de Cassie se ilumina—. Tú lo entiendes… Por eso me dedico a la publicidad y quiero demostrarme que puedo triunfar en ese campo. ¡No quiero tirar el dinero y el esfuerzo de mis padres por el desagüe!

—Pero este trabajo te está matando, se ve a millas de distancia…

—Tal vez, Luke, pero no veo otra salida que seguir esforzándome. ¡Bueno, dejemos el tema! ¿Por qué no bailamos un poco? ¡Me apetece muchísimo bailar! —grita Cassie—. Voy a poner algo de música —La veo levantarse a por el móvil. Tiene una figura grácil, con movimientos de gacela. El resplandor ondulante de las llamas me hace verla bailar antes de empezar—. ¡Esta me encanta! Ven, Luke —Me tira de la mano para levantarme y la música empieza a sonar.

—¿*Honey Boy*? —pregunto sonriendo al reconocer la música—. *Honey boy, you're too young, but let me give you a night you won't forget* —afirmo, poniendo voz grave.

—*I can feel the magic every time I see her dance…* —canta Cassie con la canción.

—¿Eso no lo debería decir yo? —me quejo entre risas—. *Everyone around us watching as she takes my hand!* —continúo con la canción mientras me muevo al ritmo y la tomo de la mano.

De repente, me detengo en seco. ¡Están llamando a la puerta!

—Voy yo —le digo a Cassie—. No te preocupes.

Abro la puerta y aparece el botones.

—Siento interrumpir —Cassie, avergonzada, apaga la música—. Un huésped se ha quejado porque ha oído música por el pasillo según bajaba a la salita de estar.

—Perdone, no queríamos molestar a nadie —me disculpo.

—No pasa nada. Es un huésped un poco especial y yo tengo que decírselo porque es mi obligación —me responde el botones—. Ni siquiera duerme en este lado del pasillo y, además, estará abajo una hora o así —explica—. Ahora mismo no creo que molesten a nadie —sonríe—. Ustedes, a lo suyo. ¡Que lo pasen bien! Buenas noches.

—¿Has oído? —le pregunto a Cassie—. ¿Seguimos?

Sin ni siquiera responderme, la música vuelve a sonar.

*I was young, I never danced, would never dare*

*Because I thought I wasn't good enough…*

—Juraría que la has puesto más alta que antes —digo sin poder reprimir la risa.

—*My-my, oh my-my, won't you come and let me dive?* —es la respuesta de Cassie mientras se mueve sugerente a mi alrededor.

Apago la luz de la entrada y bailamos sin parar a la luz de las llamas de la chimenea. Nos vamos emocionando y acercándonos el uno al otro, descalzos, brazos en alto, siguiendo el ritmo disco de la canción. Cierro los ojos. La música me transporta. Siento a Cassie muy cerca, aunque ni siquiera nos rozamos. Cuando está a punto de acabar la canción, Cassie canta a voz en grito:

—*We could do whatever you like, my-my, oh my-my, gimme something, gimme something!*

De repente, no sé cómo, tropieza con un cojín y siento que se cae encima de mí. Aterrizamos en el amasijo de mantas que hay encima de la alfombra, riéndonos a carcajadas, mientras seguimos oyendo la canción.

—¡Cuidado, *Honey Boy*, que me aplastas! —dice Cassie muerta de la risa, mientras se aparta. La habitación está a oscuras, a excepción del piloto de emergencia y las llamas que siguen bailando al ritmo de *Honey Boy* en la chimenea—. La verdad es que lo estoy pasando genial, Luke. Hacía tiempo que no me reía tanto. ¿Me sirves otra copita de champán? Tanto baile me ha dado sed.

—¡A mí también! —Sonrío. Está guapísima, despeinada, relajada, sentada a mi lado como si no tuviera una sola preocupación en el mundo—. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien…

—Gracias —me dice cuando le doy la copa y brindamos—. ¡Chinchín! —Me mira de una forma diferente, estoy seguro. Algo ha cambiado entre nosotros. Es como si la tensión que Cassie sentía todo el tiempo hubiera desaparecido—. ¿Y si jugamos a algo? ¿Te apetece?

—¿Por qué no? —acepto encantado. Me siento tan relajado como ella y me dejo llevar por lo que quiera hacer.

—¡Dos mentiras y una verdad con prendas! ¿Te atreves? —me reta.

—¡Claro que me atrevo! ¿Y tú? —respondo desafiante. Me ha parecido que a Cassie le brillan los ojos de un modo especial. No puedo apartar la mirada de su rostro porque me da miedo que esta noche tan fantástica no sea más que un sueño—. Empiezo yo.

—Vale, cuando quieras.

Cassie se sienta con la espalda recta, preparada para la primera ronda.

—Allá voy. Me gusta el fútbol, odio el pescado y nunca he tenido novia —Suelto las tres de golpe.

—¡La del fútbol es la verdad! —grita Cassie—. Estoy segura.

—Acertaste. Que conste que te lo he puesto fácil. Te toca.

—Espera, primero un sorbito de champán… Ahora. Odio el fútbol, odio el pescado y nunca he tenido novio.

—¡La del fútbol, copiona! —No puedo reprimir las carcajadas—. Por lo menos, ahora sé que te gusta el pescado. Voy a por la segunda: Nunca he ido a una discoteca, nunca he salido de Williamsburg y nunca he dejado a nadie.

—¡Nunca has ido a una discoteca!

—¡Error! La verdadera es que nunca he dejado a nadie, siempre me dejan a mí. ¡Pues claro que he ido a una discoteca! ¿Quién crees que soy, un troglodita? Si me acabas de ver bailar… ¡Prenda, prenda!

—Ahora que lo pienso… —empieza Cassie—, solo tengo una, dos… ¡cuatro prendas!

—Mala suerte, ¡vas a tener que elegir! —la obligo entre risas.

—¡Elijo los *leggings*! —Dicho y hecho, se levanta y se empieza a quitar los *leggings*. Por primera vez, admiro esas piernas que solo he imaginado. Largas, delgadas y bien torneadas. Se vuelve a sentar, dispuesta a seguir con el juego.

—Sabes que esto puede acabar…

—¡Mal! —Cassie se echa a reír—. ¡Te advierto que tengo muy mal perder! Bueno, allá voy: Nunca he estado en Nueva York, nunca he estado en Los Ángeles y nunca he estado en San Francisco.

—¡Eso es trampa! —protesto—. ¿Cómo lo voy a saber?

—Adivina…

—Venga, me arriesgo: Los Ángeles.

—¡Fallaste! —me dice triunfal—. La verdad es que nunca he estado en San Francisco. ¡Prenda!

—Elijo la camiseta —Las sensaciones de la noche me aconsejan no quitarme los pantalones, si puedo evitarlo. Me cubro un poco la entrepierna con una de las mantas para disimular. Me quito la camiseta y pillo a Cassie mirándome con disimulo. Me alegro de no haberme quitado los pantalones—. ¿Seguimos?

—¡Claro! —dice Cassie sin dudar—. ¡Te toca!

La miro. Solo le quedan las braguitas, la camiseta y el sujetador. Decido ponérselo fácil para poder detener el juego a tiempo.

—Sam no es mi amigo, no tengo hermanos y no me gusta Williamsburg.

—¡No te gusta Williamsburg!

—¡Cassie!

—En el fondo no te gusta, reconócelo —dice. No sé si va en serio o en broma.

—¡La verdad es que no tengo hermanos! ¡Y lo sabes porque te lo he dicho en la cena!

—¿Me he equivocado? Será el champán… ¡Entonces tengo que pagar prenda! —De repente, veo que Cassie empieza a quitarse la camiseta. Intento detenerla.

—No es necesario… —Cuando tiro de su camiseta hacia abajo, encuentro su boca peligrosamente cerca de la mía.

—Luke… —me susurra.

—¿Estás segura? No quiero que… —No consigo acabar la frase, porque enseguida siento su lengua dentro de mi boca, explorando, empujando. De repente, se detiene.

—Claro que estoy segura —me susurra.

Esta vez soy yo quien se abalanza sobre su boca. Le acaricio la melenita rubia, se la aparto hacia atrás y profundizo en el beso.

La rodeo con mis brazos y le acaricio la cintura, para luego subir por la espalda. Palpo sus dientes con la lengua. La atraigo hacia mí, sintiendo su calor sobre mi cuerpo. Cassie me acaricia la espalda, deteniéndose en cada centímetro. Se separa de mi boca y se acerca a mi oído.

—Te deseo —me dice, y me muerde el lóbulo de la oreja.

No sé qué me ha excitado más, si su pasión o sus labios sobre mi oreja, pero ya no puedo más. Me separo y le quito la camiseta con un solo movimiento. Veo su pecho crepitar contra las llamas de la chimenea y le bajo los tirantes del sujetador. Aparecen ante mí dos senos erectos que tiemblan como flanes, rematados con dos pálidas cerezas. La tentación es demasiado grande y mi boca se lanza a por ellas sin que lo pueda evitar.

—¡Luke! —Cassie se arquea para facilitar que mi boca saboree esos senos nevados rematados con dos deliciosas guindas—. ¡Sigue, por favor!

Me desabrocha los pantalones con un hambre voraz. Noto cómo mi pene crece en su jaula de tela al sentir la cercanía de su mano. Cierro los ojos para sentir las caricias de sus manos sin que nada me distraiga. De repente, los dedos de Cassie alcanzan mi glande y gimo de placer.

La deposito cuidadosamente sobre la alfombra para contemplar su cuerpo mientras me acabo de quitar los pantalones. Mi miembro empieza a luchar por deshacerse de toda la ropa. Por debajo de mí, veo un cuerpo perfecto, sonrosado a la luz de la chimenea, que tiembla mientras me acaricia el pecho, siguiendo delicadamente el contorno de mis músculos con el dedo, como si los estuviera memorizando.

—Luke… —vuelve a decir, y me tumbo sobre ella. Mi pene busca su abertura, creciendo e hinchándose con la perspectiva de conocerla por dentro y por fuera. Siento su mano acercándose a mi entrepierna y no puedo resistirlo más. Ataco sus pechos mientras deslizo mis manos por su delicadísima cintura. Desciendo, reptando lentamente por su cuerpo, conociéndolo, admirándolo, saboreándolo con mi lengua mientras envío las manos de avanzadilla a su abertura.

*¡Está húmeda!*

Eso es que me desea, pero Cassie me aprieta la cabeza contra su cuerpo y decido que mi pene tendrá que aguantar un poco más. Levanto la vista y miro sus senos desde aquí, en perspectiva, apoyando la cabeza sobre el montículo que protege su sexo. Deslizo la lengua hacia el lugar de donde proviene la humedad y la contemplo, con su espalda formando un puente sobre las mantas y los pezones, duros como rocas, apuntando al techo. Le acaricio los pechos y bajo un poco más con la boca, deseando saborearla al máximo, dejando que mi lengua vibre al ritmo de su cuerpo sobre su clítoris, entrando y saliendo, sintiendo cómo crece su ola de placer, cómo recorre todo su cuerpo y se tensa hasta soltar un grito gutural de liberación.

—Luke… —la oigo gemir de nuevo y noto cómo se tensa su cuerpo con cada caricia. Subo por su cuerpo, de nuevo reptando y recorriéndolo con la lengua en sentido contrario mientras mis manos se entretienen jugando a la entrada de su abertura—. ¡Sí! —gime de nuevo.

Ya he llegado a su boca y mi miembro se excita al apoyarse sobre el sexo de Cassie y notar la humedad. Con las manos, lo acerco a su entrada y noto que se tensa. No recuerdo haber deseado a nadie tanto como a ella.

—Cassie, subamos a la cama… —le digo. Asiente con la cabeza y la cojo en brazos. Es ligera como un pajarillo.

La tumbo sobre la cama y me pongo encima. Cassie responde a mis caricias con gemidos. Jugueteo en su entrada, pero ya no puedo esperar más. Ejerzo una presión deliciosa con el pene y el sexo de Cassie se abre como una flor para recibirme. No tardo en escuchar cómo cambia su respiración.

—¡Luke, sigue, te quiero aún más dentro!

La arrastro a los pies de la cama y la penetro hasta el fondo. Siento su calor alrededor de mi miembro duro y me enciendo. La levanto y la siento encima de mí, izándola y bajándola, primero suavemente y aumentando el ritmo poco a poco.

De pronto, noto en mi pene una corriente de calor que recorre su interior y me atraviesa el cuerpo. Ella gime como si me alentara a no parar nunca.

—¡Quédate ahí, Cassie! —grito con todas mis fuerzas, y empujo a un ritmo endiablado. Siento toda la energía que se va acumulando y no me detengo hasta que llego al éxtasis de la liberación y me derramo en su interior—. Quédate…

# 15

# Cassie

*¡Cómo me duele la cabeza, por Dios!*

Me despierto con una extraña sensación de pesadez en todo el cuerpo y la cabeza a punto de estallar. *¿Cuánto bebí anoche?* Me esfuerzo por recordar todo lo sucedido, pero no sé qué partes son reales y qué partes he soñado. Cojo el móvil por si me ha llamado alguien y veo la hora. *¡Son las nueve! Las nueve del martes… ¡No, del miércoles!* Y no sé nada del trabajo. No veo ningún correo electrónico de la agencia. Es como si ya no existiera para ellos. Tengo que llamar o hacer algo, cualquier cosa. Seguro que Ray está a punto de quedarse con mi trabajo.

De repente, me doy cuenta. *¡Estoy desnuda!* Yo nunca duermo desnuda. Siempre uso el pijama de pantalón corto que me da una cierta sensación de seguridad. *¿Dónde estoy?* Esta no es mi habitación del Richmond's Inn, estoy segura. Doy media vuelta en la cama para ver si me vuelve la memoria y me encuentro con una espalda enorme, perfecta, descubierta, iluminada por los rayos de la mañana que entran por la ventana.

*¡Es Luke!*

En un segundo, los recuerdos de anoche se agolpan en mi memoria. *¡Luke!* Empiezo a recordar la excursión, el conductor de la grúa, la caminata, la habitación en el hotelito con su chimenea y sus mantas…

*¿Qué he hecho?*

«Disfrutar, Cassie, lo que has hecho es disfrutar». Juraría que he oído la voz de mi amiga Daisy hablándome a la oreja. Ya sé que no puede ser real. Creo que todavía me queda alcohol en el cuerpo y estoy alucinando. *¿Cuántas botellas nos bebimos?* Miro la mesa al lado de la chimenea y solo veo una botella de champán y dos copas. No fue tanto. El problema es que me ha sentado terriblemente mal y tengo una resaca de caballo.

Con mucho cuidado, me vuelvo hacia Luke. Veo cómo su espalda sube y baja lentamente al ritmo de su respiración. Parece dormir plácidamente, sin ninguna preocupación. Sin darme cuenta, me encuentro delineando su silueta en el aire, marcando los músculos que definen su columna. Me acercó a él para dibujar su cintura con mayor precisión y mis dedos tocan sin querer esa piel de color caoba que anoche me volvió loca. Noto que su cuerpo reacciona ante mis manos y me retiro rápidamente por miedo a despertarle.

Me levanto y me dirijo directamente al baño. Tengo que darme una ducha y pensar. En la puerta, me giro y contemplo a Luke, durmiendo como un bebé, con el cuerpo completamente relajado. Yo soy incapaz de dormir así. Duermo encogida, en tensión a causa de todas las preocupaciones que me rondan por la cabeza, como la agencia.

*¡La agencia!*

Luke me ha vuelto a distraer y ni siquiera me he puesto en contacto con ellos para explicarles mi problema. ¡A este paso, me voy a quedar sin trabajo! Tengo que conseguir recuperar mis archivos y ponerme en serio con la cuenta antes de que me la quiten. ¡Como siga así, se la voy a ceder a Ray en bandeja!!

Me lavo lo esencial para no hacer mucho ruido y me visto a toda velocidad. Recojo todas mis cosas y bajo directamente a la recepción.

—¡Buenos días, señogita! —me dice con toda amabilidad el recepcionista.

Le miro con cara de extrañeza porque anoche me pareció muy borde e increíblemente maleducado. ¡Incluso eché de menos a Sam en su papel de recepcionista-botones-cotilla de primera! De todas formas, he de reconocer que este pobre debe llevar casi doce horas seguidas en la recepción, así que decido ser amable.

*¡Eso es casi esclavitud!*

—Buenos días —respondió automáticamente.

—Si lo desea, puede pasag a desayunag por aquí —me indica amablemente, saliendo de la recepción para señalarme el camino—. Esta tempogada de Navidad tenemos un chef invitado especialista en desayunos —me explica con una amplia sonrisa.

*¿Dónde ha quedado el recepcionista borde de anoche? ¡Es la única persona que conozco a la que le sienta bien no dormir!*

—No, muchas gracias, pero sí que agradecería mucho un poco de paracetamol, Jean Claude. Me duele muchísimo la cabeza.

Veo que el recepcionista sonríe. Después de la actuación de ayer, no le creía capaz de algo así.

—Se equivoca usted, señogita. Me está confundiendo con mi hegmano. ¡Yo me llamo Gégagd! —me explica con una amplia sonrisa—. No se pgeocupe, nos pasa mucho. ¡Somos gemelos!

*Últimamente hay muchos gemelos en mi vida…*

—¡Perdone la confusión, Gérard! —me disculpo, muerta de la vergüenza.

—No se pgeocupe, es nogmal. Aquí tiene el pagacetamol. ¿Tal vez demasiado *cabegnet* en la cena? —pregunta mientras me ofrece un vaso de agua para tragar la pastilla—. ¿La estancia ha sido a su gusto?

—Sí… —me vienen a la cabeza recuerdos de la noche anterior y noto que me ruborizo.

—Espego que le haya segvido paga desconectag de su tgabajo, señogita —me desea con su amplia sonrisa y sin saltarse una sola egge. Ahora que le miro con atención, está claro que no es Jean Claude.

*¡Él sería incapaz de sonreír con esa amabilidad!*

—Sí, muchas gracias. ¿Me podría pedir un taxi por favor?

—Por supuesto. ¿Su acompañante bajagá ahoga mismo?

—No… no lo sé. Como ya le dije a su hermano, no somos pareja. En realidad, ni siquiera somos amigos. Llegamos juntos solo por circunstancias inesperadas, así que no sé cuál son sus planes.

—Entiendo —responde Gérard—. No se pgeocupe, en este hotel somos muy discgetos.

—Pero si no… —Noto como me voy poniendo todavía más colorada y decido dar por terminada la conversación—. ¿El taxi, si no le importa?

—Ahoga mismo —Gérard pone su cara de profesionalidad y me pide el taxi por teléfono—. En cinco minutos estagá aquí, señogita. Puede espegag en esa salita y yo la avisagé.

—Muchas gracias.

Me siento en los sofás de la salita de la entrada. No me puedo borrar de la cabeza todo lo que viví ayer. Ha sido un error. He perdido de vista lo que más me importa: ¡mi trabajo! Tengo que llamar a la oficina, pero creo que es mejor esperar a estar en mi habitación de Richmond’s Inn y hablar directamente con mi jefe. Si llamo ahora, seguro que llega el taxi antes de que haya podido arreglar todo este embrollo.

—Señogita, su taxi ya está aquí —me avisa Gérard.

—Muchas gracias por todo.

—Espegamos volveg a veggla por aquí —se despide Gérard con una sonrisa.

El trayecto hasta Williamsburg es bastante corto, pero se me hace muy largo. Voy en silencio, pensando qué debería hacer, y me alegra que el taxista no quiera entablar conversación porque todavía no me ha hecho efecto el paracetamol. Estas vacaciones han sido un error y me pueden costar el trabajo de mis sueños.

Noto que mi respiración se acelera al pensar que probablemente Ray ya se haya hecho con mi cuenta. *¿Cómo he podido descuidarme tanto?* Debería haber llamado el primer día y haberlo solucionado con mi jefe. ¡Ahora es demasiado tarde! Me entra un escalofrío que me hace temblar. El recuerdo de anoche se va desvaneciendo y la agencia empieza a ocupar todos mis pensamientos.

—Ya hemos llegado —anuncia el taxista.

Levanto la vista y veo el familiar cartel de Richmond's Inn. Pago el taxi y entro rápidamente en el hotel.

—¡Hombre, si son los tortolitos…! —me saluda Sam nada más entrar—. Anoche no volviste…

—La llave, Sam —le digo con voz cortante. No estoy para bromas. La gravedad de mi situación laboral me ha caído como una losa—. La llave.

La sonrisa desaparece del rostro de Sam y se da la vuelta para coger mi llave.

—Toma, aquí la tienes. Solo quería…

—Hasta luego, Sam —le corto antes de que pueda preguntarme por Luke. No tengo ninguna gana de darle explicaciones y enredarme en una conversación interminable—. Tengo algo importante que hacer.

—Sin problema —me dice seriamente—. Ya aviso para que nadie te moleste.

Parece que Sam sabe ser profesional cuando lo cree necesario. En ese momento le miro agradecida. Están a punto de saltárseme las lágrimas. Subo las escaleras rápidamente hasta llegar a mi habitación y cierro la puerta detrás de mí.

Me siento en la cama sin saber por dónde empezar. Creo que debo ordenar mis pensamientos, pero noto que las lágrimas se me agolpan en los ojos. *Luke…* Tengo que reconocer que anoche fue maravilloso. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, pero sé perfectamente que es un rollo de una noche, porque él no va a querer más con alguien como yo, y me juego mucho en mi trabajo. Pero Luke…

*¡Basta!*

Me lo tengo que quitar de la cabeza y centrarme en la cuenta Libber, así que me siento en el escritorio de la habitación, dispuesta a solucionar mi problema. Llamo a la agencia y hablo con la recepción, pero parece que no hay nadie que me pueda atender. Están todos en una reunión y sé que no les puedo llamar a su móvil personal.

Decido enviar un correo electrónico a mi jefe explicando mi situación para ver si me pueden dar claves nuevas para acceder a la cuenta Libber desde el móvil. Tengo que esperar la respuesta, así que aprovecho para darme una ducha rápida.

Cuando salgo, veo que la secretaria de mi jefe ha contestado a mi correo electrónico. Lo abro impaciente.

*Estimada señorita Evans:*

*Muchas gracias por su amable correo. En este momento, el señor Johnson está en una reunión y no puede atenderla.*

*Sin embargo, me ha dejado instrucciones al respecto de sus claves. En vista de que necesita descansar y reponerse de sus problemas de salud, el señor Johnson, junto con el señor Ray Peters, han decidido que lo mejor es que se mantenga usted totalmente al margen del trabajo. Por ello, tanto el señor Johnson como el señor Peters consideran que, por su bien, es mejor que de momento no siga trabajando en la cuenta Libber.*

*Si fuera necesario, el señor Peters se ha ofrecido a continuar con la campaña Libber en su lugar y asistir por usted a las reuniones con el cliente. Con ese fin, el señor Johnson ha decidido habilitar al señor Peters en dicha cuenta para que le ayude a completar el proyecto.*

*Deseándole una pronta recuperación, el señor Johnson le envía saludos y espera a verla en la oficina después de las fiestas para hablar sobre su papel en nuestro organigrama.*

*Saludos cordiales,*

*Christine Sanders*
*Secretaria de Dirección*
*Publiart Incorporated*

Acabo de leer el correo entre lágrimas. Mi peor pesadilla se ha hecho realidad delante de mis narices. El encanto de mi noche con Luke se desvanece rápidamente.

*¡Tengo que volver inmediatamente a Chicago!*

Me visto con mi ropa de siempre. Miro los *leggings* y los jerséis de lana arrojados por el suelo de la habitación. ¡Todo lo que he vivido estos días ha sido un sueño! No debo relajarme así, no me lo puedo permitir. Abro mi Samsonite y meto toda la ropa de cualquier manera. Con dedos temblorosos, consulto los aviones a Chicago desde Richmond. No puedo pensar con claridad y acabo por no comprar ningún billete. Entonces decido comprar el billete de tren y ya buscaré un vuelo durante el trayecto, el que sea. Tengo un tren dentro de cuarenta minutos. Lo compro medio enloquecida. Cierro la maleta, cojo mi abrigo y salgo de la habitación a toda velocidad.

Bajo la Samsonite por las escaleras y estoy a punto de aterrizar en el descansillo de la primera planta.

*Tranquila, Cassie. tienes tiempo de sobra.*

Acabo de bajarlas más despacio y llego a la recepción.

—Vaya, ¿te vas a mudar con Luke? ¿Tan pronto?

—Pásame el cobro de la estancia, Sam.

—No te precipites, Cassie, que Luke es muy majo, pero tiene sus cosas… —me replica con una sonrisa pícara.

—Te estás equivocando, Sam —le digo y noto que se me humedecen los ojos—. Deja ya el tema de Luke y prepárame la cuenta. Me vuelvo a Chicago.

Al oírme mencionar Chicago, Sam deja de bromear y me mira a la cara por primera vez.

—¿Qué sucede, Cassie? ¿Os habéis enfadado? Porque no creo que Luke se haya portado mal contigo. ¡No hay persona más dulce en el mundo!

—No, no es eso —le aseguro—. Luke es un encanto, pero se acabó. He vuelto a la realidad y debo regresar a Chicago o me quedaré sin trabajo.

—¿Y tu familia? Estarán aquí en unos pocos días. ¿Les vas a dejar tirados para volver a Chicago?

—Tengo que hacerlo. No sé por qué creí que podía tomarme estos días de descanso…

—Porque los necesitabas, Cassie. Y mucho. Lo supe desde el momento en que entraste por esa puerta. Me dije a mí mismo: «Mira qué chica tan guapa, pero qué cara de estrés lleva. Necesita una buena dosis de vida tranquila en Williamsburg».

No puedo evitar sonreír. Sam es un zalamero.

—Gracias por intentar animarme, Sam, pero de verdad que me tengo que ir o perderé mi empleo.

—¿Y qué pasa si pierdes ese trabajo que te lo hace pasar tan mal? ¡Nada!

—Es el trabajo de mis sueños y he luchado muchísimo por conseguirlo —le explico—. Sin ese trabajo, ni siquiera sé quién soy.

—Pues eres una chica guapísima y estupenda que ha pasado la noche con el hombre de su vida y todavía no se ha enterado.

—¡Sam! —Ahora estoy segura de que me he puesto más roja que el tomate más maduro que haya existido nunca.

—Ni Sam, ni Sem, ni Sim. Sabes que tengo razón. Además, ese trabajo tan importante te está quitando la vida. Te cuesta disfrutar porque siempre estás ansiosa, pensando en lo que puedes perder y no en lo que podrías ganar dejándolo.

—¡Yo no quiero dejarlo! —grito sin control—. Además, me conoces desde hace tres días. ¿Tú qué sabes?

—Te conozco desde hace seis días —me corrige—. Y a lo mejor me equivoco, no te digo que no. Pero me parece que, dadas las fechas en las que estamos, no vas a solucionar nada regresando a Chicago. Y si no tengo razón y no estás muriendo de estrés, no te importará quedarte y sabrás disfrutar de las Navidades con tu familia… ¡y con Luke!

—¡Sam! —grito de nuevo y le doy un puñetazo en el hombro.

—¡Ay! ¿Qué confianza son esas con alguien que conoces desde hace seis días? —finge quejarse Sam con su eterna sonrisa.

—¡Eres un caso! —Me siento incapaz de seguir enfadada con Sam—. El problema es que llevo toda la vida luchando por ese trabajo y sé que, si no hago algo, Ray va a intentar quitármelo por todos los medios.

—¿De verdad crees que yéndote ahora podrías evitarlo? —me pregunta Sam—. Yo creo que si en tu empresa no valoran todo el trabajo que ya has hecho… es que no merece la pena esforzarse por ellos. Entiéndeme, no es que desprecie lo que haces, pero creo que tú eres más importante como persona que cualquier trabajo.

—Gracias Sam, te lo agradezco mucho —Parece mentira que alguien que acabo de conocer sea capaz de animarme así—. Tienes un don para el trato con las personas. No me extraña que te guste estar en la recepción.

—Entonces, ¿te parece que te ayude a subir la maleta, descansas un poco y luego volvemos a hablar?

—Ya he sacado el billete de tren…

—Bah, ¿qué es un billete de tren cuando está en juego tu bienestar y tu felicidad con tu familia…?

Miro a Sam agradecida por escucharme en un momento de crisis.

—¿… y con Luke?

—¡¡Sam, por Dios!!

—No lo he podido evitar, perdón —se disculpa a carcajadas—. Venga, te ayudo a subir ese maletón que tienes de vuelta a tu habitación. ¡No queremos que te vuelvas a caer!

—Está bien, Sam… Está bien.

16

# Luke

*¡Nada!*

No sé nada de ella desde que ayer se esfumó del hotelito. Cuando me desperté, Cassie ya no estaba en la habitación. Iluso de mí, pensé que habría bajado a recepción, pero ahí seguía Jean Claude, arrastrando erres como si no hubiera un mañana, pero no había ni rastro de Cassie.

*¿Por qué los franceses suenan como un motor a punto de calarse?*

Antes siquiera de preguntar, el recepcionista me dijo: «La señogita ha tomado un taxi para volveg y ni siquiega se ha detenido a desayunar».

Me quedé de piedra. Eso era lo último que se me habría pasado por la cabeza. *¡Habíamos pasado una noche tan intensa y dulce a la vez!* Se fue así, sin más. Ni un mensaje, ni una nota… Ni siquiera se molestó en esperar a ver cómo solucionaba lo de mi camioneta. No sabía a dónde se la había llevado el de la grúa así que, en cuanto el recepcionista me confirmó que Cassie se había ido, decidí llamar. Jean Claude insistía una y otra vez en no sé qué historia de un desayuno del chef que no conseguí entender entre tanta egge. Me pareció mucho más agradable que la noche anterior, y eso que debía llevar más de doce horas trabajando.

*Hay gente muy rara por el mundo.*

Cuando por fin contacté con el de la grúa, resulta que había dejado mi camioneta a una hora del *lodge*, y además en dirección opuesta a Williamsburg. Me tocó pedir un Uber que me llevara hasta mi camioneta, pagar una factura de las gordas por los servicios de la grúa y la rueda, y regresar a Williamsburg. En total, la broma me salió por un pico y tardé casi cuatro horas en volver a casa. Se me hizo tardísimo y mi enfado crecía cada vez más al imaginarme a Cassie haciendo turismo tranquilamente por la ciudad.

Ni un mensaje, ni una llamada, ¡nada! *¿Quién hace algo así?* Te llevo de excursión, nos acostamos y luego desapareces así, sin dar una sola explicación.

*A lo que estamos, Luke. Olvídate de ella.*

Ahora tengo que concentrarme en el montaje de mi exposición en el mercadillo de Navidad.

—¡Eh, Luke! ¿Dónde ponemos esto? —me grita uno de los operarios que trabaja para el ayuntamiento. Levanto la vista y veo que mi preciosa alacena está a punto de aterrizar sobre el duro asfalto.

—¡Cuidado! —grito sin poder reprimirme, a la vez que me abalanzo a sujetar la alacena antes de que se les caiga—. ¡Cuidado, por Dios! ¿Es que no miráis lo que hacéis? —les increpo de muy malos modos.

—Hombre, si nos hubieras ayudado cuando te lo pedimos en lugar de quedarte mirando al tendido… —me responde uno de ellos.

*¡Tiene toda la razón!*

Cassie me ocupa una cantidad desmesurada de neuronas y no estoy a lo que debo estar.

—Perdonadme, chicos. Sobre todo tú, John, por la forma en que te he gritado. No te lo mereces.

—Da igual, Luke, no te preocupes. Ahora que ya vuelves a ser tú y no ese fantasma que se había apoderado de tu cuerpo. En fin, ¿nos dices dónde quieres la alacena?

—¡Claro! Esperad, que os ayudo. Entre los tres, seguro que lo colocamos todo rápidamente y luego os invito a un ponche navideño y un pedazo de tarta de frambuesas que ha preparado mi madre.

—¡Tarta de frambuesas de Linda! ¡¿No me digas que hay una cerca?! —Sonrío de oreja a oreja. No hay un solo chico de Williamsburg que me niegue su ayuda si el pago es la tarta de frambuesas de mi madre. De niño, llegué a dudar que mis amigos vinieran a jugar a mi casa por mí y no por la tarta en cuestión—. ¡Eh, Tom, Erik, Chris! ¡¡Venid a echar una mano!! ¡Hay tarta de frambuesas de Linda!

Sin querer, se me escapan las carcajadas al ver cómo acuden todos a ayudar. A la mayoría los conozco de siempre y todos han tenido ocasión de probar la famosa tarta de mi madre en Navidades anteriores.

—¡Ya solo quedan las sillas! —grita Erik—. Y después, ¡a ponernos las botas de tarta!

—¡¡Tarta, tarta!! —van cantando todos mientras llevan la silla a la exposición—. ¡Tarta de Linda con frambuesas… de Linda!

—¡Hay tarta! ¡Toma! —oigo que chilla una voz infantil. De pronto, me veo rodeado por ocho o diez cabecitas de colores brillantes rematadas con bolitas de lana—. Luuuuke, ¿has traído la tarta esa tan rica de tu mamáááá?

Sonrío. No puedo evitarlo. La sinceridad de los peques me gana desde el minuto uno.

—A ver, chicos, la de hoy es para estos forzudos amigos que están siendo tan amables y me están ayudando a montar la exposición —Veo la desilusión pintada en sus caritas infantiles—. ¡Pero ya tengo encargada la tarta para el taller del lunes!

—¡¡Bien!! —gritan todos a coro.

—Va a ser también de frambuesas, ¿verdad? —pregunta una niña.

—¿Y con mucha nata? ¡Pooooorfaaaaa! —añade otro.

—¡Pues claro! —les aseguro—. El lunes, después del taller de juguetes de madera, ¡habrá tarta para todos!

Los niños se alejan saltando y riendo, y nosotros seguimos trabajando hasta que está todo listo.

—Perfecto —declaro satisfecho al ver el resultado final—. Si vais al puesto de repostería tradicional, veréis que he dejado dos tartas: una es para vender y la otra es la que ha hecho mi madre especialmente para vosotros.

—¡Tarta de Linda! ¡Con frambuesas… de Linda! —Los oigo cantar la cancioncilla mientras se dirigen a saborear su recompensa. *¡Son peor que chiquillos!*—. ¡Tarta de frambuesas de Linda!

Yo me quedo dando unos últimos retoques a la decoración, que consiste en dos centros de mesa hechos con piñas de diferentes tamaños y colores, flores secas, ramitas de acebo y muérdago en unas cestas hechas a mano, todo con materiales naturales.

De pronto, siento un golpecito en el hombro.

—Hola, Luke —me dice una vocecilla familiar. Yo sigo a lo mío porque no quiero montar un espectáculo, pero Cassie insiste—. Luke, por favor…

Me vuelve a tocar en el hombro y entonces…

—¿Qué? —grito al girarme.

—¿Podemos hablar un momento? —me pregunta Cassie con un hilo de voz.

—Si eres capaz de esperar diez minutos sin salir huyendo como un conejillo asustado, no me importa hablar contigo —replico con sorna.

—Esperaré.

Sigo colocando los adornos con toda la calma del mundo. Por el rabillo del ojo, veo que Cassie me espera pacientemente en una esquina, tarareando un villancico que ha empezado a cantar un grupo de a capela que se pasea por el mercado. Termino mi trabajo sin pausa, pero sin ninguna prisa.

*Bueno, parece que esta vez Cassie no ha echado a correr. Bien por ella.*

—¿Nos vamos? —le pregunto—. Me apetece un chocolate caliente después de tanto tiempo trabajando al aire libre.

Cassie se deja guiar por mí. Veo que va con la cabeza gacha, sin apenas mirarme, y contesta a mis preguntas con monosílabos. Llegamos a una de las cafeterías de Merchants' Square y nos sentamos en una mesa alejada del bullicio. Está empezando a atardecer y las calles vibran de vida con los niños en su último día de clase, jugando, riendo y tirándose bolas de la nieve sucia caída ayer por la mañana. Busco una mesa que esté bastante alejada de las demás porque no va a ser una conversación fácil y no quiero dar un espectáculo.

—Luke, deja que te explique… —La miro sin despegar los labios—. Ya veo que estás enfadado conmigo.

—¿Y cómo quieres que esté? —replico alzando la voz. *Hala, mis intenciones más firmes, tiradas por el desagüe*—. ¿Por qué saliste corriendo? ¿Por qué? Me dejaste tirado como una colilla, sin camioneta, sin saber nada de ti después de una noche…

—Una noche fantástica —afirma Cassie—. Pero solo fue eso: una noche.

La miro con incredulidad. Yo sentí muchas cosas en esa habitación y me arriesgaría a decir que ella también.

—Por lo menos deberíamos haber hablado… —protesto.

—Tienes razón. Irme así, sin despedirme, estuvo mal. Es que me agobié mucho.

—¿Por qué? Yo no te obligué a nada ni me hiciste ninguna promesa.

—Lo sé, pero empecé a pensar que yo vivo en Chicago, tú vives aquí, los dos tenemos nuestro trabajo…

—¿No hemos quedado en que fue un rollo de una sola noche? —la interrumpo enfadado—. Tú misma lo acabas de decir.

—Perdóname, Luke. Me entró el pánico. No sabía cómo te lo ibas a tomar y mi trabajo en Chicago…

—… es lo más importante del mundo mundial —completo la frase por ella—. Y no lo vas a poner en peligro por un rollo de una noche como yo.

A Cassie no se le escapa mi tono mordaz y me mira con una mezcla de pena y arrepentimiento. Me mantengo firme. La miro con cara de pocos amigos, y al final, se rinde.

—Bueno, entonces ya está todo aclarado —decide Cassie—. Creo que me voy a volver al hotel a descansar un poco. Mañana tengo planeado recorrer las calles que se presentan al concurso de mejor ambientación navideña y va a ser un poco paliza.

—Me parece muy bien, porque yo también tengo mucho que hacer y no estoy para perder el tiempo —replico malhumorado.

No sé por qué me ha sentado tan mal que Cassie diga que fue un rollo de una noche. *¿Qué esperaba?* Yo sentí algo, pero está claro que ella no.

—Vaya, Luke, mira qué bien me vienes —me dice Erik nada más salir de la cafetería—. Molly, la de repostería tradicional, me ha encargado devolverle los moldes de las tartas a tu madre porque, al parecer, los necesita para hacer más. ¿Se los podrías llevar tú y así no tengo que

ir hasta allá? Lo digo porque, si vas a acompañar a la señorita al Richmond's Inn —me explica mientras hace un gesto con la cabeza para saludar a Cassie—, la casa de tu madre te pilla muy cerca.

—Luke no me iba a… —empieza Cassie, pero la interrumpo.

—Trae, Erik, encantado. Dejo a Cassie en el hotel y aprovecho para ir a ver a mi madre.

Cassie me mira con extrañeza. Cuando nos ponemos en marcha, ninguno de los dos dice nada durante los primeros cinco minutos.

—¿Por qué me estás acompañando? —pregunta Cassie—. Pensé que ya no querías saber nada de mí…

—Eso no es cierto, Cassie. No entiendo tu razonamiento, pero lo respeto. De todas formas, si te vas a quedar en Williamsburg a pasar la Navidad, creo que lo mejor es que nos comportemos como amigos o, al menos, que seamos civilizados. Y más teniendo en cuenta que te alojas en el hotel de Sam.

—Tratarnos como amigos me parece bien —afirma Cassie.

—Sam es mi mejor amigo y te alojas en su hotel, así que es muy probable que nos volvamos a ver y no me gustan los malos rollos.

—A mí tampoco. Además, el lunes por la tarde llegan mis padres y Daisy a pasar la Navidad conmigo y quiero que disfruten a tope. ¿Qué me recomiendas que les enseñe?

—Yo los llevaría al mercadillo. Todavía no está montado del todo, pero ya has visto el ambiente. Habrá grupos de villancicos en cada esquina, las luces ya estarán encendidas… Seguro que les encanta.

—Bueno, ya hemos llegado. Gracias por ser tan comprensivo, Luke —me dice Cassie al abrir la puerta.

—Adiós, ya nos veremos por ahí —me despido con frialdad. Ni se me ocurre entrar porque sé que, en cuanto me vea Sam, me va a acribillar a preguntas y no me siento con ánimo de contestar.

Menos mal que los muebles ya están. Mañana acabo toda la decoración con mi madre y mi trabajo en el mercado de Navidad… se acabó. Los puestos los gestionan desde el ayuntamiento y no tengo que volver a aparecer por esa trampa para turistas. Por suerte, este año cenaremos en mi casa, no en casa de mi madre, así que no pienso volver a pisar el centro hasta el 26 como muy pronto.

Sí, es cierto que me queda la actividad infantil del 23, pero es en mi taller, que está alejado de todo ese bullicio.

*¡Adiós al ajetreo!*

***

# Cassie

*Vaya, ¡las seis!*

Se me ha pasado la tarde sin darme cuenta. Creo que me he quedado un poco traspuesta viendo esa película. Siempre me pasa lo mismo con las pelis basadas en hechos reales. Como no me funciona el portátil, me he acabado tragando lo primero que encontré mientras zapeaba en la cama.

No tengo nada de ganas de volver a salir. Yo creo que por hoy he tenido más que suficiente. Además, con la excusa del mercadillo, me he comido un sándwich, un pedazo de tarta y el chocolate caliente que me he tomado con Luke. ¡Estoy llenísima!

*¡Mierda, había quedado en llamar a Daisy! ¿A qué hora habíamos dicho? Vamos a ver… Lo puse en el chat… ¡A las seis y media, menos mal! Me da tiempo a pasarme un peine, que la conozco y como me vea así a esta hora, me va a echar la bronca del siglo.*

Me visto y me peino, y enseguida llamo a Daisy. La verdad es que tengo ganas de desahogarme con alguien que me entienda. Me muero de ganas de hablar con ella cara a cara, pero eso tendrá que esperar. En cuanto abro FaceTime y aparece la sonrisita de mi amiga, me siento mejor.

—¡Hola, preciosa! —me saluda Daisy toda contenta. Esta mujer es todo energía positiva que ilumina el mundo allá por donde va.

—Hola, mejor amiga… —contesto—. ¿Qué tal todo?

—¡Estupendamente, como siempre! Anoche conocí a un chico interesantísimo. Tal vez vuelva a quedar con él. ¡Incluso hemos desayunado juntos!

—Ya has hecho más que yo con Luke —se me escapa. Me tapo la boca y me quedo callada, pero veo en la pantalla que me estoy poniendo roja, roja, roja. Daisy no se pierde un solo detalle y empieza a sonreír con esa cara de pícara que conozco tan bien.

—¿Así que tú no desayunaste con Luke…? Hablas del musculitos que arregla muebles, ¿no? ¿Por fin os decidisteis a probar esa preciosa cama con dosel que te arregló?

—No… ¡Mira que eres mala, Daisy! No fue aquí.

—Entonces, ¿dónde? ¡Cuenta, cuenta, que esto se está poniendo de lo más interesante!

—¿Me dejas hablar? —pregunto sonriendo.

—Te dejo —contesta Daisy—, pero quiero todos los detalles. TO-DOS.

—Pues lo que sucedió fue que me liaron para hacer una excursión a un parque natural.

—¿Quiénes fuisteis? Como has dicho «me liaron»… —me pregunta Daisy.

—Fue cosa de Sam, que se tiene que meter en la vida de todo el mundo. Es buen tío, pero muchas veces es imposible decirle que no. Al final, convenció a Luke para que me llevara de excursión en su camioneta.

—Mmm, una camioneta… ¡Qué rural y romántico!

—No me interrumpas, que si no, no te lo cuento —la regaño, fingiendo enfadarme.

—Vale, ya me callo y te dejo —Hace un gesto como de cerrarse la boca con cremallera.

—Pues eso, Sam nos lio, pero él no vino. Nos preparó una cesta de pícnic y casi nos obligó a pasar el día juntos a Luke y a mí. La verdad es que estuvo muy bien y me gustó mucho la excursión. Si tenemos tiempo, te llevaré para que veas lo bonito que es el sitio.

—Me encantaría, pero ese es otro tema. ¿Cómo acabasteis en la cama? ¿El revolcón fue al

aire libre?

—¡No, claro que no! ¿Cómo se te ocurre, con el frío que hace? Cuando ya íbamos a regresar, Luke vio que se le había reventado una rueda y no tenía la de repuesto.

—¡Qué me dices! ¿A quién se le ocurre salir de excursión sin rueda de repuesto? —pregunta Daisy extrañada.

—¡Eso mismo dije yo! —añado triunfal—. Nos tocó llamar a la grúa y entonces descubrí que Luke tenía contratado el seguro más barato del mercado. El tipo de la grúa se negó en redondo a acercarnos a un lugar civilizado. Se limitó a indicarnos el camino a una especie de hotel que había a unos cuarenta minutos andando.

—¿Tuvisteis que ir caminando hasta allá? ¿Tú, que solo vistes ropa de marca con zapatitos de tacón?

—No te pases, Daisy. Que sepas que me he comprado ropa abrigada para un clima como el de Williamsburg, porque aquí todo el mundo se pasa el día en la calle. Por cierto, te recomiendo que te traigas lo más calentito que tengas. Aquí lo de ir a los sitios en coche es ciencia ficción.

—¡Eso pensaba hacer, tonta! —me replica Daisy—. ¿No me ves? ¡Si soy más de campo que las amapolas! —dice con un tono juguetón.

—El caso es que —continúo con mi historia— cuando llegamos al *lodge*, solo quedaba una habitación y nos tocó compartirla.

—¡Qué pena más grande! —se ríe Daisy—. ¡Seguro que te llevaste el disgusto del siglo!

—¡No seas mala! —contesto—. Te prometo que ninguno de los dos teníamos intención de que sucediera nada. Después del *check-in*, bajamos a cenar. Tomamos un vino buenísimo que nos recomendó el camarero y nos subimos a la habitación con una botella de champán.

—Ya me imagino a dónde va todo esto —se ríe Daisy—. Una cosa llevó a la otra y…

—La habitación estaba genial y tenía la chimenea encendida y también una alfombra supermullida y unas mantas para relajarse delante del fuego —la interrumpo.

—¡Uy, uy, uy… te dieron el escenario ya preparado!

—Algo así —reconozco—. Estuvimos hablando, conociéndonos mejor sentados frente al fuego… y el resto te lo puedes imaginar.

—Me imagino, me imagino. A ver si acierto: charlasteis, os acercasteis entre las mantas al calorcito de la chimenea, luego no sabes lo que ocurrió y, de repente, te encontraste ese cuerpo tan glorioso junto al tuyo…

—Deberías haber visto ese cuerpo de dios griego —admito—. Un dios griego de color caoba, poderoso y fuerte, pero delicado a la vez.

—¡Sigue, sigue!

—Bailamos, jugamos a las prendas…

—¿Y te parece raro haberte acostado con él? ¡Tendrías que haber sido de piedra para no hacerlo!

—Exacto. Bueno, más o menos eso es lo que ocurrió.

—¿Y qué tal es? ¿Buen amante? —me pregunta.

—¡No pienso darte detalles! —replico riendo—. Pero sí, fue una noche maravillosa —admito con un suspiro.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema fue por la mañana. Yo no soy como tú y, cuando desperté, se me vino el mundo encima al pensar en lo que había hecho.

—¡Pero si no es nada malo, tonta!

—Pues entré en pánico, qué quieres que te diga —reconozco—. Así que me vestí, recogí las cosas y me largué.

—¿Sin despedirte siquiera? —Asiento con la cabeza—. ¿Y todavía te habla? —Vuelvo a asentir—. O sea, que encima de guapísimo y con un cuerpo maravilloso, ¡es un pedazo de pan!

—Eso es —admito. Decido no contarle el intento de huida a Chicago frustrada por Sam porque si se lo cuento, sé que se va a enfadar conmigo. *¡Y con toda la razón!*—. Hoy le he dicho que solo fue un rollo de una noche y que me gustaría quedar como amigos.

—¿Pero qué te pasa, Cassie? —Daisy me mira exasperada—. Encuentras un tío guapo y cariñoso que te gusta muchísimo, te acuestas con él, pasas una noche maravillosa… ¿y le das la patada? ¡Estás fatal, tía!

—Probablemente, pero… —reconozco.

—¡Esto lo arreglo yo en cuanto llegue allí y me lo presentes!

—No, Daisy. Lo he pensado mucho y nuestras vidas son demasiado diferentes. Una noche ha estado bien, pero sé que buscamos cosas diametralmente opuestas en la vida. Es mejor dejarlo así.

—¡Ya veremos! —replica Daisy en tono amenazador—. Menos mal que en pocos días estaré allí. Sé juzgar lo que te conviene mucho mejor que tú misma, bonita.

Intento cambiar de tema rápidamente porque no quiero seguir hablando de Luke.

—Hablando de otra cosa: ¿sabes algo de lo que está pasando en la oficina con la cuenta Libber? Porque seguro que tú has oído algún chisme —pregunto con intención de sonsacar a mi amiga. No me puedo quitar de la cabeza la sonrisita de satisfacción de Ray cuando me tuve que tomar estas vacaciones forzosas—. Tal vez debería haberme ido…

—¡Ni hablar! —me responde Daisy—. Tú ahora mismo lo que tienes que hacer es descansar y vivir. Olvídate de la agencia y de todo lo que te ha llevado a esta situación.

—Pero es que…

—¡Nada, Cassie, olvídate! Mira —me dice Daisy—, dentro de nada podremos hablar en persona, así que cuando llegue, me haces todas las preguntas que quieras. Ahora lo que tienes que hacer es descansar y disfrutar. ¡Así que a dormir! ¡Quiero ver cómo desaparecen esas ojeras!

—Tienes razón. Estoy muerta de cansancio. Han sido muchas emociones. Además, ¡estoy deseando veros y enseñaros todo lo que he descubierto! Al final, Williamsburg me está gustando mucho más de lo que esperaba.

—¡Te lo dije! Ya sabía yo que era lo que te hacía falta.

—Buenas noches, Daisy. ¡Que sueñes con los angelitos! —me despido.

—Buenas noches, Cassie, ¡Que sueñes con tu dios griego de caoba!

—¡Daisy! ¡¡Eres lo peor!! Pero te adoro, amiga —Le lanzo un beso con la mano.

Después de colgar, me arrebujo bajo el edredón y noto que el sopor me va inundando. Me duermo con la imagen de Luke sobre mí, brillando bajo el resplandor de las llamas de la chimenea, acariciándome…

# Luke

*Bueno, ya falta menos.*

Hacía mucho tiempo que no me apetecían tan poco las Navidades. Este año, entre unas cosas y otras, estoy deseando que acaben para descansar por fin.

Por lo menos ya estoy en casa. Quiero mucho a mi madre, pero ponerme a ver telenovelas y concursos toda la tarde del domingo no es mi sueño precisamente. Otros domingos juega a la canasta con las amigas, cada domingo en una casa diferente, pero hoy han decidido no jugar la partida porque algunas ya tienen en casa a la familia para pasar la Navidad, así que me he quedado un rato con ella para hacerle compañía.

Creo que me voy a abrir una cerveza y me voy a preparar unos fideos instantáneos para cenar. ¡No me apetece ni llamar al de las pizzas! Estoy mentalmente agotado con tanto ajetreo y tanta gente por todas partes. Las calles están llenas hasta los topes. Me queda la actividad infantil antes de Navidad y ya está. Es una de las pocas iniciativas del ayuntamiento con las que realmente disfruto. Llevamos haciéndola en mi taller más de cinco años. Los padres dejan a los niños y vuelven a recogerlos a última hora. Eso es un punto clarísimo a favor de este tipo de talleres.

Sam me ha llamado cincuenta veces para quedar. Le he puesto las excusas más variopintas porque cuando quede con él tendré que explicarle lo que ha pasado entre Cassie y yo, y no me apetece nada. Seguro que se imagina algo o ya se lo ha sonsacado a ella, pero no quiero que me dé la brasa, que le conozco. Me va a empezar por el rollo de que es la mujer de mi vida y que debería luchar por ella, que es la chica perfecta para mí… Todas esas ridiculeces que me dice Sam cada vez que aparece una chica nueva. ¡Y la conozco desde hace menos de dos semanas! Además, Cassie ya me ha dejado claro que solo me ve como un amigo. Lo mejor es que me centre en preparar las cosas para los niños y me olvide de lo ocurrido en el *lodge*.

*¿A quién quiero engañar?*

No he sido capaz de quitármela de la cabeza y eso me cabrea muchísimo. Sé que no tenemos ningún futuro juntos y que ella tiene razón: lo mejor es que sigamos cada uno por nuestro lado y quedemos como amigos.

Sam no podía haberme buscado a alguien más opuesto a mí. Es una niña pija integral a la que no le gusta el campo y ni siquiera tiene ropa adecuada para hacer senderismo por el parque natural más llano de todo Estados Unidos. *¡Además, es de Chicago! ¿Qué futuro puede haber para alguien de Williamsburg como yo con una chica de Chicago como ella? ¡Ninguno!* Está claro que me ve como una aventura de vacaciones y nada más.

Tengo que dejar de comerme el tarro y empezar a pensar en el taller de mañana. En realidad, ya lo tengo todo esbozado. Como son niños bastante pequeños, de unos ocho años la mayoría, apenas vamos a usar herramientas, porque pueden ser peligrosas. He decidido que vamos a hacer unos títeres con formas básicas de madera como cilindros, prismas y esferas que ya tengo preparadas. Luego los vamos a pintar y a pasar las cuerdas para montarlos. El último paso será que ideen una pequeña obra para representarla con los papás. Tengo un cajón y un pequeño decorado preparado para hacer de escenario. Podrán lijar, encolar diferentes piezas y pintar para

crear algo con lo que jugar después.

*¡Será muy divertido!*

Estoy deseando prepararlo todo en el taller para pasar una tarde maravillosa con los niños. Pero desde que hablé con Henrietta no consigo quitarme de la cabeza que, si alguien se adentra por el sendero que lleva a mi taller, me verá trabajar sin que yo sea consciente de ello. A partir de ahora deberé tener cuidado, aunque en realidad casi nadie pasea por ese sendero.

*Nadie excepto… Cassie.*

Que estuviera allí me desconcierta totalmente. No sé qué pensar. A lo mejor es cierto que llegó por casualidad. No sé. Pero, según me dijo Henrietta, se quedó observándome durante bastante tiempo.

*Si no le intereso, ¿qué hacía allí? ¿Espiarme por el placer de espiar?*

Esta chica me va a volver loco. Las imágenes de la noche juntos en el *lodge* no me dejan en paz. Me vuelven una y otra vez. Veo su delicado cuerpo bajo la tenue luz de las llamas. Mis manos recuerdan su tacto, la forma de su cintura, sus ojos mirándome…

—¡Basta ya, Luke! —me digo en voz alta—. Olvídate de ella y céntrate.

Como si el universo me quisiera enviar una señal, me suena una notificación en el teléfono que he dejado en la cocina. Es Sam.

*¿Quién si no?*

***Sam:** *Venga, tío, no me dejes colgado.*
*A un colega no se le hace esto.*

***Luke:** *No tengo ganas, de verdad.*
*Otro día.*

***Sam:** *Pero Luke, es solo una cerveza…*

***Luke:** *No estoy de humor, déjalo ya*.

***Sam:** *No seas petardo y abre, joder.*

***Luke:** *¿Abrir qué?*

***Sam:** *¡La puerta! ¿Qué va a ser!*

En ese preciso momento, oigo que alguien aporrea la puerta de mi casa. *¡No me lo puedo creer!* Cuando abro, me encuentro la cara sonriente de mi mejor amigo.

—¡Ya ha llegado la caballería! —me dice, y me tiende un *pack* de cervezas y una bolsa con comida que reconozco inmediatamente como las que usan en Willy's Tavern.

—¡Y encima has obligado a Will a que te prepare comida a esta hora! —le espeto a modo de saludo—. Un día de estos, su mujer nos va a matar por hacerle llegar siempre tarde a casa. ¡Eres incorregible, Sam!

—Will lo hace encantado y lo sabes, así que no refunfuñes tanto, ¡que te estás convirtiendo en un gruñón!

—Vale, vamos a dejarlo —le digo un poco avergonzado. Es verdad que reacciono con

demasiada intensidad a las cosas que Sam hace por mí—. Muchas gracias por preocuparte, eres un amigo de verdad, tío—reculo sonriendo.

—Venga, que te he traído tu hamburguesa favorita y se va a enfriar. ¡Que no se entere Will que te la comes fría porque me mata!

—¡Eres de lo que no hay, Sam! Pasa, voy a por unos platos a la cocina.

Nos ponemos a comer y en menos de diez minutos nos hemos acabado el banquete que nos ha preparado Will. Da igual cuánta comida haga, a nosotros siempre nos dura menos de un cuarto de hora.

—Tengo que pasarme a darle las gracias a Will. ¡No sé qué haríamos sin él!

—¿Morirnos de hambre? —sugiere Sam.

—¡Probablemente! —asiento sonriendo.

—Ahora que tenemos el estómago lleno, ¿me vas a contar de una vez que pasó en el parque natural? Llevas esquivándome desde entonces, ¡y lo sabes! —me reprocha con dedo acusador.

—Perdona, Sam. Es que todo me parece confuso y difícil de creer.

—¿Por qué? —me pregunta—. ¿Discutisteis o algo así?

—Pues no, ni siquiera llegamos a discutir. Después de una noche de ensueño, cuando me desperté por la mañana, Cassie había desaparecido.

—¡Para el carro! Háblame primero de la noche de ensueño. ¿Por qué ninguno de los dos me ha hablado con detalle de esa noche?

—¿Porque no es asunto tuyo? Eres peor que una portera, Sam. —De repente, caigo en la cuenta de lo que ha dicho—. Espera un momento. ¿Acabas de decir «ninguno de los dos»? —pregunto confundido y enfadado, aunque tengo que reconocer que me puede la curiosidad.

—Sí, eso he dicho: ninguno de los dos. Me parece que los dos sois demasiado testarudos y en estos momentos sois incapaces de ver lo que tenéis delante de las narices.

—¿Y tú cómo sabes lo que piensa Cassie?

—Lo sé porque hablé con ella a la mañana siguiente, cosa que tú no hiciste.

—¡¡A la mañana siguiente yo estaba tratando de recuperar mi camioneta, joder!!

—Ya, pero ¿y después?

—Vamos a ver, Sam, que se fue sin dejarme ni una nota —protesto—. Céntrate, por Dios, que la que se largó fue ella.

—No te enteras de nada, Luke. Pero de nada, nada. Cassie estuvo a punto de volverse a Chicago ese mismo día. Si sigue aquí es porque estuvo hablando conmigo.

—¡Pero yo no hice nada para que quisiera marcharse! —vuelvo a protestar, cada vez más enfadado. Parece que todo es culpa mía a los ojos de Sam—. Te recuerdo que fue ella…

—La que se largó. Sí, ya lo sé —remata Sam con voz de fastidio—. ¿Te has preguntado por qué se marchó así? ESO es lo importante.

—No lo sé, pero creo que a estas alturas tampoco me importa.

—Mientes, Luke. Sí que te importa.

—No es verdad.

—No vayas por ahí, Luke que te conozco —me dice Sam con seriedad. Se levanta a la cocina a coger otra cerveza y, cuando vuelve, me mira con una gravedad en los ojos que no es habitual en él—. Luke, ya sé que crees que soy frívolo y que me encanta conquistar una mujer distinta cada día, pero no es así. Lo que pasa es que todavía no ha llegado la mujer con la que compartir mi vida. Sin embargo, desde el momento en que vi a Cassie, lo supe. Es la mujer de tu vida.

—Vamos, Sam, no me jodas. Es imposible saberlo.

—Bueno, digamos que probablemente sea la mujer de tu vida. ¿Así te parece mejor? —me pregunta. La seriedad de la conversación me descoloca.

—De acuerdo. No sé a dónde quieres llegar, pero de acuerdo.

—Quiero llegar a que, si probablemente es la mujer de tu vida, deberías intentar entender por qué reaccionó así.

—¿Y por qué reaccionó así, si puede saberse?

—Por el mismo motivo que tú estás reaccionando de esta forma. Porque le dio vértigo.

Miro a Sam con extrañeza.

—¿Vértigo? ¿De qué? No te entiendo, Sam.

—Vértigo de perder su vida anterior. Vértigo de cambiarla por una vida completamente nueva y desconocida donde cada paso es un reto completamente diferente. Vértigo de tomar un camino incierto que podría proporcionarle una felicidad mucho mayor. Vértigo de enfrentarse a la realidad de un sueño por el que ha luchado y al que ha dedicado muchos años de su vida, pero que solo le ha traído infelicidad, problemas y ansiedad. Vértigo de reconocer el fracaso y de aventurarse por un nuevo camino.

Miro a Sam mudo de asombro. Lo que dice tiene muchísimo sentido, sobre todo si pienso en lo que sé de Cassie, pero lo que no logro comprender es cómo ha llegado a todas esas conclusiones después de estar con ella apenas una hora.

—No sé qué decir, Sam.

—«Gracias» estaría bien. Si tienes otra oportunidad con Cassie es gracias a que yo la convencí para que no regresara a la mierda de trabajo que tiene en Chicago —me espeta Sam, mirándome con el ceño fruncido—. Solo hacía falta escucharla y dejar que se desahogara. La pobre Cassie lleva varios meses soportando mucha presión y ansiedad. ¡Y a ti solo te preocupa tu ego de hombre abandonado la mañana después!

—¿Qué querías que hiciera? —Estoy empezando a enfadarme otra vez—. Yo no habría sabido ni qué decirle. Para eso está la familia e incluso la psicóloga, ¿no te parece?

—Y tú, ¿para qué estabas? ¿Solo para lo bueno…? Joder, tío, entiéndeme. Podías haberte acercado a ver cómo estaba después de recuperar la camioneta… ¿O no?

—Vale ya, Sam. Ya está bien de bronca —Me voy calentando por momentos y Sam se da cuenta que no voy a aguantar muchas más pullas.

—Tranquilo, Luke. Sé que te sientes abandonado y creo que estás en tu derecho. Solo digo que intentes entenderla y que la perdones.

—Ya me ha dicho que solo quiere que seamos amigos —le explico con tristeza.

—Pues como amigos, pero haced las paces de verdad y disfrutad de esta Navidad —me dice Sam mirándome a los ojos—. En eso consiste el espíritu navideño, ¿no?

—«Paz a los hombres de buena voluntad» —digo, recordando mis domingos de escuela dominical.

—Pues eso —concluye Sam—. Y ahora, tráeme otra de esas cervezas para brindar por el nuevo Luke, mucho menos gruñón y mucho más sonriente.

—¡En fin, Sam, lo tuyo no tiene nombre! —le grito desde la cocina, riéndome a carcajadas.

—¡Oye! ¿Te he dicho que vienen mi hermana Eve y su novia? —me cuenta a voces desde el salón—. ¡Vamos a celebrar la Navidad juntos como una gran familia!

—¡Qué bien! Me alegro por ti, tío. Sé lo mucho que quieres a tu hermana —Le paso una cerveza y me siento en el sofá. Sam ha puesto una repetición de un partido de su equipo favorito de fútbol. Seguro que ya lo ha visto cincuenta veces, pero le da igual—. ¿Vais a cenar en el

restaurante del hotel?

—¡Por supuesto! —asiente Sam—. Y precisamente de eso te quería hablar. He pensado hacer una gran cena con todos los amigos que quieran venir y pasarlo a lo grande todos juntos. ¡Ya sabes cómo me gustan estas cosas! ¿Por qué no te vienes con tu madre y cenáis con nosotros? ¡Pienso convertir el comedor en una mesa larguísima!

—No sé. Ya he quedado con mi madre para que se venga a cenar aquí. Me parece que eso sería mucho barullo para ella. Ya tiene una edad…

—¿Mucho barullo para Linda? Estás de broma, ¿verdad? No conozco a nadie a quien le guste más un sarao que a tu madre, Luke.

—Tampoco te pases. Además, ya es mayor y no quiero que se canse.

—A ver, Luke, que tu madre nos deja a ti y a mí en la cuneta cuando quiera. Además —añade Sam—, Eve nos va a presentar a su novia y estoy seguro de que le hará mucha ilusión que estéis allí. Si tu madre se entera de la fiesta y se la pierde, te mata.

—Pero es que…

—Mira —me dice Sam con cara seria—, lo mejor es que dejes que Linda decida. Estoy seguro de que se enfadará de verdad si tomas las decisiones por ella. ¿O crees que va a preferir pasarse la Nochebuena viendo especiales en la televisión? Porque tu conversación tampoco es que sea brillante, tú ya me entiendes… —me dice con sonrisa malévola.

—Se supone que eres mi amigo. Lo sabes, ¿verdad, Sam? Porque a veces lo dudo…

—Anda, no te quejes tanto, que lo vamos a pasar fenomenal. ¡Y déjame ver el partido, por el amor de Dios!

—¡¡Pero si es una repetición!!

# Cassie

Ya casi son las dos de la tarde, ¡y están a punto de llegar! Me levanto de la cama de un salto y me doy una ducha rápida. *¡Estoy durmiendo como nunca, incluso algún ratito después de comer!* Me miro la cara y veo que las ojeras ya casi han desaparecido por completo. La verdad es que Williamsburg me está sentando muy bien. Me estoy poniendo uno de mis jerséis nuevos cuando suena el teléfono que he dejado encima de la cama. Me abalanzo sobre él para contestar. Como me imaginaba, ¡son mis padres!

—¡Hola, Cassie, cariño!

—Hola, mamá —saludo con voz un poco gutural. Parece que mi garganta todavía no se ha despertado del todo.

—¿Estabas dormida? ¿Tú, a estas horas?

—Pues ya ves… —respondo, y sonrío para mis adentros—. ¿Por dónde vais? —pregunto.

—Por eso te llamaba, Cassie. Solo llevamos cinco minutos de retraso y ya han anunciado la parada de Williamsburg dentro de veinte minutos. ¿Estarás allí para recibirnos?

—¡Por supuesto, mamá! ¡Estoy deseando veros y daros un abrazo enorme! —contesto mientras agarro el plumas y el bolso, y bajo a la carrera las escaleras del hotel —. ¡¡Allí estaré!!

—¡Cuidado, que te vas a caer! Otra vez… —me advierte Sam desde el mostrador de recepción.

—¡Mis padres están a punto de llegar! —grito mientras atravieso la recepción a grandes zancadas—. Tienes sus habitaciones preparadas, ¿verdad, Sam?

—Por supuesto; ¡no te preocupes por nada! —me grita Sam mientras abro la puerta de la calle.

Tengo unas ganas locas de verlos a los tres. Mis padres y Daisy se llevan de lujo y han hecho el viaje juntos. Daisy me ha ido mandando mensajes a cual más divertido durante todo el trayecto.

De camino a la estación, repaso mentalmente lo que han significado para mí estos días en Williamsburg. Parece mentira que unos pocos días puedan hacerte ver las cosas de un modo tan distinto. Aunque he preparado unas cuantas atracciones que sé que les van a gustar muchísimo, creo que lo que van a disfrutar más es pasear y sumergirse en el ambiente navideño, ¡sobre todo mi madre!

Estoy nerviosa, lo reconozco. Quiero que estos días sean especiales para mis padres. Por Daisy no me preocupo, porque sé que es capaz de divertirse en el mismo infierno. De todas formas, he indagado un poco y he reservado una mesa para cuatro en un restaurante precioso que se llama Colonial Steakhouse para la cena de Nochebuena.

*¡Les va a encantar!*

Justo cuando llego al andén, veo que el tren se aproxima por la gran curva que hay antes de entrar en la estación. El corazón me palpita alocado. Desde que estoy aquí es como si lo sintiera todo más profundamente… Ni siquiera yo me entiendo.

Se oye el chirrido de los frenos y el tren se detiene. Miro a izquierda y derecha para localizarlos y, de repente, siento que alguien me abraza por la espalda.

—¡Cassie! ¡Qué ganas tenía de verte! —Es Daisy, tan efusiva como siempre. Se da la vuelta y grita a mis padres—. Paul, Christine, ¡está aquí!

Enseguida veo a mis padres y corro a abrazarlos.

—¡Papá, mamá, qué ganas tenía de veros!

—¡Cassie hija, por fin! Deja que te mire. ¡Qué guapa estás! —exclama mi madre—. Este aire te sienta de maravilla. ¡Qué bonito todo! —dice mientras mira alrededor.

—Pues ya verás la ciudad. ¡Te va a encantar, mamá! —le digo mientras salimos caminando de la estación.

—No vamos a ir andando, ¿verdad? —me pregunta Daisy preocupada—. Mira qué zapatos llevo. ¡Cassie, por favor!

—¡No será porque no te lo dije, Daisy! —la reprendo —. «Ven con ropa cómoda y abrigada», ¿recuerdas?

—Es que quiero estar espectacular la primera vez que vea a Sam —me responde.

—¿Quién es Sam? —pregunta mi madre, que ha llegado al final de la conversación—. ¿Tienes nuevo novio, Cassie?

*Mi madre siempre tan discreta…*

—¡No! —exclamo inmediatamente.

—¡Sí! —grita Daisy a la vez que yo.

Mi madre nos mira primero a una y luego a otra y sonríe.

—Vamos, Paul, que las niñas tienen mucho de que hablar —Mi madre agarra a mi padre del brazo y se pone a caminar por delante—. Entonces vamos caminando, ¿no? —se vuelve para preguntarme. Cuando ve mi gesto afirmativo, se ponen en marcha—. ¿Por aquí?

—Sí —respondo—. Todo recto.

—¿Qué pasa? —oigo que pregunta mi padre—. ¿La niña tiene novio?

—¡Chis! —le chista mi madre—. Ya nos lo contará cuando quiera. Pero, por lo que he entendido, ¡se llama Sam!

—¡Que no, mamá…! —rechisto.

Mi madre es la cotilla menos fiable del mundo. ¡Siempre entiende los chismes al revés!

Daisy y yo caminamos detrás de mis padres. Apenas queda nieve en las aceras, pero se prevé que vuelva a nevar antes de Navidad.

—Bueno, Cassie, ¿has hablado con él? —me pregunta Daisy.

—Ya te lo dije: hemos quedado como amigos. Creo que los dos preferimos que las cosas sean así.

—Ya veremos. En esta vida no hay nada seguro. Además, ¡ha llegado Daisy a la ciudad!

—Contrólate, que te conozco. ¡Te prohíbo que te entrometas!

—Entonces me dedicaré a Sam… ¡Estoy deseando conocerle!

—¿Pero no estabas con ese chico tan majo con el que desayunaste antes de ayer?

—¿Te refieres a Steven? Steven, Sam… ¿Por qué conformarse con uno cuando puedes tener dos… o incluso tres?

—¡Serás lianta…! —la reprendo entre risas.

Veo que mis padres han llegado al final de la calle.

—Ahora, girad a la izquierda —les digo.

—¡Esto es precioso, Cassie! —exclama mi madre maravillada.

—Pues espera a que nieve y ya verás lo bonito que se pone todo.

Entre charlas y risas, en menos de quince minutos nos plantamos en la puerta del Richmond’s

Inn.

—¡Ya hemos llegado! —anuncio—. Que sepáis —les digo a mis padres— que el hotel lo eligió Daisy. Lo digo por si no os gusta. Es broma, os va a encantar. ¡Ya lo veréis!

Abro la puerta y la sujeto para que pasen mis padres.

—¡Qué maravilla! —exclama mi madre —. ¡Qué bonito todo! Es de época, ¿verdad?

—Buenas tardes —saluda Giselle desde la recepción—. Son ustedes la familia Evans, ¿verdad?

—Exacto —se adelanta mi padre, muy en el papel de cabeza de familia—. Tenemos reservadas dos habitaciones porque hemos venido a pasar la Navidad con nuestra hija Cassandra.

—Claro, la familia de Cassie, por supuesto —sonríe Giselle—. Están ustedes en la primera planta. Espero que les guste Williamsburg —añade, y le da los dos juegos de llaves a mi padre.

—¡Vamos, que tengo ganas de darme una ducha y salir a dar un paseo para conocer esta ciudad tan preciosa! —nos dice mi padre—. Venga, Christine, ya tendrás tiempo de ver el hotel en cualquier otro momento…

—¡Ya voy, Paul! —contesta mi madre—. Estoy admirando estos muebles tan preciosos de la salita. ¡Son maravillosos!

Mis padres tienen gustos diametralmente opuestos. A mi madre le encantan los muebles, los adornos y la decoración en general, pero a mi padre esas cosas no le interesan nada. Háblale de vinos, de comida o de fútbol, y le harás feliz. Sin embargo, llevan más de treinta años respetando los intereses del otro y conviviendo en armonía.

—¡Tu padre siempre con prisas, hija! —me dice mi madre a modo de disculpa—. ¿Te parece que quedemos en esta salita tan mona dentro de media hora?

—Perfecto, mamá. Así podéis instalarlos tranquilamente. Os recomiendo que os pongáis ropa abrigada y calzado cómodo. ¡Nunca se sabe cuándo va a nevar!

—¿Me acompañas a mi habitación? —me pide Daisy—. ¡Tenemos tanto que contarnos que no quiero perder ni un solo minuto! —me dice, a la vez que me agarra del brazo para arrastrarme con ella y que no me pueda escapar. En cuanto llegamos a su habitación, me empieza a acribillar a preguntas.

—En serio, Cassie, ¿cómo es? ¿Has vuelto a estar con él desde que decidiste que lo mejor era quedar como amigos? —me suelta a bocajarro en cuanto cierra la puerta.

—No, no le he vuelto a ver —le confieso.

He pensado muchísimo en él, pero eso no quiero decírselo a Daisy. Noto cómo se me eriza la piel solo de pensar en sus manos sobre mi cuerpo, acariciándome, conociéndome. Tampoco le voy a decir a mi amiga que llevo dos días en los que lo único que hago es ir al mercadillo para ver si me encuentro con él y, cuando no le veo, me tumbo en la cama de mi habitación para olvidarle a base de ver series tontas y leer. Me estoy volviendo loca. No me he atrevido a volver a acercarme por el lago Matoaka. No quiero que piense que le espío.

—¿Por qué no? —me pregunta—. ¿No se supone que quedasteis como amigos?

—Sí —respondo.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Es que en Williamsburg los amigos no quedan a tomar unas cervezas?

—No somos tan amigos —replico.

—Pero si os habéis acostado… Te rodeó la cintura con los brazos, te contempló desnuda, te hizo el amor… —me dice con voz sugerente mientras se acerca a mí y me toma literalmente de la cintura— ¡Uno no puede ser mucho más amigo que eso!

—¡Daisy, por favor! —Las mejillas me abrasan—. ¡Para ya!

—¡A ti te gusta de verdad, no mientas!

—Vamos, que mis padres estarán esperando.

La saco casi a la fuerza de la habitación para cortar sus insinuaciones de raíz. Ahora mismo no puedo pensar en Luke. *¡Acaban de llegar mis padres y mi mente no deja de jugarme malas pasadas!* Le veo trabajando en su taller, con el torso descubierto y sudoroso, cargado unos tablones, doblando esa espalda del color de la madera más noble y entonces… ¡Entonces me lo imagino encima de mí! Tengo su cuerpo grabado a fuego en mi mente. Podría esculpirlo de memoria: cada uno de sus músculos, los hoyuelos de su rostro, sus manos fuertes y delicadas a la vez…

—¿Te ocurre algo, hija? —me dice mi madre nada más verme en la recepción—. Estás como acalorada…

—No es nada, mamá —miento y me pongo todavía más colorada, pero ahora de vergüenza —. Es que ya me he puesto el abrigo y aquí hace calor. Vamos, os enseñaré el mercadillo y el barrio colonial.

Casi los saco del Richmond's Inn a la fuerza. La situación se me está yendo un poco de las manos y necesito que me dé el aire fresco. Bajamos los cuatro por Richmond Road, mis padres del brazo delante y Daisy y yo detrás.

—¿Tan guapo es? —me susurra Daisy al oído.

La miro y veo que no hay nada de sarcasmo en su voz.

—Sí —respondo lacónicamente. En estos momentos, me siento incapaz de decir nada más.

Entramos en la zona peatonal y mis padres no hacen más que señalar a un lado y a otro. Les encanta todo lo que ven. Ha empezado el concurso de villancicos a capela y nos detenemos en cada esquina para escuchar a los diferentes grupos, que además van vestidos de época. Mi madre está en el séptimo cielo. Mi padre… un poco menos, pero por su Christine haría cualquier cosa.

—Mirad, ahí empieza el mercadillo —les señalo hacia la calle que empieza un poquito más adelante.

—¡Qué bonito! —exclama Daisy, que ya se ha metido en el ambiente a lo grande, como hace con todo.

—¿De qué son los puestos? —pregunta mi padre, fingiendo interés.

—Hay de todo —le respondo—: comida, muebles, juguetes tradicionales, adornos… pero todo hecho de forma tradicional y artesana.

—¿Has dicho comida? —me interrumpe mi padre—. ¡Eso sí que me interesa!

—Mira, ahí hay un puesto de panadería y repostería…

Antes de acabar la frase, mi padre ha agarrado a mi madre por el brazo y la lleva casi la fuerza hasta allí.

—Vamos, o los perderemos de vista —le digo a Daisy, que está probándose unos gorros de lana preciosos.

Cuando llegamos, nos encontramos a mi padre charlando animadamente con Sam y con otra persona que me imagino que es el panadero, más que nada por el delantal.

—¡La familia Evans al completo! —exclama Sam—. ¡Y tú debes ser la famosísima Daisy! —añade sonriendo. Le da un abrazo a mi amiga como si la conociera de toda la vida—. Señor Evans, encantado —saluda y le estrecha la mano a mi padre—. Señora Evans, ahora sé de quién ha heredado Cassie esos ojos tan preciosos —sonríe Sam, que es un sinvergüenza de lo más zalamero. Sabe cómo ganarse a la gente.

—Hola, Sam. Te iba a presentar a mis padres y a Daisy, pero veo que no hace falta.

—A mí sí puedes volver a presentarme —me interrumpe Daisy—. ¡Adelante, haz los honores! Porfa… —dice esta última palabra en voz baja.

Miro a Daisy y no me lo puedo creer. Le está poniendo ojitos a Sam y acaba de conocerle.

*¡Es el colmo del descaro!*

—Daisy, este es Sam —Se lo presento solo para no oírla.

—¡Encantada! —dice Daisy y vuelve a abrazarlo. No parece que a Sam le importe.

—¿Has dicho Sam? —Mi madre se vuelve como un resorte—. ¿Este es Sam, el que te gusta?

—¡Mamá, por favor! —la regaño. Por el rabillo del ojo veo que Sam está a punto de estallar en carcajadas.

—Cassie, hija, ¡no me habías dicho que tenías amigos tan simpáticos en esta ciudad!

—Creo que no conoces a Peter, Cassie —me dice Sam—. Es un amigo de siempre de Luke y mío que hace el mejor pan y los mejores pasteles en muchas millas a la redonda.

—Hola, Cassie. Me alegro de conocerte. Sam y Luke me han hablado mucho de ti.

—Hola —saludo muerta de la vergüenza—. Esta es mi amiga Daisy —la presento, intentando desviar la atención—. No sé si también te habrán hablado de ella —digo con un poco de sorna.

—Tome, señor Evans, ya verá cómo le gustan —le dice Sam a mi padre, y le da un paquetito.

—¿Qué has comprado, papá?

—Unos profiteroles que me ha recomendado tu amigo Sam. ¡Son los favoritos de media ciudad!

—Papá, como sigas así vas a… —En ese momento me suena el teléfono —. Perdonad.

Cuando contesto, oigo una grabación del restaurante que tengo reservado para Nochebuena, el Colonial Steakhouse. Me comunican que, debido a un imprevisto totalmente ajeno a ellos, se ven en la obligación de cancelar la cena de Nochebuena y que ya me han reembolsado el dinero de la reserva a mi tarjeta de crédito.

No me lo puedo creer. Me quedo paralizada sin saber qué hacer o decir. A duras penas consigo explicar la situación a mis padres y a Daisy.

*¡Me veo cenando en el Mcdonald's!*

—¡Perfecto! —oigo decir a Sam.

*¿Ha dicho «perfecto»?*

—¿Por qué dices eso, Sam? —pregunto un poco enfadada—. Nos hemos quedado sin restaurante para Nochebuena…

—Por eso. ¡Perfecto! Estáis todos invitados a cenar en el restaurante del hotel. Vamos a montar una cena de Nochebuena por todo lo alto con nuestros amigos y familiares. ¡Va a ser la mejor Nochebuena de la historia! —grita Sam con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡Qué idea tan bonita! —exclama mi madre—. Me encantan las celebraciones con mucha gente. ¡Son tan divertidas…!

—Así que cenaremos todos juntos —dice Daisy y, antes de que me dé cuenta, se ha colgado del brazo de Sam—. ¿Te importa si vuelvo de tu brazo al hotel? —le pregunta con todo el descaro—. Me da miedo caerme…

—Me gustan las mujeres precavidas —sonríe Sam pícaramente, mientras la agarra por la cintura—. Apóyate todo lo que te haga falta.

Mis padres y yo regresamos detrás de ellos, completamente asombrados por la familiaridad con que se tratan Sam y Daisy, teniendo en cuenta que se conocen desde hace menos de diez

minutos.

***

# Luke

—Ahora pasas el cordel por aquí y haces un nudo para que las piezas no se vuelvan a mover. Así, ¿lo ves? —le indico a uno de los niños que ha venido al taller de juguetes artesanos—. Ya puedes empezar a practicar con tu títere para la obra de teatro.

Al final han venido casi quince niños a la actividad. La verdad es que lo estamos pasando en grande, porque están concentrados en el trabajo y en lo bonito que les están quedando los títeres. Me encanta hablar con los niños sobre casi cualquier tema y que me lo expliquen desde su perspectiva infantil, tan distinta de la adulta.

Llevo todo el día en el taller y lo agradezco. No quiero encontrarme con Cassie. Al final, creo que es mejor que seamos simplemente amigos, pero no me la puedo quitar de la cabeza. Hay momentos en los que me parece sentir sus manos acariciándome la espalda y bajando por la cintura, por las piernas…

*No, es mejor así.*

Mi madre no me ha dejado ni pensarme lo de no ir a la cena, así que pasaremos la Nochebuena en Richmond's Inn con Sam y los demás. La verdad es que a mí también me apetece. Es mucho más divertido que cenar los dos solos y, además, tendré ocasión de ver a Eve y charlar con ella. Hace casi dos años que no la veo. No sé cuántos seremos al final, pero seguro que Sam monta una cena de espectáculo. Mi madre va a hacer otra tarta de frambuesa y, cómo no, ha convencido a Peter para que lleve pasteles.

Eve me ha llamado para hacerme un encargo muy especial. ¡Creo que va a darle una sorpresa a su novia! Quiere que le haga un estuche de madera, una cajita de marquetería con dos iniciales, la suya y la de su novia, y la típica casita colonial de fondo. Es mucho curro si quiero que quede bien, pero siempre he sentido debilidad por Eve. En cuanto se acabe la actividad con los niños, daré los últimos retoques a la cajita y se la llevaré al hotel.

—¡Luke, Luke! ¡Ven, que vamos a empezar! —me grita un niño mientras otro me agarra del brazo y tira de mí para que me siente con ellos. Ya han llegado todos los papás y los niños van a representar la obra con sus marionetas.

*¡Están emocionadísimos!*

# Cassie

*¡Por fin sola!*

Adoro a mi familia, pero esto está siendo un atracón de los que hacen historia. Ayer estuvimos todo el día de acá para allá, visitando el Palacio del Gobernador, el Capitolio, visitas guiadas a los oficios en las distintas casas reconstruidas… Hicimos el recorrido del concurso de decoraciones de Navidad, volvimos al mercadillo y mi madre compró unos gorritos de bebé preciosos para las nenas de mi hermano. ¡Fue un no parar! Acabé reventada y caí en la cama como un tronco.

Esta mañana hemos seguido «aprovechando el tiempo», como dice mi padre. Hemos visitado el Museo de Artes Decorativas y hemos visto una representación navideña a la hora del almuerzo. Pero eso no es todo: esta tarde hemos ayudado a decorar un árbol de Navidad con adornos tradicionales y hace un rato ha sido la guinda del pastel, al menos para mi padre, porque hemos asistido a los disparos de las armas de Navidad con mosquetes y bayonetas, previa visita al polvorín del Barrio Colonial. Solo por ver la cara de mi padre ha merecido la pena, aunque el estruendo ha sido demencial.

Tengo quince minutos para arreglarme y bajar a cenar. Le agradezco mucho a Sam la invitación y la amabilidad que está mostrando con mis padres.

Justo cuando estoy a punto de entrar en la ducha, llaman a la puerta. Me pongo rápidamente el albornoz y voy a abrir.

—¿Todavía así? —me suelta Daisy y entra en mi habitación sin pedir permiso—. Yo ya estoy. ¿Qué te parece? —me pregunta, girando sobre sí misma para lucir su conjunto—. Venga, te espero.

—Yo estaba a punto de entrar en la ducha. Mírame —señalo el albornoz, intentando que comprenda que necesito acabar de arreglarme.

—¡Pues date prisa! —me dice.

Daisy es increíble. *¿Qué se cree que estaba haciendo, escribir una novela?* Me ducho a toda velocidad mientras oigo a mi amiga hablar y hablar sin parar, sin importarle si yo contesto o no. Cuando salgo, oigo el final de su frase.

—…entonces, ¿está soltero o no?

—¿De quién hablas? —pregunto, saliendo del baño con una toalla sobre la cabeza.

—¿De quién va a ser? ¡De Sam! —me responde como si fuera obvio.

—Eres increíble. ¡Tía, que lo acabas de conocer! Además, me parece un poco feo que ligues con el amigo de Luke.

—¿Por qué? ¿También te gusta a ti? —me pregunta a bocajarro.

La miro asombrada. La conozco y sé que me lo pregunta de verdad. Increíble pero cierto.

—Daisy, que me conoces como nadie. ¡Claro que no me gusta! ¡Si acabo de acostarme con Luke!

—¿Y? ¿No te pueden gustar dos tíos a la vez? —me pregunta con toda la inocencia del mundo. No puedo evitar sonreír.

—No me gusta Sam, tranquila. Pero tampoco me parece bien que ligues con él en una noche

como esta. Sam quiere que todo salga a pedir de boca porque ha venido su hermana con su novia y quiere que sea una noche especial para ellas.

—Deseo concedido. Me comportaré, te lo prometo —me dice Daisy mirándome a los ojos—. No lo entiendo del todo, pero sabes que haría cualquier cosa por hacer que te sientas bien y que todo el mundo disfrute de la fiesta.

—¡Esa es mi Daisy! —exclamo con una sonrisa y le doy un abrazo de oso.

—¡Eh, que me mojas! —protesta Daisy riendo a carcajadas. Me tira una almohada a la cara y yo me defiendo arrojándole la toalla empapada de la cabeza—. ¡No es justo, que yo ya estoy arreglada y maquillada! ¡Me vas a despeinar!

Acabo de darme cuenta de la hora.

—¡Es tardísimo! A este paso, no llegamos.

—Venga, te ayudo a secarte el pelo mientras te vas maquillando. ¿Tienes decidida la ropa?

—Sí. Por una vez desde que llegué aquí, tengo la ropa adecuada para la ocasión. Mira el vestido que he dejado colgado en la puerta del armario.

—¡Ay, es precioso! ¡Me encanta! Y el color verde esmeralda te queda ideal con esa piel tan blanca. ¡Vas a conseguir que Luke se desmaye al verte!

—No exageres —protesto, pero me pongo colorada hasta la raíz del pelo—. Venga, ayúdame a maquillarme. Además, tu vestido negro también es muy bonito y mucho más sugerente…

—¿A que sí? —asiente Daisy—. ¡Va a ser una noche espectacular!

—Ya casi estoy. ¡Un poco de brillo en los labios y lista! ¡Vamos allá! —Tomo a Daisy de la mano y salimos de la habitación dispuestas a pasar una de las mejores noches de nuestra vida.

Bajamos las escaleras cogidas de la mano, sonrientes, bromeando y riendo. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Con el espíritu ligero y la intención de disfrutar con mi familia y mis amigos, bajamos a la recepción.

—¡Guapísimas las dos! —exclama mi madre al vernos descender por las escaleras—. Sois dos preciosidades. ¡El chico que no se enamore de vosotras es porque está ciego!

—¡Mamá, que hay más gente aquí! —la reprendo, muerta de la vergüenza. Pero la realidad es que me siento muy bien en mi piel por primera vez en mucho tiempo y creo que eso se nota.

—¡Tiene usted toda la razón, señora Evans! —interviene Sam, que ha ido a por algo a la recepción—. Es más, ¡yo diría que son las dos mujeres más guapas de todo Williamsburg! —añade sonriente con ese carisma que le caracteriza. A mi madre le ha caído fenomenal, como no podía ser de otra forma.

De pronto, se oye el ruido de platos estrellándose contra el suelo. Todos salimos disparados hacia el comedor. Nos encontramos con Mary rodeada de media vajilla que se ha hecho añicos y ha acabado esparcida por todo el suelo del comedor.

—¡Qué desastre! —dice al levantar la cabeza, a punto de llorar.

—No te preocupes, Mary. Enseguida lo recogemos todo —le dice Sam pasándole un brazo por los hombros para consolarla—. Voy a por más platos al almacén. ¡Ojalá todos los problemas se solucionaran tan fácilmente!

—¡Eso! —le secunda mi madre—. Esto se recoge en un periquete con la ayuda de todos. ¿A que sí, Paul? ¿Chicas?

—¡Por supuesto! —asentimos todos y nos ponemos manos a la obra. Barremos el suelo, volvemos a colocar las mesas y, en cuanto llega Sam con una vajilla nueva, lo dejamos todo listo.

—¡Ya está! —dice Sam—. ¿Lo ves, Mary? No ha pasado nada. ¡Mira qué detalle el de las

servilletas, qué figuritas tan bonitas!

—Las he hecho yo. Me encanta decorar las mesas —le explica mi madre—. Es mi pasión —añade orgullosa.

—Pues se va a llevar de maravilla con Linda, una de nuestras invitadas de esta noche —le explica Sam. Le miro con sorpresa y preocupación porque estoy casi segura de que se refiere a la madre de Luke, pero Sam sigue a lo suyo—. ¿Ha visto el salón colonial que hay en la exposición del mercadillo de Navidad? —pregunta a mi madre.

—¡Sí! Me ha parecido precioso. Los muebles son muy bonitos, pero la decoración es fantástica.

—Los muebles son obra de Luke, nuestro ebanista local. La decoración, los adornos y la vajilla son de Linda.

—¿Luke? ¿Tú no habías conocido a un tal Luke, Cassie? —me pregunta mi madre. En este momento no sé dónde meterme.

—¡Hola! ¡Hola, hola! —se oye a alguien en la recepción.

*¡Menos mal! Me he librado por los pelos de unas cuantas preguntas incómodas.*

—¡Eve! —grita Sam y sale a toda velocidad hacia la recepción. Le seguimos a ver quién es porque el comedor ya está casi listo—. ¡Hermanita, por fin estás aquí! —Sam la abraza con tanta fuerza que la levanta en el aire—. ¡Melissa, qué bien que hayas podido venir! Estoy contentísimo de teneros a las dos aquí, ¡no podría ser más feliz! —Sam está exultante. Si antes creía que Sam era el eterno risueño, ahora veo cómo es cuando está realmente feliz—. Venid todos, que os presento a mi hermana Eve y su pareja Melissa.

—¿Qué hacéis todos en el comedor? —pregunta Eve—. ¿Cómo es que no había nadie en la recepción?

—Estábamos acabando de poner la mesa para la cena —explica Sam.

—¿Haces que tus huéspedes trabajen para ti? —pregunta Eve con sorna—. ¡Te van a nombrar empresario del año! Eres el colmo, hermano.

—¡Anda que tú, hermanita…! ¿A mesa puesta? ¿De verdad? —replica Sam—. ¡Atención todos! ¡Ya sabemos quién va a fregar los platos!

—¿Entonces no soy la invitada de honor? —Eve hace un mohín típico de hermana pequeña malcriada. Melissa los mira sonriente. Parece que está acostumbrada a las pullas entre los dos hermanos.

—Al final, ¿cuántos somos para cenar, Sam? —pregunta Eve. A ella también le gustan las fiestas ruidosas y con mucha gente—. Cuantos más mejor, ¿no?

—Calculo que doce o catorce. Hemos puesto mesa para doce, pero siempre podemos añadir un par de platos —responde Sam sonriente.

—¿Tantos? —pregunta Daisy—. Yo pensé que íbamos a estar más… ¿Cómo te diría? En familia. Ya sabes —añade, mirando a Sam—, una cena más íntima.

No pongo la mano en el fuego, pero juraría que Daisy le ha guiñado un ojo a Sam.

—Te aviso que mi hermano es un picaflor. No merece la pena, de verdad —le dice Eve a Daisy—. Mucha sonrisa y mucho ji-ji-jí, pero luego hace una porquería de regalos. Te lo digo yo, que soy su hermana y llevo más de veinte años recibiéndolos —añade con una sonrisa.

Pues sí, parece que Daisy efectivamente le ha guiñado un ojo a Sam. *¡Mi amiga no tiene remedio! ¡Y tampoco vergüenza!* Un momento después, aparece Giselle con un par de botellas de champán en cubiteras con hielo y una bandeja con copas.

—¡Feliz Navidad a todos! —nos desea y empieza a servir copas de champán y a repartirlas

—. ¡Bueno, os dejo, que a mí me esperan en casa!

El ambiente se va animando por momentos. Los Johnston, un matrimonio que también se hospeda en el Richmond's Inn, también se van a unir a la celebración.

—¡Linda, Luke, pasad, que ya estamos todos! —grita Sam, asomándose a la recepción.

Por un momento, me quedo de piedra. Mis peores temores se hacen realidad. Al final, resulta Luke cena con nosotros. A ver, tiene sentido: es el mejor amigo de Sam. Y esa señora debe ser su madre, porque se parece muchísimo a él.

—¡No me digas que has traído tarta de frambuesa, Linda! —grita Eve desde el otro extremo del comedor—. ¡Eres la mejor del mundo! —exclama, y se abalanza a abrazarla como una loca.

—¡Cuidado, que nos quedamos sin tarta! —la reprende Linda.

Sí, definitivamente, es la madre de Luke. Me voy alejando del grupo todo lo que puedo hasta quedarme contra la pared.

—¿Es la misma tarta de frambuesa que venden en el mercadillo de Navidad? —pregunta mi padre, acercándose a la madre de Luke. Cualquier cosa relacionada con la gastronomía atrae inmediatamente su atención.

—Pues sí… —responde Linda, sin saber que decir ante el interés de un extraño.

—¡Perdonad, perdonad, que no os he presentado! —interviene rápidamente Sam—. estos son Linda Wright y su hijo Luke. Linda, estos son Paul y Christine Evans, los padres de Cassie.

—¿Así que eres la madre de Luke? —pregunta mi madre—. Es amigo de nuestra Cassie, ¿verdad?

—Creo que sí… —responde Linda desconcertada—. ¿Y vuestra hija Cassie es…?

—Un momento, ahora te la presento —dice mi madre con cortesía—. ¡Cassie, cariño! —me llama—. Cassie, mira, ¡esta es Linda, la madre de tu amigo Luke!

No sé dónde meterme. Ya no se puede sentir más vergüenza en esta vida. Me parece que todos me miran para ver mi reacción. Mi madre tiene la virtud de ponerme en las situaciones más comprometidas, pero esta se lleva la palma. Por la forma en que me mira Linda, me da la sensación de que ella sabe algo de mi historia con Luke. Aparto la vista y me encuentro con unos ojos de color avellana que parece que me van a taladrar.

Luke se apiada de mí y me agarra del brazo para presentarme a su madre y evitarme la vergüenza de que mi propia madre me arrastre hasta allí.

—Mira, mamá, esta es Cassie. Lleva unos cuantos días en Williamsburg y se ha hecho muy amiga de Sam y mía.

—Encantada —digo con un hilo de voz.

—¡Cómo me gusta esta ciudad! —exclama mi madre, que se ha unido a la conversación—. Hace quince días estabas sumida en una depresión terrible y ahora tienes nuevos amigos y estamos aquí todos juntos, celebrando la Nochebuena.

—¡Diga que sí, señora Evans! La familia y los amigos son lo mejor del mundo, ¿verdad, Eve? —interviene Sam.

—Bueno, bueno… No te pases, que como hermano mayor, no has sido siempre el más cariñoso del mundo. Te recuerdo que cuando tenía diez años me dejaste tirada en…

—Ya, ya, pelillos a la mar —la corta Sam—. ¡Venga, al comedor, que ya estamos todos!

La cena resulta divertidísima. Todos charlan con todos, incluso los Johnston, a los que Sam ha arrastrado casi a la fuerza a esta celebración porque le parece que nadie debe celebrar la Nochebuena sin una gran familia a su alrededor.

A la hora de los postres, Linda entona un villancico precioso y mi madre no puede evitar

sumársele. Al final, entre la tarta de frambuesa y los pastelitos, acabamos cantando tres o cuatro villancicos.

—¡Atención, atención! —grita Sam desde la cabecera de la mesa mientras golpea la copa de vino con un cuchillo—. Para los que sean nuevos en las Navidades de Richmond's Inn, os hago saber a todos que no hay cena de Nochebuena sin Trivial, al menos en este hotel.

Un murmullo generalizado recorre la mesa. Estamos tan a gusto que nadie se niega a jugar, ni siquiera la pareja recién llegada al hotel. En ese momento, se levanta Eve.

—Como todos estamos deseando jugar, ¡vamos a hacer los equipos! —Veo que Sam ha ido repartiendo unas tarjetitas en blanco y unos bolígrafos por toda la mesa—. ¡Que todo el mundo escriba su nombre y lo meta en el gorro de Sam Taclaus! —ordena Eve.

Se oyen risas por toda la mesa. Vemos a Sam «Taclaus» arrastrando una pizarra y dejando un juego de Trivial sobre la mesa, mientras Luke y Peter se han levantado a retirar las copas de vino y empiezan a servir el champán.

—A ver… ¡Equipos! —anuncia Eve. Va sacando papelitos y Sam apunta en la pizarra—: Equipo 1: Cassie, Melissa y los Johnston; equipo 2, formado por Daisy, por mí y tú también, Linda, que eres como mi segunda madre y… ¡Peter, para que no falten los profiteroles! Y el equipo 3 está formado por los Evans y los inseparables Luke y Sam.

Nos cambiamos de sitio en la mesa para juntarnos con los miembros de nuestros respectivos equipos y nos preparamos para darlo todo con ayuda de una copita de champán, por supuesto.

—Vamos, Paul —oigo decir a mi madre—. ¡Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien!

Los miro y sonrío. ¡Mis padres hacen una pareja fantástica! Se quieren con locura, pero también saben darse el espacio que los dos necesitan para sentirse independientes.

—El tema de esta partida de Trivial es, como no podía ser de otro modo, tachán, tachán… ¡Williamsburg en la Historia!

Un murmullo recorre el comedor tras anunciar el tema.

—¿Podemos usar los folletos de nuestras visitas? —pregunta mi madre, y saca del bolsillo un taco de folletos que ha ido recopilando. Toda la mesa estalla en carcajadas.

—En atención a nuestros invitados de fuera —dice Eve—, se pueden usar folletos. ¡Pero nada de Google! —añade, amenazando con el dedo—. ¿Empezamos?

Daisy tira el dado para avanzar la ficha de su equipo y Sam lee la primera pregunta.

—¿En honor a quién fue bautizada la famosísima y queridísima ciudad de Williamsburg, Virginia? —pregunta con voz solemne.

—¡Ni idea! —exclama Daisy.

—¡La sé, la sé! —grita Linda. Tras unos cuchicheos con su equipo, principalmente con Peter para confirmar su respuesta, Linda se lanza a contestar—: ¡Guillermo III de Inglaterra! Teníamos dudas sobre si era el segundo o el tercero, pero no, es el tercero, seguro.

—¡Correcto! —exclama Sam, dándole la vuelta a la tarjetita—. ¡Nos toca! ¡Tira, Luke!

Luke tira el dado y Peter se dispone a leer la pregunta:

—¿Qué presidente de los Estados Unidos fue el último ocupante del Palacio del Gobernador de Williamsburg?

—¿Washington? —pregunta Sam.

—¡Que eres de aquí, por Dios, Sam! —Luke le lanza una mirada exasperada.

—Es Thomas Jefferson, ¿verdad? —sugiere mi padre. Al ver el gesto afirmativo de Luke, repite en voz alta—: ¡Thomas Jefferson, tercer presidente de los Estados Unidos!

—¡Tercera pregunta! Eve, ¿quieres leerla tú?

—Esta es una pregunta especial —dice Eve sonriente—. Quien la acierte, tendrá un regalo sorpresa. Allá va: ¿Qué famosísimo perro apareció en un episodio de una serie de televisión grabado en Williamsburg?

—¡Yo la sé! —Melissa da un bote a mi lado—. ¡La sé, la sé! ¡¡Es Lassie!! ¿Te acuerdas cuando me lo contaste, Eve? Nos acabábamos de conocer y, como sabías que me encantaban los perros, me contaste la anécdota. ¡Incluso buscamos el capítulo en Internet! —Eve sonríe de oreja a oreja—. ¿Cuál es mi regalo sorpresa?

—Por haber acertado la pregunta especial… —Eve le entrega a Melissa un regalito rectangular.

Melissa se dispone a abrirlo entre los murmullos de curiosidad de todos los demás. Cuando rasga el papel de regalo, aparece una cajita de madera con un motivo de marquetería.

—Parece un monograma. Es una E y una M… ¡Eve y Melissa!

—Ábrela, cielo —la anima Eve.

—Dentro hay… ¿unas llaves? —pregunta Melissa.

En ese momento, Eve se acerca a Melissa y le rodea la cintura.

—¿Quieres venirte a vivir conmigo? —le pregunta con voz temblorosa.

—¡Pues claro! —exclama Melissa, radiante de felicidad, y la besa apasionadamente.

Un «¡oooooh…!» ensordecedor llena el comedor del restaurante. Miro a mi derecha y veo a Daisy secándose una lagrimita.

*¡Será moñas!*

—¡Por la nueva vida de Eve y Melissa juntas! —brinda Sam levantando la copa.

—¡Por Eve y Melissa! —brindamos todos.

Las miro y tengo que reconocer que rebosan felicidad. Siento una punzada de envidia.

—Hacen una pareja preciosa, ¿a que sí, Luke? —dice Daisy, suspirando—. ¡Yo quiero lo mismo que ellas, pero con un chico, claro! ¿Por qué las parejas de lesbianas tienen siempre estas historias de amor tan bonitas?

—Yo lo que quiero es más postre —interviene mi padre, que es un pozo sin fondo en cuanto a dulce. Es increíble que siga tan en forma con el buen diente que tiene.

—Ven, Paul, vamos a por unos profiteroles que visto que quedan en la mesa —le anima mi madre—. Y tú también, Daisy. Acompáñame.

—¡Pero yo no quiero más comida! —protesta Daisy.

Poco importa, porque mi madre ya la tiene enganchada por el brazo y se la lleva casi a rastras. Juraría que la está quitando de en medio, pero mi madre nunca ha sido tan calculadora. Mi amiga me mira pidiendo socorro, pero yo me encojo de hombros.

*¡Mi madre es muy dulce, pero terca como una mula!*

—¡Mira que eres tozuda! —oigo decir a Luke en ese preciso instante—. Sabes perfectamente que no me importa llevarte en un momento.

—Ya te he dicho que me va a llevar Sam —insiste Linda—. La gente joven tenéis que seguir divirtiéndoos. ¿A que sí, Cassie?

—¿Cómo? Eh, yo…

No sé qué decir. Miro a Luke y luego a Linda y me siento perdida. *¡Claro que quiero quedarme con Luke!* Me siento atraída a él como si fuera un imán. Pero, por otro lado, no creo que deba complicar las cosas entre nosotros.

—¿Lo ves, Luke? ¡Cassie piensa lo mismo que yo! —afirma Linda.

—Si no ha dicho nada… —protesta Luke, mirándome con cara de disculpa.

—Pero lo piensa —sentencia Linda—. Adiós, chicos. Pasadlo bien. ¡Sam, estoy lista! —grita de tal modo que la oyen todos—. ¡Vámonos!

Miro a Luke y los dos nos echamos a reír.

—Mi madre es un caso —empieza Luke.

—¡Y la mía no se queda atrás! —añado.

—¿Te apetece dar un paseo? —me ofrece Luke—. Ha parado de nevar y ahora, con la nieve recién caída, todo está precioso.

—¡Claro! Subo a por el abrigo en un momento. ¿Me esperas en la recepción?

Luke asiente y subo a mi habitación, primero a un paso normal, y después saltando los escalones de dos en dos.

*¿Qué me pasa? Parece que se me va a salir el corazón del pecho. ¡Solo voy a dar un paseo con Luke! Somos amigos, ¿no?*

—¡Lista! —anuncio nada más bajar, quizás con demasiado entusiasmo.

—Pues vamos.

Salimos del Richmond's Inn. Efectivamente, no nieva y el reflejo de las farolas sobre la nieve recién caída crea una atmósfera de cuento de Navidad.

—¡Qué frío! —exclamo, viendo cómo el vaho de mi respiración se diluye en el aire gélido de la noche.

—Ven, dame el brazo —me ofrece Luke. Le miro confundida—. No quiero que te caigas, que tienes cierta tendencia… —me dice sonriente.

—¡Luke, no te rías de mí! —protesto, pero me agarro a su brazo—. Tienes razón, nunca me he caído tantas veces como estas Navidades. Aunque en alguna ocasión he tenido ayuda, y no quiero mirar a nadie… —digo mientras le miro fijamente a los ojos.

*¡Dios mío, qué guapo es! Le voy a echar muchísimo de menos.*

—Me encantan las noches así, cuando puedes pasear en silencio y oyes cómo cruje la nieve con cada pisada —me dice Luke, que tiene una mirada melancólica.

Paseamos en silencio por Richmond Road hasta llegar al cruce con Bright Street, dejándonos llevar, sintiéndonos juntos.

—Está empezando a nevar otra vez, será mejor que regresemos —digo en voz alta.

Parte del encanto de la noche parece haberse roto con mis palabras. Apretamos el paso de vuelta al hotel, todavía del brazo.

—Siempre guardaré un recuerdo maravilloso de estos días en Williamsburg. Ahora empiezo a entender por qué os gusta tanto vivir aquí —reconozco. Me detengo en medio de la calle y me vuelvo hacia él—. Luke, me gustaría volver a pedirte perdón por haber huido esa mañana del *lodge*. Me asusté… De repente, pensé en mi trabajo, en lo que habíamos vivido esa noche… —me detengo. Casi hemos llegado a la puerta de la cafetería y siento los ojos de Luke clavados en mí. Me sujeta un mechón rebelde con el gorro de lana e inclina la cabeza hacia mi boca. Siento el calor de su aliento en mis labios y…

—¡Ah, ahí estáis! —Oímos una voz a nuestra espalda. Es Eve. Damos un salto para separarnos, como si la maestra nos hubiera pillado haciendo una travesura—. Sam me ha dicho que cierre la cafetería. ¡Tendréis que entrar por recepción! —nos grita.

—Nos estábamos despidiendo, nada más —se justifica Luke. Se me queda mirando un par de segundos, como si tuviéramos algo pendiente, pero por desgracia, lo que tanto deseo no llega a suceder—. Adiós, Cassie… Feliz Navidad.

Su voz grave, que siempre me acaricia los oídos, esta vez me desgarra. Luke me da un beso

rápido en la mejilla y se aleja caminando calle abajo.

# Luke

¡Un beso en la mejilla! Seguro que pensó que era idiota. ¡En la mejilla, después de la noche que pasamos juntos, después del paseo y de todo lo demás! Y el 28 ni la vi marcharse.

*¡Es que me daría de tortas y no pararía jamás! ¡Eres un gilipollas integral, Luke!*

—¡Ay! ¿Se puede saber qué haces, mamá? —Me acaba de dar una colleja épica. *¡Ni que me leyera el pensamiento!* A veces me da miedo.

*¡Mi madre es capaz de saber lo que pienso a la vez que ve su telenovela favorita!*

—Mira, Luke, llevas con esa cara de funeral desde que se fueron los Evans, ¡y hace ya casi tres días!

—No sé de qué me hablas —murmuro entre dientes sin mirarla a la cara. Me siento como un crío pequeño pillado en falta—. Entonces, ¿esa rubia del capítulo anterior es la que se va a casar con el magnate del petróleo?

—Ni lo intentes, Luke —me dice con cara seria—. Si vuelves a cambiar de tema, te obligo a ver la telenovela conmigo desde el principio. ¡Y este es el capítulo 178!

Sonrío por el cariz que están tomando las amenazas de mi madre, pero un solo segundo mirándola a los ojos me convence de que va totalmente en serio. Me quito la careta de «todo me da igual» y escondo el rostro entre las manos.

—No sé qué me pasa, mamá. No hago más que pensar en ella y no hace ni un mes que la conozco.

—Que te has enamorado como un chiquillo —me dice mi madre cariñosamente, a la vez que me retira las manos de la cara—. Te has enamorado y la has dejado ir sin decirle nada, sin un plan para volveros a ver…

—¿Y qué querías que hiciera? —grito. La tele está altísima y me retumba en la cabeza—. ¿Puedes bajar eso, mamá?

Mi madre me mira con cara de malas pulgas y apaga la televisión.

—Si me vas a fastidiar la telenovela, entonces vamos a hablar en serio.

—Si quieres…

—¡Pues claro que quiero! —me replica casi gritando—. ¿Tú crees que me gusta ver a mi hijo con esa cara, vagando como un alma en pena?

—No tiene solución, mamá —me atrevo a decir en voz baja.

—¡¿Cómo que no tiene solución?! —salta mi madre como si le hubieran puesto chinchetas en la silla—. Todo en esta vida tiene remedio, menos…

—La muerte —termino su frase favorita desde que murió mi padre.

—¡Eso! —Me dice con un matiz de tristeza en la voz—. Si te gusta tanto, ¿por qué no se lo dices? ¿Qué pretendes, que adivine lo que sientes? ¿Quieres dejarle todo el trabajo duro a ella?

—¡Pero es que ya se ha ido a Chicago, mamá!

—Chicago… Déjame pensar. Chicago… ¿Es esa ciudad argentina? ¿O era australiana? —me suelta con toda su sorna sin dejar de mirarme a los ojos—. ¡Que estamos hablando de Chicago, Luke! ¡Son dos horas de vuelo, por Dios! ¿Y dejas escapar al amor de tu vida por no coger un vuelo de dos horas? ¿Entonces qué, Luke? ¿Me quedo sin nietos?

—¡Mamá! —digo en tono de reprimenda, pero veo la sonrisilla que empieza en la comisura de los labios de mi madre y le llega hasta los ojos—. ¡No te burles de mí, anda!

—Pues piensa un poco, hijo. Estoy dispuesta a quedarme sin nietos, pero no estoy preparada para verte siempre triste. La verdad es que no sé qué haces todavía en Williamsburg. ¡Abre un aplique o una aplicación o como se llamen esas cosas del teléfono y cómprate el primer billete que encuentres para Chicago, que te lo tengo que decir todo! —Veo la mano de mi madre a punto de colleja sobrevolando mi nuca—. Porque ya eres mayor, que si no…

Regreso a mi casa con una misión y medio pollo que me ha cocinado mi madre. «Es que te estás quedando delgadísimo, hijo»; esa es su frase favorita para cocinar para mí y cargarme de tarteras para varios días. Mis pensamientos giran en torno a Chicago, una ciudad que me horroriza.

*Sé sincero, Luke. Lo que pasa es que las ciudades tan grandes te dan pánico. Estamos a día 30. A lo mejor es una locura que te presentes sin avisar mañana 31. Seguro que tiene sus planes y no entras en ellos… ¡Pero serás…!¡Deja de poner excusas y arriésgate por una vez en tu vida, joder!*

***

# Cassie

Miro por la ventana de mi apartamento. Se supone que las vistas del New East Side son fantásticas, pero a mí no me dicen nada. Está nevando. En Williamsburg seguro que oiría un villancico aquí y unos niños jugando allá. El ambiente navideño me brotaría de los poros de la piel.

Cuando nieva en Chicago simplemente hace frío. No hay ambiente navideño, todo lo contrario. La ciudad se vuelve todavía más gris y la poca gente que camina por la calle se apresura a la oficina o al coche. No me había dado cuenta de lo deprimente que es vivir aquí.

Es Nochevieja. Mis padres han regresado a Minnesota, mi hermano está en Francia y yo no sé qué pinto aquí. Las vacaciones en Williamsburg me han hecho replantearme qué coño estoy haciendo con mi vida.

Daisy quiere que salga con ella esta noche, pero no me apetece absolutamente nada. La verdad, una fiesta ahora es lo último en mi lista de prioridades. Me gustaría recuperar las sensaciones que he tenido estos últimos días. Por primera vez en mucho tiempo, en Williamsburg me sentí aceptada por mí misma y no por mi puesto en la empresa o por el valor de mi apartamento. La tranquilidad de ir caminando, de tener tiempo para saludar a los amigos, de respirar aire de verdad, no la amalgama reciclada que sale por los respiraderos de la oficina… Estoy hecha un lío, aunque hay cosas que empiezo a tener más claras.

El día siguiente a mi regreso me levanté temprano y fui a la oficina. Llevé mi dimisión impresa en papel para que no hubiera malentendidos de ningún tipo. Aproveché para decir exactamente lo que pensaba, tanto a mi jefe como a Ray. *¡Que les siente bien la cuenta Libber o, mejor dicho, que se les haga bola y se atraganten con ella!* Mi vida no puede estar dominada por mi lucha por hacerme con una cuenta publicitaria.

*¡Eso sí sería triste!*

Me quedé tan a gusto que, nada más regresar a casa, saqué el carboncillo y mi libreta de apuntes de viaje y me puse a esbozar el paisaje que se ve desde mi ventana con una furia y una concentración que hacía mucho tiempo que no sentía. Después, tomé el lápiz sepia y, sin apenas pensar, dibujé a Luke como se me ha quedado grabado en la memoria. Recordé cada músculo, cada pliegue de su piel… Y con ese recuerdo, regresaron a mi mente las imágenes de sus brazos rodeándome, su sonrisa, su cuerpo acariciando el mío, abrazándonos en una exquisita danza de cariño y pasión.

No sé cómo he aguantado todos estos años en un empleo que me consumía por dentro, viviendo en una ciudad que nunca se ha mostrado cálida conmigo.

Vaya. Otro mensaje de Daisy para lo de esta noche.

***Daisy**: *Venga, Cassie, no me hagas esto.*
*Hace años que celebramos el Año Nuevo juntas.*

***Cassie:** *Ya veremos. Estoy hecha un lío.*

***Daisy:** *¡Por eso mismo!*

***Cassie:** *Estoy pensando en dejarlo todo y vender el apartamento.*

***Daisy:** *Esas decisiones tan serias es mejor tomarlas el año que viene.*

***Cassie:** *Hablamos dentro de un rato y te digo.*

***Daisy:** *Vale, pero no me falles esta noche, ¿eh?*

No sé qué hacer. Me sabe mal dejarla tirada y seguro que la noche es divertidísima, porque los amigos de Daisy son muy fiesteros. A diferencia de mí, Daisy se ha hecho con un círculo de amigos en Chicago que no tienen nada que ver con el trabajo. ¡A mí ni siquiera me ha dado tiempo a eso!

De repente, llaman al telefonillo. A ver, que es 31 de diciembre. No creo que haya nadie vendiendo por las casas un día como hoy. Seguro que es alguien que se ha equivocado.

—¿Quién es? —pregunto, y miro la pantalla del telefonillo. *¡Pero si es Luke!*—. ¡Eres tú!

La pantalla me devuelve el rostro sonriente que estaba dibujando hace menos de un minuto.

—Sí, soy yo.

Doy al botón para abrir la puerta y cuelgo.

*¡Dile algo, idiota!*

Vuelvo a descolgar, pero Luke ya ha desaparecido de la pantalla. *¿Qué hace aquí?* Es como si le hubiera llamado con el pensamiento. Me miro. *¡Vaya pintas! Tampoco esperaba a nadie, la verdad. ¡Y menos a esta hora!* Todavía estoy en pijama y solo llevo una bata ligera de seda encima, pero no me puede ver así.

Tengo diez plantas de ascensor para arreglar el desastre, así que me pongo manos a la obra: voy corriendo al baño y me lavo la cara y los dientes. Me miro al espejo y decido que, con los escasos segundos que me quedan, lo mejor es peinarme y darme una pizca de colorete. Me pongo bien la bata y, en cuando cruzo la puerta del baño, suena el timbre.

—Hola, Luke. No te esperaba por aquí —digo como una idiota.

No me hacía falta el colorete. ¡Total, en menos de diez segundos ya he dicho una obviedad y me he puesto como un tomate!

—Hola, Cassie. ¿Puedo pasar? —me pregunta Luke.

—Por supuesto, entra —Voy de mal en peor. No sé comportarme cuando estoy con él. *¡Estoy nerviosísima!*—. ¿Cómo es que estás en Chicago un día como hoy? —le pregunto solo para iniciar la conversación.

*Aunque, pensándolo bien, ¿qué leches hace en Chicago en general?*

—Asuntos personales —me responde en un murmullo—. Por eso he venido.

—Perdona, no te he entendido —le digo desde la cocina—. ¿Quieres algo de beber?

—Un café me vendría estupendo —responde Luke—. ¡Hace un frío terrible en Chicago!

Una sonrisa malvada se me empieza a formar en la boca. No puedo evitarlo.

—¿No tienes ropa adecuada para el frío? ¿No te has puesto camiseta bajo tu camisa de cuadros para venir a un lugar como Chicago? ¡Déjame ver! —Sin pensarlo antes, me abalanzo sobre él como en un juego, a ver qué lleva bajo la camisa—. ¡Lo sabía! ¡No hay camiseta! —

grito, desabrochándole los primeros botones de la camisa casi a la fuerza. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando mis manos entran en contacto con su pecho.

—¿Y tú? ¿Crees que son horas de estar todavía en camisón? —me dice sonriendo mientras me sujeta la mano con la que le he desabrochado la camisa.

*Esos hoyuelos van a acabar conmigo.*

—¿Camisón? —pregunto desafiante—. ¿Quién crees que soy, la abuelita de Caperucita con camisón y gorro de puntilla? —me burlo mientras saco unas cápsulas para prepararle un café—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Solo, gracias. Entonces, ¿no llevas nada bajo esa bata de seda que se puede desanudar con una mano?

*¡Ay, Dios!*

—¡Ni se te ocurra, Luke! —chillo, y huyo a la carrera al otro lado de la isla de la cocina.

—¿Que ni se me ocurra… qué? —me pregunta con cara inocente—. Oye, el café… riquísimo. ¿Quieres que te haga uno?

—Sí, claro —le digo—. Gracias.

—¿Solo? —pregunta mientras pone una cápsula nueva en la máquina.

—Con leche —contesto, y dejo la seguridad de la isla para acercarme a la nevera a por la leche—. Toma.

—Entonces, ¿qué decías que llevas bajo esa bata que se puede quitar con un solo dedo? —me repite mientras me tiende la taza con una mano y me desabrocha la bata con la otra.

—Yo… —me quedo paralizada con el café en una mano, sintiendo cómo me quita el pijama con la mirada. Está muy cerca de mí, pero no me ha rozado—. Un pijama de pantalón corto, como siempre.

—¡Qué encaje más bonito! —dice, y acerca la cabeza a mi escote. Noto su aliento sobre mi piel y deseo con toda mi alma que me acaricie—. ¿Azúcar? —me pregunta y se separa de mí como si no pasara nada, como si no hubiera tenido su boca a medio palmo de mi pecho—. ¿Te ocurre algo? ¿Tienes fiebre? —me pregunta burlón y me pasa una mano por la frente—. ¡Te noto acalorada!

—¡No te burles, Luke! No estoy acostumbrada a recibir visitas en pijama.

—Eso tiene fácil arreglo… —Antes de que me dé cuenta, me ha bajado un tirante de la camisola del pijama. Su sonrisa se ensancha todavía más.

—¡Luke! —grito fingiendo enfado, mientras huyo al otro lado de la isla de la cocina.

Empezamos un juego de pillapilla alrededor de la isla, como si tuviéramos diez años. De pronto, me despisto medio segundo y Luke cruza la isla de un salto y lo tengo delante de mí, envolviéndome con sus brazos y colocándome de nuevo el tirante del pijama sobre el hombro.

Mi respiración se acelera. Me quedo unos instantes mirándole a los ojos, hasta que no aguanto más y me lanzo a su boca. El deseo se hace con el control de mi cuerpo y no lo puedo detener. Siento que Luke responde a mi beso, que me toma la cabeza entre sus manos, me acaricia el pelo mientras nos comemos la boca, dando rienda suelta a la pasión que hemos acumulado todos estos días, liberando la tensión y dejando que nuestros cuerpos se reconozcan, se amen.

—Luke, te he echado de menos… —alcanzo a decir.

—No sabes cuánto he deseado volver a tenerte en mis brazos, Cassie… Todos los días sueño con tus caricias, tus manos sobre mi cuerpo mientras saboreo estos deliciosos pechos… —me dice al oído y mete la mano bajo la camiseta para acariciármelos.

Me besa delicadamente el escote y va bajando con la boca hasta el nacimiento de los senos. Le miro a la cara y veo el reflejo de mi propio deseo en sus ojos. Con decisión, acabo de desabrocharle la camisa para dejar a la vista ese torso esculpido que guarda un corazón tan noble como la caoba. Me levanta la camiseta por encima de la cabeza y nos quedamos mirándonos, desnudos de cintura para arriba, contemplándonos como si fuera la primera vez que nos viéramos.

—Eres preciosa —me susurra.

—Hazme tuya —le respondo mientras repaso con los dedos cada curva de su pecho. De pronto, siento que me levantan suavemente en el aire y me sientan sobre la encimera de la isla. Una boca ardiente se abalanza sobre mi pezón—. ¡Sí, Luke! —arqueo la espalda al sentir un latigazo de placer y él aprovecha para bajarme los pantalones del pijama con manos hábiles. Empujo su cabeza hacia mis senos y él me sostiene la espalda con sus poderosas manos.

De pronto, oigo un estruendo. Giro un poco la cabeza y veo que Luke ha despejado la encimera barriéndola con el brazo. Cuando estoy a punto de decir algo, siento un calor conocido encima de mi sexo.

—¡Luke, ah! —soy incapaz de decir nada más.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la excitación. Siento su aliento justo delante de mi abertura. Alzo el pubis, ofreciéndome a su lengua, pero no ocurre nada.

Abro los ojos. Luke está de rodillas, a horcajadas sobre mí, coronando mi cocina como un rey. Rápidamente, le desabrocho los pantalones y empujo sus Calvin Klein hacia abajo. Lo que veo es majestuoso.

—Quiero sentirte… entero. Piel con piel —le digo.

Luke sonríe y se baja de la isla. Se quita toda la ropa y me coge en brazos. *¡Como he añorado esa sensación!* Me deposita suavemente sobre la alfombra y me cubre con su poderoso cuerpo.

—¿Así?

—Así —Cierro los ojos y me sumerjo en su piel, sintiéndola con cada centímetro de la mía, pecho contra pecho, acariciándole con las manos, con la boca… Noto que su pene erecto responde a mis caricias y cobra vida sobre mí—. Quiero verte, Luke —le digo.

Me escurro y me pongo encima de él. Adoro su cuerpo, su sonrisa. Me tumbo encima de él y me siento por fin en casa mientras le beso en la boca, los ojos, el cuello…

Noto su miembro revolverse bajo mi cuerpo y lo deseo con un ansia que no puedo (ni quiero) refrenar. Lo coloco en la entrada de mi sexo y bajo lentamente, dejándole entrar hasta el fondo de mi vientre. Le miro a los ojos mientras me llena con su poderosa masculinidad, palpitante, ardiendo con el mismo deseo que siento yo. Una corriente de placer me invade desde el interior hasta brotar por los poros de mi piel y me muevo suavemente, sintiéndole muy adentro, saboreando cada instante, notando cómo se acumula la tensión dentro de mí. Sus manos juguetean con mi clítoris y siento la necesidad de moverme con más ritmo, sin parar, cabalgando jadeante hasta que una oleada inmensa me inunda y no puedo evitar gritar.

Luke me sujeta las caderas para que siga moviéndome y no me detenga. Vuelvo a gritar. Veo su cara y sé que está a punto de alcanzar el éxtasis. Unos segundos más tarde, noto que se derrama en mi interior y otra oleada de placer me paraliza. Me tumbo sobre su cuerpo con su miembro todavía en mi interior.

*Lo necesitaba.*

—Me quedaría así para siempre… —digo en un suspiro.

—Si me dejaras, estaría encantado —responde él con la voz ronca.

Unos minutos más tarde, nos levantamos.

—¡Te invito a una ducha! —le digo—. Hay sitio para los dos… —Le tomo de la mano y nos metemos juntos en la ducha. Nos enjabonamos, contemplándonos con el deseo satisfecho.

—Me encantan tus gritos —dice Luke mientras el agua tibia resbala por nuestros cuerpos.

—¿Qué gritos? —replico con cara ofendida—. ¡Yo no grito!

—¿Que tú no…?

—¿No tienes hambre? —pregunto para cambiar de tema—. Podemos pedir una pizza…

—¡Con extra de OHHH y AHH para mí! —me dice burlón—. No intentes distraerme: he dicho que me encantan tus gritos —me sonríe, colocándome el pelo mojado que me cae sobre la cara.

—¡Luke, no te burles! —le regaño en broma mientras cojo el teléfono para pedir la pizza.

—No te olvides del extra de OHH y AHH. ¡Ah, y que pongan mucho queso! —me grita desde el sofá cuando hago el pedido.

Viéndolo allí, en mi sofá, me pregunto una vez más qué hago en una ciudad tan triste como Chicago. Quiero compartir más pizzas después de un polvo con él. Quiero ver hasta dónde me lleva la pasión que siento por Luke.

Cuando por fin nos las traen, comemos en silencio, envueltos en los albornoces. Le miro y no puedo evitar reírme a carcajadas.

—¿Qué pasa? —me pregunta Luke sonriendo. Tiene cara de satisfacción, de paz.

—Estás ridículo con mi albornoz azul celeste. Digamos que te cubre más bien poco…

—¿Y no te gusta así? —me responde, haciendo un gesto como si estuviera desfilando en una pasarela de moda.

—¡Me encanta! Deja muy poquito a la imaginación… —me abalanzo sobre él.

—¡Espera, que me tiras la pizza! —Deja el trozo que estaba comiendo y me abraza, abriéndose el albornoz para sentir mi piel. Nos quedamos un buen rato así, callados y abrazados.

Unos minutos después, rompo el silencio.

—He dejado el trabajo —anuncio.

Luke me mira con cara de sorpresa, pero, casi sin darse cuenta, esboza una sonrisa de satisfacción.

—Te estaba matando —me dice.

—Lo sé. Tengo que replantearme mi vida. No sé si quiero… —El timbre del teléfono me interrumpe—. Pero ¿qué? Dios, es Daisy —le digo a Luke—. Espera, que la pongo en altavoz.

—Hola, Daisy —saludo.

—¡Hola, mejor amiga! ¿Preparada para esta noche? —Luke me lanza una mirada confusa. No sabe de qué habla.

—Daisy, ha venido Luke a visitarme.

—¿A visitarte? ¿O a lo que tú ya sabes…? ¡Ay, cochina, qué callado te lo tenías…!

—¡Daisy, estás en altavoz!

—¡Ah, perfecto! —responde Daisy sin perder comba—. ¡Pues veníos los dos a la fiesta! Si tenéis tiempo después de vuestras cositas, claro…

—¡Daisy, córtate un poco, por Dios! —exclamo, pero, a mi lado, Luke está muerto de la risa.

—Iremos, Daisy. Si es preciso, la llevo a rastras —interviene Luke—. De nuestras cositas ya me encargo yo, no te preocupes.

—¡Luke! Vaya par de guarros sois. ¡Me rindo! —añado.

—¡Perfecto! Os espero a las nueve —se despide Daisy—. ¡Mando ubicación!

***

Abro la puerta de mi apartamento abrazada a Luke. ¡Ha sido la mejor Nochevieja de mi vida! Hemos bailado sin parar, hemos brindado y nos hemos reído como locos. Me siento más viva que nunca.

—Estás preciosa con ese vestido verde —me dice Luke—. Es el mismo que te pusiste en Nochebuena, ¿verdad? Lo recuerdo muy bien. Es una pena que te lo tenga que quitar ahora…

—¡Luke! —le recrimino cuando veo que sus manos expertas se dirigen a la cremallera de mi vestido—. ¿Tomamos una última copa, como seres civilizados? —le pregunto en broma.

—Si es contigo a mi lado, todas las que quieras —me sonríe—. ¿Quieres que te ayude?

—No, no hace falta. Solo quiero brindar por este día tan inolvidable —le explico. Saco dos copas de flauta del armario y la botella de champán que tenía en la nevera, regalo de mis padres antes de regresar a Minnesota—. Me gustaría que este día no acabara nunca.

—¿Qué vas a hacer ahora que te has despedido de la agencia? —me pregunta Luke, que parece que me lee la mente. Toda la excitación y la alegría del momento me hacen contemplar la incertidumbre de mi futuro y siento que el vértigo se empieza a apoderar de mí.

—No lo sé —respondo—. Tal vez me vaya a Francia con mi hermano…

—*Parles-tu français?* —me pregunta Luke con extrañeza y con un acento impecable, debo añadir.

—No como tú, desde luego —respondo sonriendo—. Pero siempre puedo aprender, ¿no?

—¿Y si te ofrezco un trabajo mejor? —Le miro extrañada. No entiendo su sugerencia—. No habrás creído que he venido hasta aquí solo para pasar un día contigo, ¿verdad? Un día increíble, eso es cierto. Pero ¿por qué conformarme con un solo día?

Ahora sí que no entiendo nada de nada.

—¿De qué trabajo me hablas? —le pregunto.

—Mira, si no consigo que regreses a Williamsburg, mi madre me mata de escobazos. O a collejas, no lo sé. El caso es que ha surgido una oferta de trabajo en Williamsburg…

—¿Para mí? —pregunto extrañada.

—Sí. Espera, que tengo que recordar el anuncio literalmente o el que me mata es Sam. O Henrietta. Ya no sé, ¡hay tanta gente dispuesta a matarme si no consigo que vuelvas!

—Esto me empieza a sonar a complot… —protesto.

—No es que te suene, es que es un complot. Todo el mundo quiere que vuelvas. Y yo el que más.

Cuando me mira con esos ojos… es que me derrito.

—¿Y el anuncio es…? —le invito a continuar.

—A ver… —Pone cara de hacer memoria—. ¡Ya lo tengo! «Hotel con encanto en la ciudad más bonita de la costa este busca publicista con sensibilidad artística para nueva campaña en el ámbito nacional». Y también me han encargado que te diga este otro: «Galería de arte busca escultora con titulación en Bellas Artes para realizar bustos de los padres fundadores que se expondrán en un área prominente de la ciudad colonial más bonita de los Estados Unidos».

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto incrédula.

—Te prometo que no —sonríe Luke—. Nos hace falta alguien como tú que nos ayude a avanzar como ciudad turística, pero sin perder nuestra esencia. ¡Y tendrás tiempo para dibujar y

esculpir! —me dice, mirando de reojo mi cuaderno de apuntes a carboncillo—. ¿Puedo? —me pregunta, más que nada por educación, porque ya lo está hojeando. Cuando llega a los últimos, los suyos, me mira y, sin decir una palabra, me da el beso más tierno del mundo—. Mi madre —me susurra al oído— te ha encontrado una casita preciosa con un alquiler muy económico, si te decides a volver y la quieres.

—¡Esto es una emboscada! —grito, pero sé que se me han iluminado los ojos, porque Luke me sonríe y se acerca para volver a besarme.

# Epílogo

# Cassie

Miro por la ventanilla. A la luz del día, los campos nevados están preciosos. Los contemplo mientras se deslizan ante mi mirada al ritmo del traqueteo del tren. Llevamos media hora de retraso, pero no me importa. Todo tiene una luz nueva y está brillante y limpio, lavado por la nieve que cayó anoche.

No me quiero perder ni un solo detalle. El paisaje me parece nuevo, aunque no sea la primera vez que hago este trayecto. Tengo la sensación de que antes vivía la vida con los ojos cerrados, sin apreciar todo lo que había a mi alrededor.

El tren llegará en unos veinte minutos. Abro la mochila que me he traído por todo equipaje y saco unos sándwiches que he preparado esta mañana. Me saben especialmente ricos. Por nada del mundo los cambiaría por un almuerzo en un restaurante de alta cocina.

—Tienen una pinta estupenda —me dice un joven de apenas veinte años que va sentado a mi lado.

—¿Quieres uno? —le ofrezco, y saco otro paquete de sándwiches de mi mochila. Veo que el chico intenta rechazarlos, pero no se lo permito—. No te preocupes, estoy a punto de llegar a casa y tú todavía tienes mucho viaje por delante, ¿me equivoco?

*¡A casa! ¡Estoy llegando a casa!*

—Muchas gracias —me sonríe agradecido—. ¿A dónde vas?

—Voy a Williamsburg. Me bajo en la siguiente parada.

—¡Ah! ¿Eres de allí? —me pregunta con curiosidad.

—Ahora sí —sonrío al decirlo y me quedo callada, pensando.

Ahora pertenezco a un sitio al que he elegido pertenecer.

—Me han dicho que es una ciudad muy bonita —prosigue mi compañero de asiento. Está deseando charlar un rato—. ¿Me la recomiendas?

—¡Por supuesto! En ella encontrarás las personas más amables del mundo. Te tratarán como si fueras de la familia desde el primer día. Te sentirás como en casa.

—¡Ojalá pudiera tener yo esa sensación! —exclama el chico—. Pertenecer a un lugar debe ser algo fantástico. Yo llevo mudándome toda la vida porque mi padre es militar y me encantaría tener un lugar al que llamar hogar y al que poder regresar.

—Cuando encuentres ese lugar, lo sabrás. No hace falta que sea el sitio en el que te criaste, sino el sitio que te acoge y te trata con cariño.

Nos quedamos un buen rato en silencio, mirando el paisaje nevado. Los recuerdos de Williamsburg se agolpan en mi cabeza y de pronto me descubro sonriendo. Acto seguido, noto que se me sube la sangre a las mejillas y que me estoy poniendo como la grana. Por suerte, justo en ese momento anuncian por la megafonía del tren que estamos a punto de llegar a Williamsburg.

—Mira —le digo al chico—, si te fijas, al doblar el recodo se empieza a ver la columnata del andén de Williamsburg. ¡Es una ciudad con mucha personalidad!

El chico me sonríe sin saber que decir. Lo entiendo, porque ni siquiera yo sé si tiene sentido lo que estoy diciendo. Me levanto y agarro mi mochila, lista para bajarme en cuanto se detenga

el tren.

—Bueno, adiós —me despido del chico—. Que tengas buen viaje. Espero que muy pronto encuentres tu hogar.

—¡Adiós! Ha sido un placer conocerte —se despide él también.

Al bajar del tren, me invade una sensación abrumadora de *déjà-vu*. Me agacho para atarme las botas de cordones con forro polar y, al levantar la vista, todo me parece agradablemente familiar. Me pongo la mochila al hombro y me dispongo a entrar en el edificio de la estación.

Nada más traspasar las puertas, veo que sigue la misma mujer en la taquilla y decido acercarme a saludar.

—¡Buenos días! ¿Qué tal su marido y su hijo?

La mujer levanta la cabeza confundida porque no me ha reconocido. Tal vez si me hubiera traído la Samsonite amarilla…

—Bien… Supongo.

—¿Las cenas bien? —pregunto y ella me mira como si estuviera loca.

—Sí, claro… —me responde por educación. Está totalmente perpleja.

—¿Cómo va la *start-up* de Oscar? ¿Progresa? ¿Le gustó su tarta de manzana?

—Sí… mucho —me responde la buena mujer, que no entiende por qué sé tantas cosas de su vida—. Si necesita un taxi, nada más salir a la derecha está la parada.

—Muchas gracias —respondo sonriendo—, pero en esta ocasión no me hace falta.

Me siento liberada, feliz. Ahora pertenezco a esta ciudad que me acogió desde el primer día.

*Ahí está.*

Nada más salir a la calle, le veo. Está esperándome con las manos en los bolsillos y los vaqueros viejos que tiene de repuesto en el taller.

—¡Luke! —exclamo, y me arrojo a sus brazos sin darle ocasión de responder. Le beso con fervor y me siento la mujer más afortunada del mundo por haberle encontrado.

—Hola, preciosa —me responde—. ¿Preparada para disfrutar del resto de tu vida?

—Más que preparada, ¡estoy deseándolo!

Por el rabillo del ojo, veo que la taquillera de la estación se estira para contemplar la escena.

—No te gires, Luke, pero creo que nos están espiando —susurro muerta de la risa a su oído.

Nos ponemos en marcha y nos dirigimos a la casita que he alquilado. Es pequeña, pero más que suficiente para mí, al menos de momento. En el futuro, ya iré viendo cómo prefiero vivir. Está en Indian Springs Road, a medio camino entre el centro de la ciudad y el taller de Luke en el lago Matoaka.

Sonrío al recordar la noche que le vi trabajando en su taller con el torso desnudo. Fue entonces cuando decidí que era como un dios griego, aunque todavía no sabía que podía ser mi dios griego. Williamsburg me ha regalado una nueva oportunidad de ser feliz y pienso aprovecharla. Me ha dado nuevos amigos y sobre todo me ha dado a Luke. Nunca se sabe lo que nos depara el destino, pero estoy dispuesta a darle una oportunidad a mi vida con él.

—Te he guardado la compra en la nevera, como hablamos —me comenta Luke con esa sonrisa suya que tanto me gusta. Los hoyuelos que se le forman parecen hablarme directamente al corazón.

Caminamos despacio, cogidos de la mano, disfrutando del momento. Caen unos finísimos copos de nieve que se posan en nuestra ropa sin llegar a derretirse. Es una mañana clara de invierno y me parece que todo reluce como si fuera nuevo. Quince minutos después, llegamos a una callecita sin salida y, al final, está la casita que he alquilado. Entramos, nos quitamos los

abrigos y dejo la mochila en el vestíbulo.

—¡Qué calorcito más rico! —exclamo.

—He encendido el fuego —me responde Luke con una sonrisa pícara—. Ven —Me toma de la mano y me lleva hasta la chimenea del salón. En ella arde un precioso fuego y veo una pila de mantas perfectamente colocadas delante de él—. Ven —me repite.

Sonrío.

Luke me besa con una ternura que no recuerdo haber sentido con nadie más. Sus manos se deslizan bajo mis hombros para quitarme la chaqueta. Nunca pensé que desearía tanto estar con una persona. No creí que pudiera sentir esta paz y este deseo tan intenso al mismo tiempo. Luke consigue hacer mi alma navegable en un mar de pasión. Me desabrocha lentamente la blusa, rozando delicadamente mis senos por encima de la ropa, bajando hacia los pantalones, acariciándome, amándome.

Me dejo llevar. Nos tumbamos delante de la chimenea, recordando esa otra noche en la que también nos desnudamos delante de un fuego, en la que comenzó una nueva vida para los dos.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@laureen.altman_libros
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Paloma Vega Centeno
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Keti Matakov